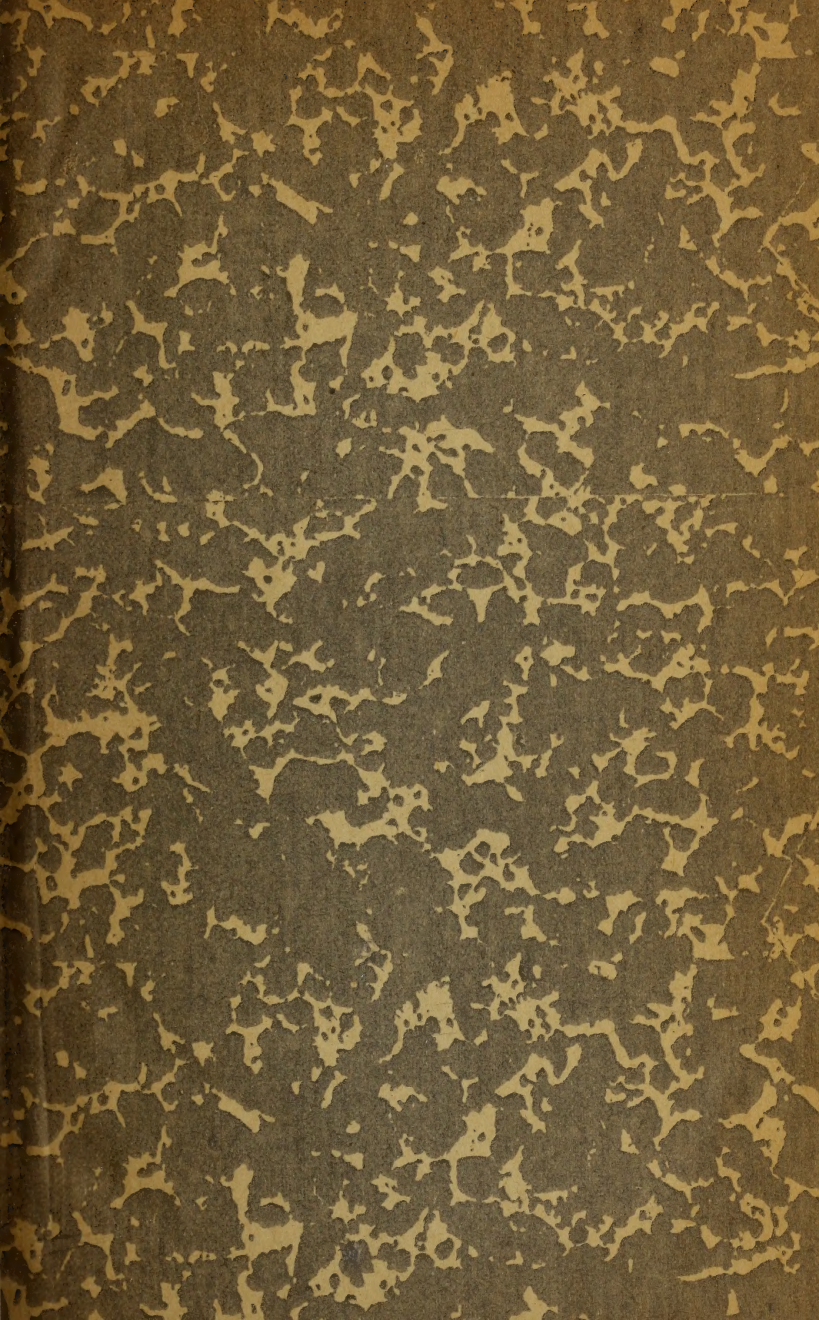
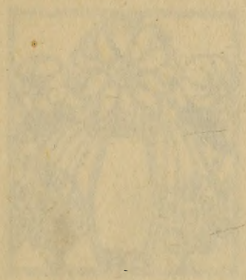


3 1761 09545917 8

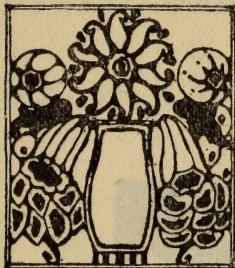




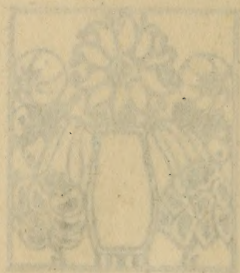




ESTRELLA



ESTRELLA



ESTRELLA

M 387150

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

SOL DE LA TARDE



181367

13.6.23.

M A D R I D
M C M X X I

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY G. MARTÍNEZ SIERRA, 1921

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.— MADRID

AL SOL PONIENTE

ORACIÓN

¡A ^{DIÓS,} astro del día, rueda de aurora, estrella encendida, que bajas solemnemente a los abismos sin fondo, como custodia majestuosa!

Antes de descender a los espacios infinitos, caldea con tus resplandores las altas cimas que te contemplan, y envía tus besos de oro a la frente nevada de las sierras; que la tierra necesita el encendido amor de tus labios para adormirse a la sombra que dejas al ocultarte.

Despídete de los enfermos que te necesitan, de los que temen la obscuridad, de aquellos a quienes falta un abrigo cuando tú no estás, de los que viven de ti y contigo respiran; despídete de ellos, astro glorioso de la vida, y... tarda en marcharte, detente un ratito a ras de la tierra, baja poco a poquito allá entre nieblas, que el momen-

to indeciso en que te hundes, el momento de celistia que destrenzas, el momento de tu espléndida agonía, es el momento más hermoso que los ojos del hombre gozan.

Es el momento más hermoso y más lleno de añoramiento; es el instante en que se abrazan las notas muertas del día y las nacientes de la noche; en que los pensamientos más íntimos osan vibrar bañados por la media luz; en que la tristeza, con manto color de púrpura, pasa rozando con sus alas las frentes heladas que la sienten, y en que dicta la oración las más sentidas plegarias.

Es la hora misteriosa que cuenta otro día que muere; la hora dulcísima en que el corazón pide otros corazones, para unirse y latir uno bien cerca de otro; en que las parejas de pájaros se acurrucan bajo la misma hoja; en que los brazos se tienden para abrazar; en que los labios buscan la vida en la fuente embriagadora de otros labios que les esperan; en que los ojos buscan la mirada para leer en ella promesas, consagradas ante la santa agonía de un sol que se pone.

Hazla durar todo lo que puedas, astro del cielo, la hora solemne y hermosa; hazla durar

para los que rezan, para los que aman y te añoran; detén tu rueda de oro sobre los lomos de las montañas, y después..., ya que otras tierras te esperan para nutrirse de la alegría que das, sigue tu curso majestuoso, baja al abismo, que allí, al fondo del último término, como enjambre de moradas mariposas, un vuelo de nubes te espera para encenderse en tu luz, para pintarse de carmín sus alas extendidas, para colorearse de cadmio y vestirse del fuego de tus últimas miradas.

Camina poco a poquito, y una vez puesto al otro lado de la sierra, aún te recordará la celistia violeta, los reflejos y la aureola que has dejado; aún te recordará el color que se torna niebla extendiéndose por los valles; el humo de los hogares enfilándose derecho arriba para verte un ratito más; aún te recordarán las nubes largas y enlutadas que tornan en procesión silenciosa de tu suntuoso entierro, que caminan cielo allá y pasan como cinta negra delante de la blanca luna que se alza rodeada de estrellas.

Ellas se atreven a despuntar por Oriente cuando tú cierras los ojos; el árabe te llora en lo alto del alminar; la campana te envía las más

melancólicas quejas, y te cantan todos los pájaros sus canturias más hermosas.

.....

¡Adiós, astro glorioso del día, rueda de aurora, estrella encendida, que bajas solemnemente a los abismos sin fondo, como custodia majestuosa!

.....

Como el árabe y la campana, como las nubes y los pájaros, déjanos rezarte el adiós que nos inspira tu caída; déjanos cerrar los párpados del pasado mientras duermes detrás de las montañas, y déjanos esperarte para cuando tornes a besarnos.

SANTIAGO RUSIÑOL.

AL FRENTE DE ESTE LIBRO QUIERO QUE VAYA
EL RECUERDO DE MI MADRE, DE MI PADRE
Y DE MIS HERMANOS

GOLONDRINA DE SOL

EL cura y su hermana discutían acaloradamente.

—Mira, Faustino, que te ha de pesar.

—Mentira parece que digas eso, Paquita. ¿Por qué ha de pesarme una buena acción?

—Ya sabes que el chico es de mala casta: gitanos los abuelos, gitanos los padres; ladrones, Dios me perdone, todos ellos.

—Haz bien y no mires a quién.

—¿Pero no es un cargo de conciencia, Faustino de mi alma, malgastar la caridad en este mastuerzo, habiéndose por el mundo tantos infelices que lo merecen más y no lo necesitan menos?

—Sofismas, Paquita, sofismas y sutilezas del espíritu malo, que para tentar almas buenas como la tuya se disfraza de ángel de luz. ¿Cuál es la

miseria que estamos más obligados a socorrer? La que tenemos más cerca, créelo, hermana.

Doña Paquita cabeceó, atrincherando su obstinación tras significativo silencio. «No me convencen», parecían decir los ojillos inquietos, único resto juvenil en su rostro marchito de sesentona.

Era casi anocheado. El cura y su hermana discutían, lejos uno de otro, porque ella, pegada a la reja, aprovechaba los últimos destellos de luz para perfilar los zurcidos de un alba, y él paseaba, abajo y arriba, las honduras de la habitación, ya anegada en sombras.

Al cabeceo de doña Paquita siguió un prolongado silencio; pero, sin duda, la indignación que de los ojos le brotaba tenía el raro privilegio de atravesar la obscuridad y llegar al hermano traducida en palabras de protesta; porque, al cabo de un rato, repitió él, como replicando a un largo discurso suasorio:

—Parece mentira, Paquita, parece mentira...

—¡Alma de Dios!—exclamó ella con arrebatada viveza de expresión, mientras doblaba calmosamente el alba ya zurcida—. Haz lo que se te antoje. Dios te pagará la caridad; pero el chico a disgustos te ha de quitar la vida.

—¿Y si antes se la quita a él el hambre?

—Mala yerba nunca muere.

—No seas testaruda, mujer. Ahí le tienes: la madre, muerta esta mañana; el padre, Dios sabrá... ¿Le hemos de dejar en la calle?

—De la piel del diablo es el condenado.

—Acá le enseñaremos como Dios manda...; ya verás tú si ha de ser mozo de provecho.

El objeto, sujeto, motivo o como quiera llamársele de la fraternal pelea, estaba acurrucado en un rincón del cuarto, tan inmóvil que nadie hubiese acertado a decir si dormía o velaba.

Era un rapaz de entre siete y diez años, retostado y flacucho, con ojos inmensos y greñas lustrosas, oscuros los unos como endrinas, negras las otras como tizones.

—¿No es verdad—dijo el cura dirigiéndose a él—que tú has de ser bueno, y te has de sujetar a lo que te manden?...

El chico no respondió.

—Sí, sí—susurró dubitativamente doña Paquita.

—Ven acá, muchacho—insistió don Faustino. Y viendo que el interpelado continuaba inmóvil, se acercó a él, le cogió por un brazo y le llevó

a la luz, junto a la ventana. El rostro del rapaz se mostró ceñudo. Rehuía las miradas del clérigo, y, en cambio, acechaba de reojo el rostro de la anciana, su aparente enemiga.

—¿Cómo te llamas?—Silencio. El cura preguntó de nuevo: —¿Cómo te llamas, criatura?

—Er Mengue me dicen—refunfuñó con voz desentonada el arrapiezo.

—¡Ave María Purísima!—chilló doña Paquita—. ¡El Menguel! ¿Has oído, Faustino?...

—Sí, mujer, sí... Y vamos a ver: ¿tú te quieres quedar con nosotros? ¿Quieres aprender Doctrina y buena crianza? ¿Quieres estar recogido en casa, ir a la escuela?... ¿Sabes rezar? ¿Sabes persignarte?—Atropellaba el bueno del cura las interrogantes, que iban gradualmente adquiriendo, a medida que las anteriores quedaban sin respuesta, matices de enfado.

El gitanillo se obstinaba en su silencio; parecía como si todo aquello no rezase con él, como si en aquel momento se estuviesen tratando en presencia suya cuestiones las más remotas y alejadas de su propio interés y conocimiento.

Don Faustino, reducido al silencio por la desesperación, miró a su hermana como pidiendo

auxilio; ella se encogió de hombros, y dando media vuelta se dispuso a salir de la habitación; al verla el chicuelo alejarse con la lentitud de movimiento a que tan recio contraste formaba la vivacidad chispisaltadora en el hablar, dió un suspiro, cual si de un grave peso se aliviase, y encarándose con el cura, le dijo breve e imperiosamente, como quien reclama un derecho:

—¡Quiero pan!

—¡Santa María! — exclamó don Faustino—. ¿Lo ves, Paquita? Mientras nosotros discutíamos en tonto, esta criatura tenía hambre. ¿Lo ves, lo ves? Antes de discutir si debe hacerse el bien, debemos empezar por hacerlo...

Y arrastró al chico a la cocina; dos minutos después devoraba el cuitado abundante pitanza, y una hora más tarde dormía como un tronco en el camastro improvisado por las manos piadosas de doña Paquita.

II

Tres días después don Faustino, como sumido en el sitial de empinado respaldo, tiene frente por frente a Juanillo. Tras pacientísimas investigaciones, doña Paquita ha logrado averiguar que Juanillo es nombre primitivo y cristiano de «El Mengue».

Va mediando la mañana, que es mañana de mayo: clara, ruidosa y empapada de buenos olores. Las dos ventanas de la sacristía están de par en par, y por ellas entran, con torrentes de luz, todos los ruidos del pueblo; pero fundidos en conjunto tan armónico y confuso, que no alcanzan a turbar la paz de aquella antesala del Santuario.

El maderamen de los arcones chisporrotea al sol como si fuese bronce bruñido; los espe-

jos, quebrando aquí y allí algún rayo de sol, pintan el arco iris sobre la blancura de las paredes; las sombras de la reja tienden en las baldosas del pavimento ringleras de cruces, que a cada paso crecen y menguan, como buscando, inquietas, su destino. También echa sombras al suelo —y alguna de ellas, irreverente, se atreve a acariciar las mejillas escuálidas del cura— la copa de una acacia que se balancea dos pasos más allá, en el atrio, y que ostenta sus ramas, aún sin hojas, cargadas del tentador *pan y quesillo*; bajo las tejas del alero hay sin duda peleas de gorriones, porque se escucha piar incesante; a intervalos, algún cantor más fino preludia un gorjeo de esos rápidos, casi balbucientes, que nacen y mueren en un segundo; de esos que sólo se oyen en primavera; los fuertes aromas de la acacia embalsaman el aire, desparramando gérmenes sutiles de sensual somnolencia; en la sacristía emprenden batalla con las emanaciones ascéticas del incienso; hay en la contienda de los aromas algo de la eterna lucha entre cuerpo y alma; el caso es que, poco a poco, el perfume de fuera triunfa y señorea; el incienso, vencido, sale por las ventanas en tenues nubecillas, enrosca al pa-

sar sus volutas a los rayos del sol, queriendo, acaso, mermarles brillo, y sólo consigue centellear un instante, revolotear aturdido, tonarse azul y plata, como nimbo de virgen, y perderse después, hecho trizas, en las ondas clarísimas del aire.

Juanillo está en pie; pero el sopor latente en la Naturaleza influye sobre su desmedrado cuerpecillo, que da muestras frecuentes de laxitud en forma de estirones y bostezos. Lleva las greñas trasquiladas, y el rostro, merced al paso del agua regeneradora, muestra, en sustitución de la costra negruzca, matices retostados como de barro bien cocido; también la limpieza y el trasquileo dejan percibir en frente y cabeza ciertas huellas blancuzcas, cicatrices de otras tantas heridas ganadas a pedrada limpia en numerosas contiendas por el honor del nombre.

El cura interroga y aconseja con acento doctoral; el muchacho se aburre indudable y soberanamente.

—Mira, Juanillo: tú has vivido hasta ahora como los pájaros del campo, sin ley de Dios ni de los hombres; pero de aquí en adelante vivirás como persona, aprendiendo lo necesario, tratan-

do a las gentes... ¿No te parece, hijo, que será mejor?

El chico dió un vistazo engolosinado a la nevada copa de la acacia, como si en los racimos de flor se escondiese el oráculo que había de dictarle respuesta.

—Usté verá — respondió, al cabo, filosóficamente.

El cura dió un respingo.

—¡Usted verá! Me place tu frescura. ¡Claro que yo he de ver! Pero, ven aquí, alma de cántaro; lo que te pregunto es si te gusta vivir con nosotros, si te haces a la casa...

El rostro de Juanillo se animó un momento, y con arranque de energía insólita, afirmó rotundamente:

—Eza mujé no me tiene ley.

Quedóse don Faustino perplejo, sin acertar a comprender lo que el gitano quería decir; poco a poco, sin embargo, la perplejidad fué dejando paso a la indignación. «Esa mujer» no podía ser otra que doña Paquita.

—¡Esa mujer! ¡Habrás desacato! ¿Qué dices, chiquillo?

—Ni yo a eya—refunfuñó el gitano.

—¡Cómo se entiende! Has de saber que para nombrar a mi hermana debes decir siempre doña Paquita, ¿me entiendes?, doña Paquita.

—¡Doña Paquita!...

—Sí, señor; y has de guardarle el mayor respeto... Vamos a otra cosa. ¿Tú sabes leer?

Los ojos de Juanillo se dilataron con espanto. ¡Leer! Decididamente el angelito estaba montaraz.

—¿Y persignarte?

—Zí, zeñó.

—Menos mal; a ver...; que te persignes digo... ¡Ave María Purísima! Basta, basta... ¿Quién te ha enseñado a hacer esos visajes?

—Nadie, zeñó...

—Ya se conoce; ¿y rezar, sabes? Oraciones, digo.

—¡Ah! Zí, zeñó: zé una.

—Dila.

Irguióse el gitanillo visiblemente satisfecho. Llegó la hora de lucir su ciencia. Guardó una pausa preliminar, de seguro efecto oratorio, y empezó con tono lastimero la recitación de la que él juzgaba, al parecer, devotísima plegaria:

Cien candelinas ardiendo
 y otras tantas resplandiendo,
 porque er Zeñó es mi padre
 y Zanta María mi madre
 y Zan Pedro mi pariente;
 púzome la cruz en la frente
 pa que er diablo no me tiente
 ni de noche ni de día,
 Pater Noster, Ave María.

—¡Calla, demonio, calla!—interrumpió el padre cura tapándose los oídos por no escuchar la fementida canturia.

Paróse en seco el recitante, acometido del mayor asombro.

—¿Es que no va bien?—preguntó.

—Eso tampoco te lo habrá enseñado nadie.

—Zí, zeñó: mi madre.

—¡Dios la haya perdonado!—suspiró el cura—. Bueno, hijo, bueno; ya irás aprendiendo. ¿Otras cosas no sabes?

—¿Máz oraciones? Una zé...

—No, no, gracias. Otras cosas; quiero decir de trabajar.

—Zé buscá níos.

—Algo es algo.

—Y *afaná* lo que zarga.

—¡Jesús mil veces!—Por lo visto Paquita tenía razón.—Pero, chiquillo, ¿tú no sabes que el apoderarse de lo ajeno es pecado, pecado gravísimo?

¡Pecado! La tremenda palabra resbalaba sobre la conciencia de Juanillo sin hacer mella alguna... Sin embargo, algún sentido de prohibición debió de percibir en el indignado acento del cura, porque murmuró un tanto confuso:

—Es decí, que zi usted tiene una coza y yo...

—Y tú la quieres, ¿no es eso? Me la pides.

—¿Y zi usted no me la quiere dá?

—Entonces, hijo, te quedas sin ella, y paciencia; las cosas en este mundo tienen dueño, y ese dueño...—El sermón quedó en suspenso; el catequista observó que el catequizado estaba pensando en otra cosa. ¿Cuál sería ella?

—Mire usted..., también zé tirá una piedra... y ezo... a usted zí que le tengo ley, porque... bueno, pue usted me dice: «Mira, ¡a éze!», y lo dejo en er zítio.

Don Faustino se puso en pie de un salto y tapó al chiquillo la boca con mano temblorosa.

—Ven acá, criatura, ven acá; ¿tú sabes lo que dices?—Cogido de un brazo lo zarandeaba por la sacristía.—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

Por fin abrió una puertecilla y salió a la iglesia, llevando siempre consigo al muchacho. La obscuridad de la nave pareció estremecerse al ser herida por la lanzada de luz que atravesó la puerta de la sacristía. En ella, como figuras negras sobre retablo de oro, se destacaban el cura y Juanillo.

—Arrodíllate, criatura. ¿Tú sabes quién es Dios? ¡Qué importa! Dios sabe quién eres tú. Vas a repetir lo que yo te diga. Empieza: Señor mío Jesucristo...

—Zeñó mío Jezucristo...—repetía el gitano, asustado por la exaltación del clérigo.

La doble oración repercutía con resonancias profundas en el templo vacío; sus palabras pedían misericordia, luz para un alma sumida en tinieblas; bóvedas y muros, también tenebrosos, parecían aprisionar la plegaria, cerrándole el camino del cielo, y la plegaria revoloteaba, agitando la obscuridad como mariposa invisible. Acaso en sus revoloteos alcanzó el camino de luz que por la puerta entraba; acaso precipitándose por él salió de la iglesia y ascendió por los aires hasta llegar al trono de Dios.

III

—Lo cierto es que con la venida del chico parece que ha caído en casa un chaparrón de vida...

—Tormenta, Faustino, tormenta.

—¡Mujer! ¿No es una bendición de Dios oír cómo charla, cómo revuelve la criatura? A mí, la verdad te digo, se me alegra el alma, porque, ¡cuidado si el muchacho es bullicioso y dicharachero! Cazarro parecía a los principios; pero, ¡ya, ya!

—¡Ya, ya!—repitió doña Paquita como eco fatídico. Don Faustino se quedó mirándola.

—¿Qué tienes que decir, Paquita? En el acento te conozco que algo sabes y te callas.

—¡Como si no lo supieras tú también!—Llevaban las palabras de la anciana tono de áspera reconvención. Hubo una pausa preñada de menu-

das tragedias.—¡Es un escándalo, hermano, un verdadero escándalo, y Dios Nuestro Señor te ha de pedir cuenta de éll ¿Te parece regular que el mal ejemplo salga de nuestra misma casa, de casa del cura?

—¡El mal ejemplo!

—¡Hazte de nuevas! Estás oyendo a todas horas los horrores que salen de la boca de esa criatura. ¡Sangre gitana había de tener! ¡Y que termina pronto en poniéndose a decir picardías! Fama tiene su mala lengua en todo el concejo. Y luego... ni a Dios ni a los hombres respeta el condenado.

—¡Paquita, Paquita!

—¡Faustino, Faustino! ¿Hay orden en esta casa desde que el gitano entró en ella; hay limpieza, hay arreglo, hay...? Al paso que vamos no habrá muy pronto ni gracia de Dios.

—Porque tú la pierdes, Paquita, con esos arrebatos. Recuerda lo que dice el Apóstol: *Charitas benigna est.*

—¡Déjame a mí de Apóstoles!

—Todos tenemos obligación de serlo en la medida de nuestras fuerzas. ¿Que Juanillo es malo?...

—Rematado.

—Como quieras: de la piel del diablo. Ya ves tú, por lo mismo es preciso quererle más. La oveja descarriada, Paquita. ¡Figúrate tú qué gloria para nosotros si lográramos volverla al aprisco!... Para nosotros, sí, porque tú has de hacer lo que esté de tu parte... Sí, malo, muy malo; completamente virgen de toda noción moral. ¡Mejor que mejor!... Voluntarioso, terco. ¡Mejor que mejor; te digo que mejor! Acuérdate de Pablo, de Agustín. El alma de hierro del perseguidor hecha columna de la Iglesia. El enamorado de la belleza terrena trocado en intérprete de la hermosura divina.—Desenvolvía el cura sus razones con giros amplios y ondulados como de sermón, formulando sus entusiasmos con reminiscencias de lecturas piadosas. — Verás, mujer, verás; si el muchacho ha de ser una alhaja. Toda la energía que pone en sus picardihuelas y maldades ha de tener para amar la virtud, una vez que llegue a comprenderla. ¡Eso va de mi cuenta, Paquita, de mi cuenta!

La confidente cabeceaba. No era doña Paquita incrédula; pero tenía ese tenaz espíritu de contradicción peculiar a todas las mujeres, por

buenas que sean, cuando no tienen para vencerlo un entendimiento que rebase los límites de lo vulgar, y bastaba que don Faustino tuviese el convencimiento de la conversión del pupilo para que ella dudase.

—¿No dices nada, no contestas, mujer?

El semblante de la buena señora adquirió en aquel momento el grado máximo de indignación.

—¿Qué te ocurre?

—Pero, ¿no oyes, hombre, no oyes?

Oíase, en efecto, la voz de Juanillo. Subía alta y vibrante desde el huerto, y decía:

—¡Ña Paquita, ña Paquita, baje corriendo, que er gayo pinto quiere escaparze!... ¡Ña Paquita!

—¿No estás oyendo? ¡Habrà insolencia!

—¡Mujer!—El cura se apuraba queriendo penetrar el motivo de aquella violenta indignación; al fin hubo ella de explicarla.

—Has de saber que ese arrapiezo sin pizca de respeto no quería llamarme por mi nombre.

—Lo sé...

—Y que decía al hablar de mí: «esa mujer».

—Bien sabes que se lo tengo prohibido.

—Bien sabes el caso que te hace.

—Orden le di de que te llamara doña Paquita.

—Y empeñóse él en llamarme *señá* Paquita, como a la última del lugar.

—Reprendile de firme.

—Y mira el alma mía lo que ha inventado. Para no pecar y salirse con la suya, me llama *ña* Paquita. ¡Claro!—El cura se reía.— Ríete, ríete, que el caso tiene gracia. ¿Te gusta el mote? Pues por él me conocen en todo el lugar. ¡*Ña* Paquita arriba, *ña* Paquita abajo! ¡Si hay para cogerle...!

—*Charitas non irascitur*—dijo el clérigo con benévolo acento; pero las palabras del Apóstol fueron por esta vez pólvora en ascuas que hizo saltar en pedazos hasta la tradicional calma de movimientos de la anciana señora. Alzóse de la silla bruscamente, dejó soltar los puntos de la calceta, y después de desafiar con enérgica mirada a centenares de enemigos invisibles, sin duda ocultos en los rincones, salió de la estancia con paso menudo y precipitado. Iba somormujando indignados monosílabos. La voz de Juanillo seguía vibrando en el huerto:

—*Ña* Paquita, *ña* Paquita!

IV

—Juanillo, a dar la lección.

El despacho de don Faustino está sumido en mística penumbra: sobre la mesa descansa el Breviario, protegido por funda de estameña; sus hojas, carcomidas al margen, testimonian la fidelidad en las preces del santo varón; múltiples chirimbolos de cartón forrados en papel anogalado, la habilidad paciente de sus manos: hay, entre otros, una papelera, motivo de admiración casi extática para Juanillo... ¡como que tiene cuatro compartimientos y otros tantos tabiques divisorios recortados en forma de lira! Son estas liras simbolismo inocente: don Faustino guarda de sus remotos estudios retóricos cierta debilidad por las musas, y en sus horas de insomnio suele hacer versos, versos que canta el sacristán en las novenas con ritmo gangueante.

Al eco, siempre formidable, de la voz *lección*, se despereza el Mengue. Estaba tendido en el suelo atisbando la raya de luz que por bajo la puerta se filtraba. Juanillo, perezoso como una culebra, tenía amores con el sol, y andábale buscando en los imperceptibles escondrijos donde lograba, por suerte, burlar la vigilancia meticulosa de doña Paquita, enemiga implacable de toda luz en aquellos días que se dicen verano.

—¿Qué haces, chiquillo?

—Ayá voy, zeñó cura.

Dirigióse a la mesa con andar incierto; los ojos, borrachos de luz, le fingían círculos de oro bailoteantes en la penumbra; algunos venían a prendérsele en las pestañas; otros se enlazaban en rosarios movientes: parecían sartas de escarabajos con caparazones de iris. Luego, en las paredes blancas, brotó una erupción de puntos negros, tantos como discos de oro en el aire. ¡Son divertidas las cosas de la luz! Por lo menos Juanillo hubiese dejado pasar la vida mirándolas, y aun más que la vida, la hora tediosa de la lección.

Pero no hay remedio; por mucho que, merced a sabias curvas, se alargue el camino, pronto se andan los siete palmos que van desde la puerta a

la mesa del cura; hay que llegar; preciso es tomar el libro y buscar la página, y cerrar los ojos a los círculos de oro y abrirlos a las letras; pero, ¡oh milagro!, sobre la página, danzando entre las letras, los círculos de oro se mueven también; y entonces las letras, quitándose el luto sempiterno que visten por las pobres ideas, endosan ropones color de iris, y sus miembros, flacos y tiesos, se hinchan y ondulan, y se mueven, sí, se mueven, ¡van a bailar, bailan, están bailando cogidas del brazo con los anillos de luz!

Después, todo se aquieta: las letras se alinean, cesan las danzas, apáganse los círculos de luz, la página entera, correcta y sabia, se torna incomprendible para el pobre gitano..., y balbucea el mísero: i-i; g-l-e, gel; i-gel.

—Iglé, criatura, iglé; iglesia dice.

—Iglezia—replica dócilmente el discípulo, y prosigue la accidentada lectura.

—Pero, hijo, tú no comprendes lo útil que es saber leer.

—¡Util!—Juanillo suspira.— Mire usted zeñó cura—explica luego—. Usted dice que ahí dice iglezia: bueno, lo dice; pues yo zargo a la plaza, miro a la iglezia, la veo... y acabo antes.

—Pero hay muchas cosas que no podemos ver: están muy lejos, al fin del mundo.

—Pues ze cogen las piernas, y andando.

—Además, los libros hablan de gentes que se han muerto.

Juanillo hace una mueca soberanamente despreciativa. Las gentes que se han muerto, ¿qué le importan a él?

Así, a diario, trabábase largas polémicas entre el viejo maestro y el discípulo discutidor. Ponía en la enseñanza don Faustino fervor apostólico, y ponía en el aprendizaje el rapaz socarrosa benevolencia, como si desde incógnitas alturas intelectuales consintiese en bajar a nivel de un capricho respetable, si bien asaz pueril, del pobre señor.

V

Da gloria ver el huerto en día de colada. La diligente abeja sesentona se agita entre los lienzos recién salidos de la tina, más blancos que la luz; y mientras va y viene, canta, señores, canta una copla tan vieja como ella. ¡Pues qué! En su tiempo también se cantaba.

¡Pobre doña Paquita! Su piedad escrupulosa hace en la faena purificantes divisiones llenas de respeto. A la izquierda, junto a los cuadros de coles, está tendida la ropa familiar; a la derecha, bien aparte, cabe un seto de rosas amarillas, los lienzos de la iglesia. ¡Y con qué majestad, hinchadas por el viento serrano, se despliegan las vuelosas puntillas de las albas, y cómo abren sus alas arcangélicas las místicas sobrepellices, cómo quieren volar y cómo caen arrastradas por la pe-

sadumbre de la humedad que aún las posee! Mirad la sabanilla del altar de María Inmaculada: azulea su albura como las nubes del trono de la Virgen, y tendida en el césped hace pompas como mar de olas místicas. Un gorrión deslumbrado viene a posarse en ella y va picoteando entre las nerviaciones finas del encaje, que dejan ver la tierra verde y jugosa.

—Juanillo, espanta ese gurriato, que me va a ensuciar la sabanilla.

¡Cómo suena la voz de la vieja en el aire vibrante de luz y fragancia!

Y el muchacho corre, y el gorrión se espanta y echa a volar; y da Juanillo en perseguirle, y en el perseguiamiento se alza del suelo polvo; y doña Paquita, llena* de susto, vocifera, y el gitano, ¡grandísimo gitano!, se ríe.

—¡Pero que siempre has de estar a mi lado dando guerral...

—Como usted no quiere que zarga de caza...

Y suspira mirando las bardas del huerto, tras las cuales, ¡feliz!, huyó el gorrión.

—¿Cortaste la ensalada?

—Zí, zeñora.

—¿Y regaste las berzas?

—Antes de amanecé.

Un soplo de viento siembra revolución en el mar de blancuras: se oye precipitado batir de alas.

—¡Ay, Madre Santa! Corre, Juanillo, que se nos vuela ese roquete.

—¡Ay, zeñoral! ¿No parece mismamente un lagarto?

Y sí lo parecía: ya seco, tieso de almidonado, con las mangas rígidas, dando saltos a compás del aire... El chicuelo le alcanza y vuelve llevándolo en alto —grotesco como fetiche—, con paso procesional, canturreando ecos de latines.

—Niño, niño, con las cosas santas no se juega.

Y tomando el roquete de manos de Juanillo, que se inclina ofreciéndole, doña Paquita lo sacude con temor reverencial.

VI

¿Veis el cauce, ya seco, de un río que acaso en tiempos fué gran río? ¡Qué callado está! Parece que su oficio sea únicamente mirar al sol, beberle la luz con las mil bocas de sus grietas, y dejarle pasar; mirar la luna, y dejarla pasar; mirar las estrellas, ver cómo salen y cómo se esconden, y esperar que salgan otra vez.

Pero vienen de lejos aguas imprevistas, llenan el cauce, ¡y ya veis qué tumulto!: espumas, ruidos, desgarramientos; las secas orillas beben con ansia la linfa bienvenida; se hinchan, se agitan, se desmoronan; la corriente va turbia; la náyade, inquieta, canta y solloza.

Pasaron días: acostubröse el agua al cauce y el cauce al agua; la corriente va quieta; la náyade es pacífica; se olvidó el mundo del cauce

S O L D E L A T A R D E

seco; ya ni él mismo recuerda que hubo tiempos en que el caudal de arenas era su caudal único.

Y así la vida de los dos viejos tras la llegada turbulenta del rapaz gitano.

Érase un río... Érase una vida...

VII

—Con Dios, señor cura y la compañía.

—Anda con Dios, mujer. Del campo, ¿eh?

—Sí, señor; de recoger cuatro espigas para dar de comer a estos galanes. Besa la mano al señor cura.

—Dios te bendiga.

—Buenas tardes, señor cura; buenas tardes, doña Paquita.

—Buenas las tengas. A descansar, ¿eh?

—Así parece; por hoy...

—Buenos carros encerraste esta tarde.

—Buenos, señor cura; hogaño la mies se porta.

—Gracias a Dios, hombre, gracias a Dios.

—Con Dios.

—...Dios. ¿De por agua?

—Sí, señor; que al padre cuando vuelve del campo le gusta encontrarla fresquita. ¿Quieren un trago?

—Ven acá tú, buena pieza. ¿Por qué no fuiste ayer a la doctrina?

—Es que... es que... fuimos a moras.

—¿Conque a moras?

—También estuvo el Juanillo.

—Conque a moras, ¿eh?

—La oración, Paquita.

Las voces cascadas de los dos ancianos formaron coro con la voz vibradora del bronce, para alabar a Dios celebrando las glorias de su Santa Madre.

—Ya vuelve el rebaño de tío Pedro.

—Santas y buenas tardes...

—Buenas te las dé Dios. ¿Qué llevas ahí, Quico?

—Dos corderillos nuevos, señor cura; pariólos la *Pinta* a la media tarde... Mire cómo se tiran al agua las ovejas. Está la tierra, mal compará, como si fuese un horno, y allá en los rastrojos hace una calor...

Cae la tarde. El cielo, que va perdiendo lentamente su brillo, como empañado por la frescura del crepúsculo, guarda, sin embargo, el matiz azul. La noche se anuncia diáfana y tibia. Fronteros a la iglesia, los cipreses de un antiguo jardín pintan su negra silueta sobre la banda bermeja tendida a poniente por la puesta del sol. En lo alto, sobre la cruz herrumbrosa del campanario, hace guiños la primera estrella. Los sonidos, lejanos, como que rebotan en el aire yendo y viniendo, trenzándose en susurradora confusión. Cruza chillona sobre el pueblo una bandada de aviones; alguno de ellos alcanza con la punta de las alas el último reflejo solar, que se pierde por completo un instante después. A oriente, algunas nubes, que eran blancas, se tiñen de rojo.

VIII

Y en una de estas quietísimas tardes estivales sucedió que, terminado el rezo del Santo Rosario, quedóse Juanillo en la puerta de la iglesia, esperando al cura, que finaba sus preces en el templo, solemnemente solitario. Doña Paquita, ya de vuelta en casa, aprestaba la cena.

Como era fin de agosto, iban las noches llegando más de prisa, y al caer de la torre las ocho campanadas, habían ya caído las tinieblas. Era tan hondo, tan hondo el silencio, que se oía el respirar de Juanillo, un tanto acelerado por la pesadez bochornosa del aire y por no sé qué inquietud indecisa.

Estaba el chico en pie, dentro del hueco y tenebroso recinto que forma el maderamen de las puertas de la iglesia. Tenía la cabeza apoyada en

las tablas, envuelta en el olor a incienso que trasudaban, y estaba mirando al cielo, que visto desde aquella negrura parecía más luminoso, color de terciopelo, entre gris y azul, con sus estrellas refulgentes.

A veces tosía el cura, y dentro de la nave se alzaban resonancias temerosas; a veces chillaba un arrapiezo fuera, y subían las notas del grito con vibración sobreaguda; después, nuevo silencio, más largo, más hondo...

...Que se hizo trizas súbitamente con el sonar fanfarrón de un cornetín.

Pasaban los títeres..., ¡los títeres!..., los que llegaron a mediodía, los que ahora se marchaban arrojados del pueblo por *malquerencia* del alcalde, que no los había dejado *representar*. Juanillo sabía la historia. Se iban rabiosos, protestando a son de cornetín. ¡Y qué estrépito armaba el condenado! Cómo llenaba el pueblo de ruido, cómo clarineaba diciendo... ¡qué sé yo!, evocando visiones de cosas lejanas; sí, muy lejanas debían de ser cuando eran tan alegres...

Es una marcha lo que tocan; justo, una marcha, porque los pies se van solos a compás de ella.

Y a su compás fueron los títeres pasando: un hombre casi viejo, dos muchachos, una mujer, cuatro chiquillos. Bajo lo harapos, marchitos relumbrones; atisbos de las sucias mallas entre las desgarradas vestimentas, como rayos de sol que se hubiesen colado entre lo negro de una noche.

¡Dónde irán! Van de prisa, al mundo, a un mundo grande, al mundo de las almas bohemias, donde hay otros hombres, y otros sueños, y otros atardeceres, y otras horas de sol y de luna; al mundo, que es grande. ¡Marcha, marcha, marcha! —gritaba el cornetín; se lo grita a las almas gitanas; y el alma de Juanillo el Mengue oye la voz y sigue el mandato; y sale del atrio tenebroso, y sacude, como perrillo al salir del agua, la greña saturada de aromas místicos; y repiten sus labios el ritmo del alegre clarineo; y siguen sus pies el rudo compás; y fija la mirada en los harapos que deslumbran, se va tras de los títeres. Y atraviesa con ellos la plaza y la calle Real, y pasa por la fuente, y sale del pueblo, y entra en las eras, y alcanza el camino..., y ya está a campo raso, lleno de gozo, bajo la luz tembladora de las estrellas.

La *troupe* hace alto. Recuenta el viejo su mísera familia. Hay uno más.

—¿Quién eres, chico?

—Juaniyo er Mengue.

—¿Quieres venirte con nosotros?

—Andando.

Y se emprende nuevamente la marcha. A la mañana... ¡Dios sabe dónde están!

IX

A la mañana... ¡cómo lloran dos viejos!

—Se marchó, Paquita; se marchó con los títeres.

—¡Lo ves, Faustino!—Y la anciana solloza...

—¡También tú lloras! ¡También le querías!
—dice el hermano con asombro.

Y ella, enjugándose el llanto con el delantal:

—¡Qué había de hacer, hombre, qué había de hacer!...

Y se abrazan como dos ramas secas que cayesen juntas.

—¡Qué viejos somos y qué solos estamos!

Érase un río... Érase una vida... Érase un alma vagabunda, que una noche de agosto se huyó con sus hermanas...

MARGARITA EN LA RUECA

TIENE razón Juan Pedro — pensaba, casi en alta voz, Engracia, mientras enredaba los palillos del encaje—, tiene razón; esto no puede seguir así, hay que resolverse.

¡Resolverse! El castañeteo de los palillos simulaba una risa macabra, y Engracia dejaba correr a compás de las manos los pensamientos, harto más complicados que la red de entretrejidas hebras. ¡Valiente maraña le tenía enredada en el cerebro aquella pícara oposición entre amor y deber! Ya lo creo que su Juan Pedro de su alma tenía razón. Tres años crecidos de talle son noviazgo de sobra en toda tierra de garbanzos. La iglesia los estaba llamando a voces. Y lo que es el corazón, tampoco callaba..., ¡tampoco! Casi

podían oírse sus latidos en la mansa quietud del portal, envuelto en la semiluz de las horas de siesta.

Hinchábase, a impulso de tal cual perezosa ráfaga de viento, el terliz rojo y blanco que cerraba la puerta, y, al alzarse, dejando al descubier-to el dintel, se desparramaba por el suelo empedrado el resol de la calle, cuyas cálidas lenguas trababan pelea con la fresca penumbra del portal. Entraban, con aleteo precipitado, como nadando en las intermitentes oleadas de luz, enjambres de moscas, y emprendían aire arriba y abajo, no se sabe si embriagadas por el sol de fuera o desconcertadas por la sombra de dentro, revoloteos atolondrados, giros y revueltas sin orden ni medida. Mirábalas Engracia subir y bajar, y le parecían obreras como ella, atareadas en el trenzado de un encaje sutil, tramado por hilos ideales; bajaban las más lentamente y a plomo, como si retorciesen hebras invisibles; volaban las otras, entrecruzándose, como formando mallas; de vez en cuando, una aproximación brusca, un aleteo inesperado, daban la sensación del hilo que se rompe o el nudo que se ata.

—Obreritas negras—pensaba Engracia—, aca-

so estáis tramando mis pensamientos; ¡si pudieseis dejar en la trama algún hueco por donde pasase mi felicidad!

Y los palillos, sin duda divertidos con las ideas de su dueña, hacían oír de nuevo la risa burlona de su castañeteo.

—¡Ay, Señor mío! —proseguía cavilando Engracia—. ¿Quién había de pensar que hasta en el quererse como Dios manda hubiese tantas dificultades?

Y como respuesta a sus cavilaciones, el eco interior, fiel como nunca, le repetía las mismas palabras que Juan Pedro empleara la noche antes para combatir sus escrúpulos.

—¡Dificultades! Las que tú inventas para martirizarte. ¿No sabes que te quiero? ¿No me quieres tú a mí?

—Pero, ¿y mi hermana?

—Que se venga a vivir con nosotros; en el cortijo hay sitio para veinte.

—¿No sabes que está enferma la pobre?

—El aire de la sierra es sano. Vive a la sombra de estas cuatro paredes... Mejor vivirá en el campo, a la sombra del cielo.

—No sabes el cariño que le tiene a esta casa.

¡Como nunca ha podido salir de ella! Dice que si la sacan de aquí se muere.

—No se perdía mucho.

—¡Juan Pedro!

—¿Sabes lo que te digo? Que lo que tiene tu hermana es envidia.

—No digas eso.

—Envidia de ti, porque estás sana y pareces un ramo de flores; porque tienes un hombre que te quiere; porque puedes casarte mañana si se te antoja... Envidia pura... ¡Si no hay jorobada que sea buena! De seguro que te está diciendo a todas horas que no puede pasarse sin ti.

—¿Te duele que me quiera?

—Me duele que seas terca. Ya ves; allá arriba, el cortijo está sin ama, y eso no puede ser. Todos, personas y animales, estamos piando por una mano que nos parta el pan... Tres años llevamos de esperarte. ¿Quieres venir, sí o no? Mira que, si vienes, por encima de ti no estará más que Dios, porque más arriba del cortijo no hay más que el cielo; conque, piénsalo bien, que yo hasta mañana aguardo.

—Mañana es hoy —pensaba la encajera. Y en alas de imaginación iba subiendo monte arriba,

camino del cortijo, que la llamaba por dueña y señora. Veía verdear los viñedos que cubrían la loma, y asomar la uva entre hojas y pámpanos, como haciéndole gestos amistosos; veía ondular la mies, chocando las espigas con murmullo discreto, como si unas a otras se contasen al oído secretos de la dicha del ama. Del ama... ¡de ella! ¡Qué hermoso sería, apoyada, al caer de la tarde, en el quicio de aquel portalón, ver cómo por las veredas van volviendo las yuntas; oír el canto perezoso de aquellos hombres que se acercan con pausa; mirar sus siluetas, destacándose en el horizonte, sobre la franja de oro que tendió en los aires el sol poniente; reconocer entre ellas la del amado, la del esposo, la del amo, que viene más de prisa que los otros, vencido el cansancio de la faena por el ansia del amor!...

— ¡Engracia, Engracia! —gritó una voz chillona dentro de la casa.

Con movimiento rápido abandonó su labor la encajera para acudir a donde la llamaban; pero el movimiento no interrumpió el sueño, y al entrar en la habitación de su hermana, aún danzaba en la risa de sus labios la visión de la imaginada felicidad.

—¿Qué quieres, Manolita?—preguntó blandamente.

—¿Dónde estabas metida?—refunfuñó la jorobada. Bien pronto su mirar penetrante atisbó el paso de la emoción en el rostro de Engracia—. ¿Qué hacías? —volvió a preguntar, acentuando el desabrimiento.

—Estaba trabajando en el portal; creí que dormías, y por eso no entraba.

—¡Dormida! —chilló Manolita, agitando rabiamente la cabeza, única porción libre de su cuerpecillo paralítico—. ¡Dormida! ¿Cuándo duermo yo, ni descanso?

—No te aflijas, mujer —replicó Engracia—. ¿Por qué no me llamaste si estabas despierta?

—Quiero irme acostumbrando a la soledad.

—¿Por qué dices eso?

—Sí, hazte la mosca muerta. ¿Crees que porque estoy clavada en un sillón no me entero de todo? Ya sé que anoche estuvo aquí Juan Pedro; ya sé que te casas, que me dejas sola, a que me muera como un perro.

—¿Quién piensa en dejarte sola? Te vendrás con nosotros al cortijo.

—¿Al cortijo..., yo al cortijo?... ¡Nunca!

—Allí podré cuidarte mejor.

—Con la limosna que me dé Juan Pedro... Gracias; prefiero morirme de hambre en mi casa.

—Ya ves tú: ¿qué será de nosotras, dos mujeres solas, sin amparo de nadie, con lo mal que se paga el trabajo? Allí tendremos el pan seguro.

—Tú, sí; pero, ¿y yo?

—¡Manolita!

—Sí, yo. Ahora Juan Pedro, como quiere casarse, todo lo pone muy bonito. Me llevaréis allí, que será matarme, por supuesto; me tendréis cuatro días; después vendrán las obligaciones; ése es muy marrajo y muy apañadito; le dolerá el pan que se coma la pobre impedida; y al asilo con ella, si no se muere pronto.

La jorobada, al terminar su peroración, rompió en llanto desesperado. Engracia no sabía qué hacer para consolarla.

—Calla, mujer, calla... ¿No sabes que te quiero mucho?

—¿No podéis esperar cuatro días, hasta que yo acabe?... ¡Para lo que he de estar en el mundo! Anda, vete al cortijo, cástate, déjame sola, sola, que no faltará quien me cuide; al asilo me iré antes de que me echéis vosotros.

La crisis nerviosa de Manolita llevaba trazas de no terminar. Quejas e improperios se atropellaban en tal abundancia, que parecían brotar, no sólo de los labios, sino de todo el rostro, de los ojos airados, de la frente ceñuda. Engracia se arrodilló a sus pies y se abrazó a su cintura.

—Se hará lo que tú quieras, como tú quieras. Sí; las dos solas, solitas —replicó la encajera, derribando el palacio de sus dichas con heroico esfuerzo—. Lo que sea de una será de la otra.

Manolita, una vez arrancada la promesa, se tranquilizó como por encanto.

A la noche, la luna se escondía entre las nubes, por no alumbrar la reja donde se consumaba el sacrificio.

—Si quieres esperarme, ya lo sabes —decía tristemente Engracia.

—Ya sabes tú que no puede ser.

—Entonces...

—Tú lo has querido. Adiós.

Y el mozo se marchó camino del cortijo, para no volver.

Pasó el verano; vino el otoño a desnudar la tierra, llevándose las hojas; a vestir el cielo con imperiales pompas de fuego y de topacio en la

hora solemne de las puestas de sol; llegó después noviembre, el que llora a los que fueron, y diciembre, el que finge con sus lumbradas de Navidad los fuegos del sol, que se ha huído, y enero, el de las noches claras y frías como de nácar...; y después de los hielos y de los vendavales, asomaron, allá por abril, aún vestidas de luto, las violetas, y cuando en mayo se abrieron las rosas, oyó Engracia una noche estallar en el monte, junto al cortijo, la risotada de un ciento de cohetes, y vió cómo caían, desgranándose, lágrimas rutilantes, unas de oro, rojas otras y azules.

— Hay fiesta en el cortijo — murmuró muy quedo.

— Sí — dijo triunfalmente Manolita —; Juan Pedro que se casa. Ya ves lo que les dura el querer a los hombres.

Nada respondió Engracia; no lloró tampoco; ya lloraban por ella, perdiéndose en las sombras de la noche, las lágrimas multicolores de los cohetes.

II

La existencia de las dos hermanas iba marchando año tras año, con el pausado compás de las vidas tristes, que parecen eternas, como detenidas después de haber pasado la crisis aguda del dolor en un instante de tedio. Intentaban sacudir la calma los latigazos del mal humor de Manolita, que, como siempre, se dolía con ásperas quejas del rigor de la suerte; pero sus furores amargos y envidiosos se desvanecían sin dejar huella en la serena resignación de Engracia. Siempre silenciosa, la encajera movía los palillos y trenzaba las hebras como absorta en los goces de una infalible esperanza. La aguda malicia de la paralítica penetró la existencia de aquel reino interior; pero no acertó a definir su naturaleza.

¿Recuerdos? Amargos eran cuantos cabían en la mente de su hermana: orfandad, pobreza, trabajo, amor perdido... ¿Nuevos amores? Bien sabía que no, puesto que Engracia, a quien no faltaron pretendientes, había rechazado toda galante proposición. ¿Esperanzas? La juventud huía a toda prisa: ¿qué había de esperar la obrera? Y, sin embargo, no podía engañarse: Engracia estaba satisfecha de la vida; en ocasiones hasta parecía feliz: muchas noches de invierno, inclinada sobre la mesa, picando y delineando sus dibujos de encaje, sonreía, se le arrebolaba el rostro, respiraba con apresuramiento, y hasta llegaba a suspirar. «Tiene el corazón lleno—decía Manolita—; pero, ¿con qué?»

—¿Qué piensas; qué haces?—preguntábale a quemarropa, interrumpiendo con su áspero chillido muchos de aquellos silenciosos arrobamientos.

—Nada—respondía invariablemente la obrera—; ya lo ves, trabajar.

—¿Por qué estás contenta?—decíale otras veces.

—No lo sé.

—¿No dices que todo está muy caro, que te

pagan mal el trabajo, que apenas podemos vivir?
¿Cómo consigues estar tranquila?

Engracia sonreía por toda respuesta.

—No te comprendo. Mientras yo me consumo cavilando en qué será de nosotras...

—¡Dios dirá! No te apures, mujer.

Traída por el silencio, volvía la calma, y el enigma seguía sin resolver.

Era, sin embargo, hartamente sencillo y natural. La resignación casi feliz de Engracia estaba sostenida en dos firmes soportes: una aspiración fija, y una realidad, la más embriagante de las realidades: el arte. Engracia era artista sin saberlo; pero sintiendo todos los amargos e inefables goces de la producción, sus dedos, que comenzó a mover la necesidad del pan cotidiano, habían llegado a agitarse a impulsos de verdadera inspiración. No eran sus tramas de vulgar encaje; no perfilaban sus hebras, al retorcerse, líneas y formas imaginadas por otros, sino ideas concebidas por ella, formas soñadas en sus arrobamientos, en las horas tristes de sus días tediosos y de sus noches solitarias. Había nacido su arte de su pena, y, como hijo del dolor, era grande y bello: en él estaba la realidad consoladora de su vida; el ideal

estaba más allá, fuertemente basado en cimientos de resolución, pero confinado por azares de vida a lejanías umbrosas y esfumadas. Para tiempos remotos, para cuando ella fuera libre, había la obrera artista elegido esposo. Pues qué, ¿iban a quedarse sin objeto aquellas ocultas ternuras de su corazón? Y no quería, escarmentada por su única prueba de amores humanos, tener amante para quien el tiempo de espera fuera largo, ni a quien desanimasen las demoras: el esposo elegido sería constante por eterno; como que era nada menos que el celestial Esposo de las vírgenes, el Cordero sin mancha, Cristo Jesús. Allá en las honduras del corazón le tenía escogido desde el mismo momento en que el desengaño arrancó de él las ilusiones, casi desde la misma noche en que Juan Pedro se marchó al cortijo para no volver. Sí; cuando Manolita ya no necesitase sus cuidados, en tiempo no fijado—porque ¿cómo iba a desear la muerte de su hermana?—, sería ella monja. Ya tenía elegido hasta el convento; aquél que había en Lugar del Valle, antiguo como el Amor de Dios, según pensaba ella; aquel donde las religiosas sellaban el pecho, por encima del blanco escapulario, con cruz de brazos rojos.

Tales eran los dos secretos que acariciaba el corazón de Engracia, y que traían a sus labios sonrisas de gozo. Secretos, el de su arte ignorado hasta por ella misma, que gustaba el placer sin alcanzar la causa; el de su amor recatado con esmero infinito y pudoroso, saboreado en el rincón más oculto del alma, destilando mieles recónditas, que a nadie quiso la enamorada descubrir.

¿No parecía pecado de presunción andar pregonando sus amores y clarineando la noticia de sus nupcias futuras con el Rey de los cielos? Ni aun al confesor le habló del proyecto: estaba tan lejos el realizarlo...

Dos veces al año se concedía la encajera un día de placer. Desoyendo los lamentos de Manolita, que ponía el grito en el cielo siempre que de quedarse sola se trataba, emprendía Engracia piadosa peregrinación a Lugar del Valle, con motivo de las fiestas que celebraban las monjitas en honor de los Santos Fundadores. Era el convento glorioso ejemplar de arquitectura gótica; tendíanse en las naves de la iglesia los nervios airosos, como tallos de palma; subían las columnas como buscando el cielo; amontonábanse las

carnosidades de la hojarasca en capiteles y recuadros; ya desde fuera, la archivolta ojival —puerta del cielo—, cuajada de hojas, poblada de santos, parecía pregonar las beatitudes del interior. Y bienaventurada se juzgaba Engracia cuando, pasado el dintel, resonaban sus pasos en las losas del piso, y tornasolaban su frente, como sacándole al rostro la policromía de los pensamientos, los rayos del sol disfrazados de azul y de rojo, que caían desde lo alto del ventanal. Allí, de rodillas, pegadita a la verja del coro, gozaba la plenitud de sus esperanzas y sus realidades; porque es de saber que la encajera, con sutileza de que sólo es capaz el sentir femenino, había entrelazado y confundido realidad y esperanza, arte y amor en un solo ideal. ¿No había de ser ella la esposa del Señor? Pues sólo para la casa del Señor quería trabajar; y, en efecto, todos los primores de sus manos destinábalos a ornamentos de iglesia. Dolíale venderlos; pero, ¿qué remedio, si habían de vivir? El caso es que su obra se encrespaba en olas de espuma cerca del santuario, se rizaba como mar de nieve al pie del altar. Y, de vez en cuando, llegaba al convento de Lugar del Valle un donativo anónimo, un en-

caje de maravillosa trama, que hacían bendecir a las religiosas la piedad suntuosa de alguna desconocida princesa.

Bajo la bóveda apuntada, a la luz de su irisada cristalería, al amor de su Dios, encendíanse en la mente de Engracia sus más jugosas inspiraciones de arte; de las líneas magníficas de aquella arquitectura radiante, del erguirse de las columnas, del espaciarse de los nervios, del retorcerse de las hojas, cual prisioneras vivas en la piedra, del subir a lo alto de las altas agujas, formábanse en su espíritu sueños de forma y poemas de línea, que sus manos, tejedoras de ideas, prendían en la red de sus encajes.

Así, traduciendo bellezas del sublime lenguaje del imaginar al lenguaje santo del hacer, pasaban los días de sus años, poniéndole en los ojos —porque el arte no sabe reír con los labios— la sonrisa entre febril y melancólica de la inspiración.

Y un día, mirándose al espejo para gozar en la imagen de sus ojos las huellas de su ideal calentura, vió que su frente, sagrario del pensamiento, envidiosa, sin duda, de los sagrarios que ella acicalaba, se había coronado también con al-

buras de encaje: la nieve de los años le ceñía la frente.

—¡Vieja..., ya eres vieja!—murmuró el pensamiento con tristeza; pero el amor interrumpió con júbilo: —¿Qué importa? El Esposo me espera... ¡y me ama!

III

—¿Manolita dices?

—Sí, mujer; allí viene el entierro.

—Buenos mozos la llevan.

—Son los cuatro hijos de Juan Pedro el del cortijo. Ha hecho esa caridad a las pobres viejas, acordándose de tiempos pasados.

—Verdad que fué novio de la hermana... Ya van días de entonces acá.

—Figúrate. Como que el chico más pequeño entra este año en quinta.

—¡Pobre Engracial!

—Pues no creas; para ella será un descanso, porque te aseguro que la tal Manolita era de oro. Rabiando ha vivido, y lo mismo se ha muerto; yo creo que de envidia por dejar en el mundo a su hermana.

Así charlaban dos comadres del barrio, viendo pasar en su último viaje a la irascible paralítica, llevada en hombros de cuatro fornidos mochetones.

Engracia lloró a la hermana que fué torcedor de su vida con dolor tan resignado, pero tan sincero, como aquel con que había llorado en otro tiempo sus muertas ilusiones.

Pasado el novenario, tomó una mañana el camino de Lugar del Valle. Estaba amaneciendo cuando salió de casa. Bajo el cielo lechoso parecía la luna irse arrastrando con fatiga, pronta a finalizar su carrera nocturna: apuntaba en oriente la claridad acarminada del alba; el río dejaba deslizar sus aguas entre la mies, sin hacer ruido, como tomando aliento en la llanura para despeñarse más lejos, cañón abajo, con alarde soberbio de bullicio y espumas; el tomillo real alzaba de sus ramas en flor oleadas de saludable aroma; iniciaban los pájaros sus cantos matinales con trinos sueltos y distanciados.

Engracia caminaba de prisa, rejuvenecidos cuerpo y corazón por aquel fresco abrazo con que la saludaba la Naturaleza. Su traje de luto parecía un borrón en la campiña luminosa; pero

en su rostro, más luminoso que la campiña misma, cubría los estragos de la edad y borraba las huellas del dolor el irradiar de su esperanza, trocada de mansa en palpitante por la proximidad de la realización. Saltaba el corazón de la encajera a impulsos de la impaciencia que se enseñorea de todo el que ha esperado mucho en las postrimerías del esperar, y cuando en la hondonada del Lugar del Valle aparecieron¹, perfilándose airosas sobre el azul del cielo, las agujas de la gótica iglesia, tuvo que detenerse un momento para no caer derribada al golpetazo de la emoción. ¡Al abrigo de aquellas torres moraba el amado! Tintineaba el esquilón, llamando a misa con su voz aguda, y Engracia penetró en el templo.

—¿Podré hablar con la Madre Superiora?— preguntó al melifluo demandadero. Guiada por él, atravesó un jardín cuajado de rosas; cruzó después un resonante claustro con paso temeroso, sintiéndose indigna de ser cobijada por la sombra de la bóveda. El paso resuelto del demandadero le parecía escándalo. ¿Era posible andar con tal desenvoltura en tan sagrado lugar? Llegó al locurorio.

—Haga la caridad de esperar un momento,

hermanita—dijo el hombre alejándose—: voy a pasar aviso.

Ya sola, culebreáronle cuerpo arriba y abajo calenturientos escalofríos. Era el locutorio amplia estancia, de paredes muy blancas y elevada techumbre. Abriáanse en lo alto del muro hasta seis ventanas ojivales, celadas por el tupido ramaje de pasionarias y madre selvas, que, trepando desde el jardín, venían a vestir con marañas pomposas los hierros de las rejas. Pasaba a través de ellas la luz, despojándose de sus tonos calientes y esparciendo en la estancia claridad incierta. Las sombras del ramaje se movían con pausa sobre las baldosas del pavimento.

¿Era posible que hubiese llegado aquel día? El fresco y la penumbra del locutorio calmaron poco a poco la agitación de Engracia. La reja, erizada de pinchos como inmenso cilicio tendido en la uniformidad del muro, le narraba los místicos deliquios de la penitencia; el crucifijo colgado muy alto, bajo negro dosel, sonreía como dándole la bienvenida.

—¡Al fin!—parecían decir los labios exangües de la imagen.

—¡Al fin, Señor, al fin!—repetía Engracia transportada de gozo.

—¡Ave María Purísima!—runroneó una voz gangosa. Detrás de la reja se vislumbraron las blancuras de un hábito—. ¿Qué desea, hermana?

Engracia se acercó, y envolviéndola en largos circunloquios, como para mermarle audacia, balbució su pretensión. La monja cabeceaba discretamente, y con visible perplejidad buscaba en su léxico melifluo palabras apropiadas para dirigir a la visitante una pregunta ardua. Engracia notó la vacilación de la religiosa.

—¿Es que hay alguna dificultad?—interrogó temblando.

—No; es que... no se apure, hermana... ¿Quiere decirme cuántos años tiene?

—Ya lo creo; cuarenta y cinco cumpliré por Pascua.

La monja sonrió.

—Es lo que yo pensaba. No puede ser lo que usted desea; nuestra regla no admite novicias pasados los cuarenta.

—Entonces...

Engracia, sin poder pronunciar una palabra más, se desplomó en el suelo. La monja, asusta-

dísima, huyó dando gritos. Un pájaro del huerto se había posado entre el ramaje de una ventana y se desgañitaba a cantar, como si pregonase la soberana indiferencia de la Naturaleza ante el dolor humano. Llegó un rayo de sol, que acentuó las sombras, y un asomo de viento las hizo moverse, paseándolas por el rostro de la desfallecida, como velo de encaje más sutil que ninguno de los que ella labró. La imagen de Cristo seguía sonriendo, y en el cerebro, trastornado por el delirio, de la pobre mujer, martilleaba con tenacidad de pesadilla el eco sordo de una sola frase, que acaso ya nunca llegase a ser expresión de idea consciente:

—¡Tampoco Tú, Señor!...

LA MONJA MAESTRA

LA bienaventurada Verónica de Julianis, siendo aún muy niña, solía permanecer largo tiempo ante una devota imagen de la Virgen, que tenía en sus brazos al Santo Niño Jesús; y a menudo, con pueril candidez, le ofrecía las más preciosas cosas que le daban, como pudiera una hermanita menor regalar a su querido hermano.»

La voz de la lectora—hilo del surtidor cayendo sobre el mármol de la taza—resuena con resonar continuo y discreto: la niña desgrana las palabras místicas tonilleando monjilmente.

«Y acontecía que para recompensar tan tierno amor, el Divino Niño se apartaba con frecuencia de los brazos de su Santa Madre y se iba a los de la cándida doncella, y con ella se recreaba hablándole con sumo afecto...»

El bochorno de la tarde estival enrarece el aire. El calor rebota en las blancas paredes de estuco y parece exhalarse en pesados vapores del suelo entarimado.

Las unas educandas inclinan las frentes, como rosas marchitas, sobre los bastidores; trenzan otras mallas de encajes, y el castañeteo de los palillos, como que fuese música venida de muy lejos, para acompañar la salmodia de la lectura mística.

Rompe el silencio tal cual perezoso suspiro, y tal cual cabecita se alza con la boca entreabierta, buscando aire.

—¡Qué bochorno, Santa Madre de Dios!

De pronto, un estruendo. Aquella chiquitina regordeta se quedó dormida y ha venido al suelo con silla y labor; el mundillo relleno de paja rebota como informe pelele; la trama del encaje se enmaraña, los hilos se rompen y los husos ruedan sobre el pulido pavimento con alegría de animalejos que en campo abierto se solazasen.

Las educandas aprovechan el incidente para hacer ruido; hablan todas a un tiempo, a un tiempo se levantan. La monja maestra acude en auxi-

lio de la dormida, alzándola del suelo; la pone en pie y ha de sostenerla, porque, borracha de sueño, la gordinflona se tambalea; abre al cabo los ojos, mira en derredor llena de asombro, y acaso mal contenta de la realidad, ella, que tantas buenas cosas debía estar soñando, rompe a llorar desesperadamente, refrotándose el rostro con las manezucas regordetas. La monja intenta consolarla.

—¿Qué tienes, Mariquita? ¿Te has lastimado? Vamos, despierta, criatura.

Pero la criatura llora, llora su sueño a más y mejor; si la dejasen volver a dormirse...

—Todo sea por Dios... Anda, Carlota, acompaña la y lávale la cara con agua bien fresca: tú, Carmela, recoge esos bolillos.

La maestra formula sus mandatos con voz triste y amable; las niñas obedecen como sugestionadas; una *de las mayores* sale de clase llevando a la dormida; se oye, distanciándose en la lejanía de los corredores, el sollozar obstinado de la nena.

El silencio quiere imperar de nuevo; pero hay diablillos bulliciosos que se colaron en la clase y siembran en ella inquietud desusada; crujen los

bancos, chirrían agriamente los bastidores; los pies, intranquilos, rascan el tillado. La monja se yergue sobre la plataforma. —«¡Silencio, niñas!»— Una bocanada de viento levanta y golpea las persianas, entra en el salón, pasa sobre las cabezas infantiles, enmarañando rizos, corre por la pared, sacude mapas y carteles, alzando nubecillas de polvo; por último, llega a la plataforma, envuelve a la maestra en cálida caricia que le arrebola el rostro, y hace presa en los velos almidonados de la toca, que se agitan precipitadamente.

Suscítase en los aires un rumor sordo; es un trueno lejano. ¡Tormenta! Si no podía ser de otra manera, con aquel calorazo. Las niñas se asustan.

—¡Qué miedo, Sor María Jesús!

Sor María Jesús intenta sonreír para animarlas; pero el rostro hermosísimo se le anega en olas de angustia; el sobresalto de las chiquillas crece.

—No se asusten, por Dios... Si va muy lejos la tormenta. Ea, subid las persianas y cerrad las vidrieras; si no hay por qué asustarse... Eso es. Ahora enciendes la vela del Santísimo; digo que no se asusten. Vamos a rezar el Trisagio.

Y rezan, puestas de hinojos, las palabras que rezan en el cielo ángeles y serafines: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!

El miedo trueca en fervorosos sus corazones inconscientes. Tienen las manos juntas y el mirar azorado.

¡Cómo se retuercen las copas de los árboles del huerto, y cómo silban disciplinando el aire, y cómo restalla el ramaje menudo que se quiebra, y cómo llueven remolinos de hojas que vienen a pegar en los cristales con silenciosa furia!

El rostro de la monja se angustia más y más; sin duda lleva ceñido al alma cilicio de espinas.

—¡Señor, Señor—balbucea entre las monotonías del rezo—, tened piedad de mí!

Termina el Trisagio; entonces, Sor María Jesús, con voz desmayada por la lucha interior, habla a sus educandas:

—Niñas—les dice—, rezad un Padrenuestro por una gran necesidad.

El coro de voces infantiles se alza lleno de fe. A compás de la ingenua oración vase abonanzando el rostro de la monja; su inquietud se trueca en resignada melancolía. Ventanas allá, mira los cielos conturbados donde se libran ba-

tallas de nubes, y murmura con mansedumbre adolorida:

—¡Por tantas inocentes que os lo piden!

Surge en los corredores campanilleo repique-teante. Llegó la hora de asueto; la maestra golpea su libro de rezos forrado en estameña. Las niñas se levantan con movimiento unánime. Otra señal; ordénanse las filas. A la tercera comienzan a marchar pausadamente, de dos en dos, en silencio algo triste; la regla monacal inclina las frentes nacidas para alzarse libres, y clava al suelo las miradas ansiosas de mirar. Ondulante, va saliendo la fila, y los pasos llenan de resonancias monócronas los corredores amplios. Con brusquedad insólita una chiquilla rompe el lineamiento inexorable; pronta como la luz vuelve a entrar en la clase, y llegando a la monja le besa la mano una vez y otra vez con precipitación hambrienta de cariño.

—¡Carmela!

Sor María Jesús quiere indignarse; pero Carmela, sin dar tiempo al enojo, luego de repetir la caricia, húyese tan prestamente como vino, y torna a reunirse con sus compañeras, que abren ojazos tamaños, asombradas de la trave-

sura, y orgullosas de ella cual si fuese propia.

Sor María Jesús permanece un momento inmóvil en medio de la clase, ya solitaria y silenciosa. Es la monja gallarda mujer, de rostro pálido y luciente mirar; tiene las manos como de alabastro, y el porte señorial da majestad de púrpuras y armiños a la burda estameña del hábito. Los bancos vacíos, los bastidores que, enfundados, reposan, las almohadillas sobre que descansan los husos quietos y callados, todo lo van mirando sus ojos cariñosa y compasivamente. ¿Qué piensa mientras mirando compadece?

Suena el toque llamando a la oración. ¡Y qué son desolado tiene hoy la voz de la campana! El viento se apodera de ella, la quiebra, la desgarrar, la lanza hecha jirones al espacio... ¡Qué triste suena! Parece que llora y parece que burla.

II

Junto a la puerta de la capilla las buenas hermanas, que por las galerías van viniendo, detiéndose un instante. Desdoblan los negros y sutiles mantos y los componen sobre las blancas tocas; las cabezas, aleteantes como palomas místicas, se inmovilizan bajo la pesadumbre del cendal obscuro... Silenciosas, éntranse en la capilla, saludan al altar con reverente genuflexión, y luego se esparcen por los bancos, yendo a caer de hinojos.

Ved las Esposas del Cordero. Bajo los negros velos, las almas cándidas; bajo la frías tocas, el encendido pensamiento; bajo el silencio de los labios, el alma que dice amores hablando al Esposo.

La capilla fresca y acicalada dice devoción fe-

menina y meliflua. Los nervios de la bóveda sujetos están con dorados y purpurados rosetones; el oro flamea en los altares; el bruñido maderamen del piso refulge; la vidriería, de matices suaves y corecto dibujo—santas exangües, santos atildados, color de violeta, de rosa anaranjado, de ocre empalidecido—, tamiza la luz y siembra el aire de irisaciones discretas; los encajes arremolinan sus espumas tenues junto al tabernáculo; las marfileñas madreselvas se desmayan en búcaros ante la imagen de María, vestida de túnica azul tierno, de rosa ternísimo con cenefas de plata; las lámparas góticas de latón deslumbrante reflejan la inquieta mariposa de luz, aprisionada en el vaso color de sangre, y en la muflida alfombra del presbiterio, sobre la blancura del fondo, se pavonean rosas galantes.

Y el aroma sutil, huella de incensaciones dominicales—más que a incienso trasciende a benjuí y estoraque—, envuelve en caricia sensual aquellas rebrillantes y ondulantes y primorosas delicadezas.

Las vírgenes susurran su oración arrastrando las sílabas latinas con delectaciones melosas. Tras el susurro como de abejas, hay una pausa de si-

lencio; luego, de las últimas filas, surge única una voz que, en lengua castellana, lee conceptos del amor divino. Es la voz inquietante de la monja maestra. Comienza la lección con fortaleza fervorosa; como perlería desgranada va el río de palabras flameantes desbordándose, haciendo eficaz la palabra de Aquel que dijo: «Fuego vine a traer a la tierra.» ¡Cómo suena la voz de la lectora; cómo brillan sus ojos, cielos serenos! Pero bien pronto, como en los cielos, se amontonan en su frente las nubes; suscítanse en su ánimo huracanes deshechos; el alma sobrecogida tiembla, y a compás del alma tiemblan los labios. Y sigue la lección desasosegada y medrosa, y el llamear de los conceptos como que oscila y se retuerce, hoguera moribunda. Con pausa brusca se entrecorta o con arrebatado anhelo se precipita. Y suena en la capilla la voz de la lectora, desolada, hecha trizas, como hecha jirones en el aire la voz de la campana.

III

Con lento andar cruza el Padre Manuel la capilla, y entra en el retallado confesonario.

Las buenas monjas, una tras otra, van prolijamente relatando análogos escrúpulos. El Padre cabecea, aconseja y absuelve, sonriente, plácido: la psicología escasamente complicada de aquellas almas casi infantiles va sumiéndole en sopor dulce y beatífico.

Una monja.

Otra monja.

Absueltas, tras lenta acción de gracias al pie del altar, van saliendo de la capilla.

Llególe el turno a la monja maestra...

Y desesperanzada de encontrar remedio, lamenta al Padre que la oyó cien veces la historia de su angustia.

—No se atormente, no haga caso; tentaciones, hija, tentaciones del malo.

—Es que no puedo más. Es que llegué a lo último, a lo último, Padre. ¿Será pecado desear la muerte por acabar con esta lucha?

—Pecado, hija, pecado grave. La vida es un tesoro que Dios pone en nuestras manos; hay que desear conservarlo.

—Sí; si no quiero tampoco morirme, porque tengo miedo...

—Confíe en la misericordia de Dios.

—¿Cómo he de confiar en su misericordia si a veces llego a no creer en El? Y aquel que no cree, ya está condenado.

—No diga eso, hija; son blasfemias.

—¡Si las pienso!—El alma de Sor Maria Jesús solloza desesperadamente.— No creo; no puedo creer.

—Sí cree, sí. ¿No dice que teme? El temor es el principio de la fe.

—De la fe no me queda más que el miedo...

—Vamos, vamos, cálmese. Estas son pruebas que Dios envía. Pruebas o castigos..., algún pecado que parece leve, y Dios no juzga tal..., de apego a lo terreno, de soberbia; ya sabe, lo

dice Kempis; a veces, poca cosa impide la gracia.

—¡Poca cosa!—Hay una pausa grave y meditativa. Sor María Jesús habla luego en la abundancia de su amargado corazón. — Ya sabe, Padre, cómo vine yo aquí, no por desengaño, no por tristeza de la vida: vine alegre, vine por amor, sí, por amor de Dios, y Dios sabe que no me acuerdo del mundo. ¿Cómo he caído en esta miseria? No dudo de los dogmas, de los misterios. Creyendo en Dios, todo es posible. Dudo de que haya Dios... Algunas veces, cuando estoy muy contenta, alzo al cielo los ojos buscando a quien dar gracias, ¡y cómo se ríe el sol en el cielo porque no encuentro a Dios! No puedo, no puedo con los días de sol, con el aire quieto, con las flores abiertas, con el agua tranquila; parece que la calma de la tierra es un espejo de la nada. Pues ¿y en la pena? ¡Señor, consoladme! Y el alma que se ríe, ¿quién te va a consolar? Y en la tentación: ¡Señor, acudidme! Y el diablo, sí, debe ser el diablo: ¿Quién te ha de acudir? ¡No, tampoco el diablo; si no creo en el diablo, no creo en nada, no puedo creer!

Sor María Jesús se ahoga gimiente, con ge-

midos inefables. ¡Cómo tiembla su cuerpo más reciamente que las ramas heridas por el vendaval!

Y el Padre Manuel cabecea, suspenso y desorientado.

—¡Estas monjitas sabias...! Mire, hermana, déjese de locuras; lo que ha de hacer es no pensar en eso, no leer libros, ni de piedad siquiera; harto sabe ya para enseñar a sus niñas; rezar vocalmente, sin pararse a meditaciones hondas; la Pasión, la Pasión y Muerte de Cristo es lo único que ha de leer y meditar... Y luego trabaje, trabaje mucho; sus niñas, su clase, labores de mano, eso es, sus niñas...

¡Sus niñas! El espíritu atribulado de la monja se ase con vehemencia a este único alivio.

—Sí, Padre, sí; las niñas me consuelan. A veces pienso: si no creyendo las enseño a creer; si por mí se salvan, ¿podrá valerme lo que por ellas hice? ¡Tantas almas por unal...

—El que procura un alma tiene a salvo la suya; lo dice el Apóstol. Eso, eso es lo que ha de pensar mientras enseña; y la fe volverá, ya lo creo. Y ahora...

Las palabras de la absolución caen lentas y

S O L D E L A T A R D E

refrigerantes como rocío matutino... Siéntelas caer sobre su corazón la monja penitente. Humíllase a tierra, sígnase muy despacio, y momentos después, leve y sigilosa, como visión que pasa, sale de la capilla.

IV

Al dejar la aromada frescura del santuario, ¡qué calor el de aquellos corredores! Sor María Jesús en la capilla había olvidado la tormenta; ni oyó los truenos, que iban menudeando; y he aquí que, abriéndose de pronto una ventana con golpeo recio, porque la abría el vendaval, entróse por el claustro el olor a búcaro, heraldo fragante de los chaparrones veraniegos. Lloverá. La monja imaginó con delicia la frescura del agua sobre su rostro calenturiento, y echó a andar camino del jardín. Bajó la escalerilla interior que conduce a los sótanos, que ella creía entonces desiertos; pero encontróse la colmena rumorosa de las educandas, allí refugiada huyendo la tormenta, que seguía azotando copas y descuajando ramas en el jardín. Era el momento de la recrea-

ción que precede a la cena temprana. Las recreaciones de los internados son melancólicas; nunca más propio el símil de ovejas sin pastor; sólo algunas chicuelas inconscientes gritan y ríen; las más, o silenciosas o confidenciales, sueñan con las dulzuras del hogar lejano o dicen de ellas. Hay también flores incoloras de amores malsanos, abismos de íntimo desconsuelo infantil, negros como ninguno, porque se ignoran... Hoy las niñas están temerosas: agrupándose, buscan alivio al miedo propio en el ajeno miedo; a cada relámpago, jaculatorias atropelladas. La monja guardiana, vieja y medio sorda, hace calceta sentada en un rincón; a las veces, sin alzar la cabeza, refunfuña reprendiendo imaginarios deslices. Sor María Jesús se detiene en la puerta. ¡Pobres criaturitas! Bien quisiera, recogiendo en un haz las cien cabezas pensativas, estrecharlas sobre su corazón. Allí está la gordinflona que se durmió en la clase, ahora bien despierta buscando una *mayor* a quien decir su miedo; allí está Carmela, la enamorada de la monja maestra, la que al salir de clase le besó la mano. ¡Dios las bendiga!

En el jardín, los remolinos de viento, de pol-

vo, de hojas caídas, de ramillas rotas, hacen casi imposible el caminar.

Sor María Jesús atraviesa, valiente, la explanada frontera al edificio.

Caen las primeras gotas, que abren huellas profundas como llagas en la aridez del suelo polvoriento. La monja sigue; las gotas menudean; arrecia el aire; las ramas bajas de laureolas y rosales le azotan el rostro; las plumas irisadas de los carrizos vuelan hechas pedazos. Hay tientos caídos en los senderos con las flores tronchadas; un geranio sangriento se revuelca en el polvo; más allá revolotean en remolino los pétalos de una rosa que fué... ¡Qué delicia dejarse envolver por el viento, sentir el cuerpo macerado por su caricia dominadora!

¿Dónde está Sor María Jesús? Allí en lo alto, en lo más alto del jardín, en la plazoleta circundada de mirtos, un día reposorio galante, hoy emplazamiento de un Calvario. Las pobres monjitas buscaron el lugar más amable del donado jardín para plantar la austera raigambre del *arbor decora et fulgida*. En el centro, donde antaño la fuente murmuradora, hoy, sobre escalinata y pedestal graníticos, la cruz herrumbrosa. Un espino

florido abraza el pedestal y sube, brindando sus dardos, a la cruz. Allí la monja, sobre las gradas, cabe el espino; allí, dejando vagar en los aires el pensamiento; allí, bañando el rostro en las aguas que caen de los cielos; allí, anhelando acaso que los vientos la lleven donde ellos van... ¿Y dónde va el viento? Sabrálo Dios. El caso es que llega de poniente, y que ulula, monstruo azotado, con alaridos que dan espeluzno; que atraviesa, gimiendo, las grandes planicies; que rebota en los montes y se obstina en pasar, y bufa y se revuelve; que, llegado a las frondas, se hace sierpe y dragón, y se retuerce y dentellea... ¡Ay las cimeras verdes hechas látigos! Y cada copa llora con distinto llorar: oíd qué callandito los blancos álamos, y qué furiosamente las encinas, y con qué bronca voz los olmos seculares. Pasó la ráfaga, y entonces el ramaje suscita unánime un murmurar entrecortado, como llanto de niño que no acierta a encalmarse de pronto... ¿Dónde está el viento? El viento se ha perdido en el aire, como un río se pierde en las arenas.

V

—¿Quién viene por la senda camino del Calvario?

Viene la niña: viene Carmela. Desafió valiente el aguacero, y el aguacero le inundó el rostro y le pegó a las sienes los rizos negros y alborotados.

La frente pensadora y el andar resuelto. Es como una idea que caminase.

La monja, absorta, no la ve llegar.

—¡Sor María Jesús!—El aire libre ahoga la voz de la rapaza, hecha a sonar discreta en el silencio de la santa casa.—¡Sor María Jesús!

—¡Válgame Dios! ¿Cómo viniste, criatura?

—Vine a buscarla; no se enfade; la vi pasar estando en el sótano.

—¿Y pediste permiso?

La predilecta no responde.

—¡Cómo te has mojado! Vamos a casa, a casa.

La niña implora:

—No; un momento. Si ya va dejando de llover.—Y bruscamente ciñe los brazos al cuello de la monja y rompe a sollozar desesperada.

—¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Qué tienes? Verás cómo la mojadura nos cuesta cara; estás calenturienta. Anda, cálmate, vámonos...

Carmela sigue sollozando; su corazón se agita como el de un pajarillo prisionero.

—Tengo miedo—susurra, a medias encalmada por las caricias de la monja.

—Vamos, te asustaron los truenos. No me gusta que seas cobardo; las niñas buenas no se asustan de nada.

El dolor de Carmela estalla.

—Es que yo soy muy mala... muy mala.—Y casi desfallece.

—¡Qué dices!—La maestra escudriña el rostro descompuesto de la nena; hay en la frente de marfil rosado huellas de largo padecer.—¿Por qué dices tú que eres mala? Cuéntamelo. Si yo sé que eres buena.—La voz cariñosa desliza sua-

vidades balsámicas sobre el sufrir de la desconsolada.—Cuéntamelo tú.

Y entonces Carmela, atropellando conceptos y lágrimas, confiesa su pecado. Y oye la monja que la llorosa dice:

—Yo no quiero rezar, Sor María Jesús; yo no quiero oír misa; yo no quiero recibir al Señor, porque no puedo, no puedo creer...

¿Veis cómo allá, en lo último del jardín monacal, tronchó el viento una palma, y ella, como ala rota, vino a tierra y allí quedó? Así contra el granito de la cruz la monja maestra.

¿Oís cómo en lo alto de la torre clamorea y solloza la campana batida por el aire? Así Carmela, mientras restaña la sangre que, mezclada con el agua del cielo, empurpura el blancor de las tocas.

HORAS DE SOL

I

EN el momento de amanecer, precisamente cuando el primer rayo de sol, logrando romper las penumbras del crepúsculo, corrió en un vuelo a dorar la veleta del campanario, se alzó en el silencio de los campos una fresquísima carcajada. Débil en un principio como gorjeo de pájaros, ascendió culebreando escalas sonoras, sostúvose un instante en trino sobreagudo y descendió después, muy despacio, arrastrándose como cola de cometa que cae porque le falta el aire.

Luego, entre la cerca, cubierta por maraña de zarzas que separaba un huerto del camino, dejóse oír el cuchicheo de una plática de amor.

Es en agosto. En primero y segundo término, del lado de allá del camino, bautizado pomposamente, a pesar de su escasa anchura y ningún ornato, con el apodo de real, hay campos cubier-

tos de rastrojo. Cierran el horizonte montones de paja y de grano, que se alzan sobre el suelo pelado de las eras.

Ya empezó en ellas el trabajo: la gran distancia impide que se oigan desde el huerto los ruidos de la faena; pero la diafanidad del aire deja percibir claramente los movimientos de hombres y animales, y así, se ve a un gañán, en pie sobre el trillo, al aire la tralla, hostigando a la yunta con algo de la hierática majestad de los dioses paganos, aquellos viejos dioses que enseñaron al hombre a cultivar la tierra; y se ven otros que, empuñado el bieldo, hacen volar el grano por los aires, y se ven caer las nubes de tamo, aún pálido en la pálida luz de la mañana, y se ven también las carretas, que llegan con pausa y se descoyuntan para verter los haces en la parva.

La tonalidad del paisaje es monótona: gris pardo en la tierra, amarillo pardusco en el rastrojo, pajizo en las eras. En el camino, el polvo deshecho y zarandeado, mezcla indefinida de los mismos colores; la cerca del huerto, formada de tapiales terrosos; sobre ella, como anuncio del oasis que dentro se esconde, el verdor de las ramas de zarza.

Hay en el ángulo del cercado una brecha, y en la brecha como un estallido de vegetación. Sobre tapiz de trébol, puñados ondulantes de avena loca, matas de manzanilla y de borraja cuajadas de flor; pegándose a las grietas, y descoyuntando tallos y raíces, para cubrirlas todas, malvas y margaritas; y por cimera, los graciosos penachos verde esmeralda de la cicuta. Las ramas del zarzal se desbordan a uno y otro lado y arrastran por el suelo sus melenas frondosas, cuajadas de moras, aún verdes las más, color de carne algunas.

En el improvisado portillo, la pareja que charla y que ríe. Él, casi en el camino; ella, casi en la huerta; muy juntos, sin embargo. Detrás de ella, un fondo monótono: el plantel de judías, que enrosca sus zarzillos en las cañas; más adentro, cuadros de hortaliza, limitados por matas de rosas; por último, la parra que estrecha con abrazo perezoso las desconchadas paredes de un caserón.

Escuchando la plática, que no decae un momento, podrá oír el curioso lector los nombres de los interlocutores, que, acompañados de adjetivos amantes, se escapan a menudo de labios

de ambos. Llegará de este modo a saber que Hortensia es el nombre de la dama, y Carlos el del galán; notará también, a poco que se fije, que, salvo en contadas ocasiones, él es el que habla y ella la que ríe, y observará el contraste que existe entre el aspecto exterior de los enamorados.

Él es un muchacho robusto y bien parecido, con evidentes señales, en rostro y ademán, de enérgico carácter y clara inteligencia; pero no hay que buscar en su persona ni en su atavío refinamiento alguno de elegancia; aseo excesivo, eso sí; pero también absoluto desprecio de la moda, acaso completo desconocimiento de ella. Por toda distinción, la soltura de un cuerpo sano que lleva dentro un alma hermosa y que, sin vanagloriarse de ello, lo sabe y se alegra.

Ella, planta de estufa, mariposa cortesana. En el rostro todas las suavidades, todas las elegancias en el ademán y el gesto, todos los refinamientos en el arreglo de su personita.

Arte, casi ciencia, en el vestido y el peinado, estilo en el lenguaje, armonía sabia en las modulaciones de la voz; tono inconsciente, en fuerza de acostumbrado. La naturaleza limada, cincela-

da, corregida, que únicamente bajo la influencia de aquella ingenua hora de amanecer se atrevía a volver por sus derechos en tal cual argentina carcajada.

¿Que cómo se ha formado el *ángel de amor* con dos espíritus al parecer tan opuestos? ¿Que si no es raro ver al rey enamorado de la pastora, es cuando menos extraordinario ver a la niña aristócrata amando al muchacho campesino? ¿Que quién obró el milagro de unir en estrecha y amorosa concordia la desigual pareja?

Esta es la historia de esta historia, para nadie más sorprendente que para la protagonista de ella, para Hortensia, la hija mayor, única habida en sus primeras nupcias, del señor conde de Montellano.

II

Sucedió el primer acto de esta vulgar comedia en plena aldea, en una habitación, aunque con honores de sala, modesta en extremo, de blanqueados muros, y amueblada con la clásica sillería de Vitoria.

Allí, en la hora de siesta, tendida sobre el sofá de enea, cogida a traición por el verano y la Naturaleza, Hortensia sueña, y a las mil maravillas, a pesar de no haber aprendido nunca a soñar. Y en medio de las dulzuras del ensueño, trata la soñadora de rebelarse contra él, porque es, en verdad, fenómeno para ella extraño y jamás observado durante los diez y siete años que lleva de vida. ¿Quién tendrá la culpa de semejante rareza? Acaso el calor sofocante de aquella hora de siesta, acaso el silencio y la quietud del campo,

silencio en el cual sólo el hombre calla para dejar cantar en paz a la Naturaleza, silencio cortado por voces de grillos y de chicharras, por zumbidos de abejas y de avispas, quietud interrumpida por locos bailoteos de átomos en los rayos de sol, que se filtra entre persianas y cortinas.

La tersa monotonía de las paredes blanqueadas parece exhalar efluvios de modorra; aquella nitidez que persiste a pesar de la obscuridad casi absoluta, fatiga los ojos y obliga a entornarlos. Una vez entornados los ojos, ¿qué hará la mente más que forjar visiones? Los centelleos irisados que pinta la luz al quebrarse en las pestañas suministran arabescos con que decorar ropajes; plegado el ropaje, bien pronto se moldea para llenarle la figura, y moldeado un cuerpo, ¿qué trabajo le cuesta a un espíritu crear otro espíritu para animarle? Hortensia sueña.

Merced a sus diez y siete años, es ya una mujer; pero es todavía una virgen, y es preciso velar para ella las crudezas y brutalidades de la vida. Por eso desde hace cuatro años, fecha en la cual su padre, viudo desde que ella nació, había contraído segundas nupcias, cada nuevo heredero, que con frecuencia moralizadora hace su

aparición en el hogar condal, proporciona a Hortensia los placeres de un mes de campo en casa de su antigua nodriza.

No fué esta vez muy bien acogido por la niña el anuncio del acostumbrado viaje. *Presentada en el mundo* el invierno anterior, duraba aún para ella el período de espejismo, que tenía precisamente como fondo, en aquellos días, la indispensable playa cantábrica con trajes de baño, *a la última*, por supuesto, y un batallón de gomosos, asestando gemelazos y fotografiando bellezas desde la galería. Hortensia comprendía así la Naturaleza; para ella los gomosos eran fauna insustituible en todo paisaje. Y no por atracciones de sensualidad ni por exigencias de la carne. Ni espiritual ni sensual por temperamento, acaso cerebral sin saberlo, dejábala en el fondo, en cuanto al sentimiento y en cuanto a la sensación, indiferente en absoluto toda aquella legión de revoloteadores que en torno suyo se agitaba; pero gustaba de ser mirada y admirada por ellos, de pasar al alcance de sus baterías de gemelos y monóculos; le corrían de pies a cabeza estremecimientos de bienestar y de satisfacción al sentir resbalar sobre su cuerpo centenares de ojeadas,

y se erguía al contacto de ellas con vanidad inconsciente de pavo real, sin intentar siquiera convertir aquella admiración a más prácticos o a más ideales resultados.

Desagradable, por tanto, fué el viaje. En todo él no consiguió el señor conde arrancar una palabra a su hija, acurrucada en un rincón del coche. Llegaron al anochecer; a la mañana siguiente volvióse a Madrid el padre, y Hortensia madrugó para despedirle. En esa hora de amanecer, cuando, aún no bien despierta, apenas si tenía conciencia de sí misma, la Naturaleza se apoderó de ella, rindiéndola a la magia de sus desaliñadas seducciones. Soñolienta salió de casa, y el aire fresco de la mañana se le llevó en alas el sueño y, obligándola a abrir los sentidos, entróle por ellos de golpe y porrazo chorros de luz y de colores, bocanadas de aroma y conciertos de sonidos mezclados y confusos, imponentes a la vez que tenues.

Introdújole todo aquel despertar de la tierra ardores en la sangre y ansia de gastar vida, y dióse, ayudada por el desaliño matinal de su atavío, a correr y brincar como bestezuela, a campo traviesa, y a dejar espaciarse cuerpo y espíri-

tu, sueltas las bridas del pensar y del querer, en el ambiente de aquella caldeada naturaleza. Gracias a su robusta constitución física, prodújole el desusado ejercicio, más que fatiga, hambre. Satisfecha ésta, venida ya la necesidad del reposo, tendióse sobre el sofá de enea en la salita blanqueada; entornó, sin cerrarlos por completo, los ojos fatigados, y comenzó a mirar frente a sí con la tenaz fijeza del ser inconsciente.

III

En un rincón, sobre la cómoda burguesa, se destacaba un objeto, extraño en aquel sitio: una cajita traída de China, y decorada con toda la exuberancia de fantasía propia de los artistas *celestes*. Incrustaciones de oro, en forma de caprichosas nubes; árboles melenudos, semejantes a desoladas plañideras; pabellones montados sobre inverosímiles soportes; pacientes pescadores de luciente cráneo y flexible caña, contemplando con ojos dormilones el agua, el agua inimitable de los dibujos chinos, agua perezosa y somnolenta, agua que nada refleja, como si de todo lo que a su lado vive viviese abstraída y ausente; y en la cara central de la cajita, deslizándose a lo largo de ondulante banda, una procesión monótona: doce figuras de hombre, todas igua-

les, todas marchando, y, sin embargo, todas inmóviles, sobre un camino marcado por dos líneas, que daban, aunque únicas, sensación de infinito. Llevaban las cuatro últimas figuras, de expresión absorta—¿quién sabe si de veneración o indiferencia?—, carga misteriosa... ¡Un palanquín cerrado! ¿Qué pretendió el artista aprisionar en el recinto cubierto por místicos velos?

Hortensia conocía de antiguo la cajita; era su guardajoyas, su caja de caudales, caudales y joyas, como de niña, escasos. Desde siempre y a todas partes la había llevado consigo, y, sin embargo, hasta entonces no la había visto; por lo menos, aquella lenta procesión le pareció algo nuevo, jamás contemplado. En el medio sopor de la siesta, las monótonas figuras de chino adquirieron a sus ojos movimiento y vida. ¿Dónde van? ¿Quién irá dentro del enigmático palanquín?... Y es de advertir que Hortensia, al pensar en la incógnita de aquel problema, no imaginó, ni por un momento, que pudiera ocultar el cortinaje la figura gentil de una china con su cabeza-acerico y sus pies-almendras. Desde el primer instante, su imaginación dotó al paseante desconocido de sexo masculino, y, a pesar de lo

chino del paisaje, del vehículo y del acompañamiento, no le soñó chino ni—cosa aún más de admirar, dada su idiosincrasia estética respecto al sexo feo—tampoco le imaginó gomoso. Sería... un hombre. ¿Cómo...? Y he aquí que Hortensia, ya plegados los ropajes de nubes imprescindibles, comenzó a soldar miembro a miembro perfecciones masculinas, más que sabidas, adivinadas, y a crear a capricho feroces héroes y rubios pajes, trovadores y atletas.

Y a cada uno, tras de saludar su aparición con sonrisa plácida, despedía, pasado un momento, con ademán de enfado, por faltar en la suma de su belleza algún detalle que ella juzgara imprescindible, y el desfile duraba y duraba, y sonrisas y mohines se sucedían sin interrupción en la boca fresca y en los ojos a medio cerrar de la chiquilla. ¡Era difícil de gusto la virgencita!

IV

Pero he aquí que, a lo mejor de aquel imaginario certamen de belleza, una ráfaga de aire levantó la cortina y entró por la ventana un torrente de sol; alguien gritó en la calle; palidieron rápidamente chinos, palanquín, árboles y agua. La caja pareció quedarse muda, con ese mutismo en que las cosas, tanto como las personas, saben encerrarse. Volvió la niña a la vida real, y abrió mucho los ojos, miró en derredor suyo, recelando encontrarse con alguien, y, avergonzada ante sí misma de su debilidad, ya que, por suerte, de todo otro testigo carecía, sacudió la cabeza como para rechazar visiones importunas, y pronunció, entre asombrada y pesarosa, unas cuantas palabras de protesta en contra de su loca fiesta de espíritu.

Quedó después inmóvil, apoyó las manos, des-
perezándose, en el asiento del sofá, echó hacia
atrás el cuerpo y la cabeza con lentitud violenta,
hasta tocar el muro casi con la frente, y al sentir
la frescura del yeso en la piel, se estremeció le-
vemente y murmuró entre dos sonrisas, ponién-
dose en pie y yendo de un salto hasta la venta-
na, acaso para ahogar con el movimiento el eco
interior de sus palabras: «¡Es bueno soñar... a pe-
sar de todo!»

Apoyó la cabeza en los barrotes de la reja.
Sentía en los pies y en las manos el leve cosqui-
lleo que deja el medio sueño en postura no muy
cómoda. Así, apoyada en la reja espaciosa y muy
saliente sobre el muro, estaba al aire libre, sus-
pendida entre cielos y tierra, como pájaro en
jaula. Por un instante, experimentó esa sensa-
ción, hasta el punto de creer que la reja se ba-
lanceaba.

Había en el huerto orgía de luz. Caía el sol
de plano y reverberaba en la tierra, que echaba
chispas. Apenas pasado el mediodía, sólo junto
a los muros dibujaba la sombra estrechos perfiles
negros; bajo los árboles se pintaban círculos in-
tensísimos, y las matas bordaban sobre la arena

imperceptibles festones. Ramas y hojas caían desmayadas y polvorientas; algunas rosas se esforzaban en vano por levantar sus corolas muertas de sed. Únicamente las malvas reales erguían sus pomposos y floridos tallos, desafiando al calor, mientras los mirasoles balanceaban estúpidamente su caraza gris o negra, orlada de amarillo, como buenos burgueses que cabecean asintiendo a todo porque nunca han tenido la suerte de que les nazca una idea en contra.

No hay pájaros; ocultos entre el ramaje o en los aleros del tejado, esperan el fresco de la tarde para cantar; pero hay abejas, que van del romero a la adelfa, runruneando como amas de casa hacendosas y gruñonas, y hay mariposas, que atraviesan el aire con vuelo incierto, tropezando en todas las flores. Y en lo alto, colgada en su reja, está también Hortensia, perdida, no se sabe cómo, en la orgía de luz, convertida, acaso por arte de magia, en un átomo más de todos aquellos infinitos átomos hipnotizados y adormecidos bajo el poder del sol.

V

Un chaparrón de gritos y carcajadas que estalló en el silencio rompió la paz de aquella somnolenta fiesta de luz.

Sacudió Hortensia su letargía, empujada por instintivo sobresalto, y, adelantando el rostro cuanto se lo permitieron los hierros de la reja, miró. Del cobertizo que formaba una de las paredes de la huerta salió, con brusco movimiento, como a empujones, un grupo extraño, el que chillaba y reía. A medias, por supuesto; que los gritos roncós y anhelantes salían de la garganta de un mancebo de edad imposible de precisar, entre los quince y los veinte, rubio, deslavazado, de hombros caídos y mirar incierto, y las risas se desgranaban en los labios de una zagalona fornida y resuelta, sobre poco más o menos de la

misma edad que el mancebo. Venía ella cober­tizo adelante, persiguiéndole a todo correr, y habíale alcanzado precisamente en el momento en que Hortensia acertó a verlos. Él se acurrucaba temeroso y chillando; ella, riendo, le enlazaba con los robustos desnudos brazos, y le propinaba estrujones y cachetes con presteza y energía cada vez mayores, deleitándose a ojos vistas, gozando enormemente con cuerpo y espíritu—si acaso lo tenía—en aquella más que *primitiva* fruición. Entre carcajada y estrujón prodigaba la muchacha al asendereado mozo sartas de epítetos, a su modo amantes, y él seguía apartándose y huyéndola, y ella, empeñada más y más en su tarea, concluía enfadándose y recriminándole por su ingratitud y desafecto. Apretando después el cerco, le obligaba otra vez a gritar; al oírle, de nuevo el gozo la acometía, y de nuevo la risa se desgranaba en sus labios de guinda.

Conoció bien pronto Hortensia a los contendientes. Era él Cecilio, su hermano de leche, hijo único de la nodriza que, a fuerza de mimo, había hecho de él un medio encanijado y medio idiota. Era ella *la Paquita*, muchacha que en la casa desempeñaba las múltiples funciones de la-

vandera, hortelana, guardadora de pavos y cerdos, y hasta, en ocasiones solemnes, pinche de cocina.

Conocidos eran de todo el pueblo los amores entre aquella salvaje y el infeliz Cecilio. Siempre ella persiguiéndole, siempre asustado él, huyéndola y buscándola al mismo tiempo. Algo de aquello había llegado a oídos de Hortensia; pero jamás había presenciado el desatentado flirteo, ni podía imaginar que en tales desahogos fuera capaz de resolverse una pasión femenina. Paralizada por el asombro, permanecía quieta en su reja, sin saber si asustarse o reír, y, entretanto, la amorosa, bien gritada y mejor reída lucha, continuaba en el huerto, bajo el palio del cielo azul, donde el sol fulguraba en el máximum de su fuerza. Y no llevaba trazas de haber terminado tan pronto, si la buena de la nodriza, asomando al huerto seguida de un muchacho formalote, no hubiera, entre imprecaciones a la moza y empellones al chico, disuelto el amoroso grupo.

Retiróse el galán cariacontecido, arreglando a duras penas, entre gruñidos y restregones, los desperfectos del traje, lanzando, sin embargo, furtivas y codiciosas miradas a la mozona.

—¿No te da vergüenza?— empezó el ama en tono sentencioso, dirigiéndose a *la Paquita*; pero al husmear ésta asomos de sermón en el ceño fruncido de su señora, saltó de un brinco la cerca, no muy alta, que separaba el huerto del camino real, y se dió a correr a campo traviesa. El joven formalote que acompañaba a la nodriza, permaneció un instante en el huerto, mirando huir a la muchacha. Después, alzó la cabeza, y deteniendo sus miradas en la reja suspendida en el muro como jaula, acertó a ver a la gentil madrileña, y se paró en seco, asombrado por la inesperada, tanto como graciosa, aparición. Sonrió Hortensia por instinto al sentir unos ojos masculinos clavados en su rostro, y en la sonrisa cruzóse su mirada con la del muchacho formalote, que—todo ha de saberse—no era otro que Carlos, el galán campesino que ocho días más tarde, un amanecer, y en la cerca del huerto, decía amores a la niña aristocrática. Miróla él y sonrió ella, y mirada y sonrisa, en ambos inconscientes y por los dos tenidas en poco, llevaban en germen los alegres amores de Hortensia y Carlos, como llevan las ráfagas de viento, que pasan y se alejan, los gérmenes de tantos alegres e inesperados florecimientos.

VI

Buena prueba de ello es que dos días después, al caer la tarde, formaban grupo a la puerta de la casa del ama la niña madrileña y el galán campesino, y, como nota eglógica entre ambos, la *Cenceña*, cabra entre parda y gris, de mirar melancólico.

Estaba el grupo del siguiente modo compuesto: Hortensia en pie, un tanto recogida la revoltosa falda, sujetando de un cuerno a la *Cenceña*, que, a pesar de la melancolía de sus ojos, parecía tener gana de juego, y pugnaba por escaparse. Él, hincada una rodilla en tierra, sosteniendo con una mano un jarro de loza pintarrajeado, y estrujando con la otra la ubre repleta del animal. Risueña la niña, como si su alma fuese chiquillo en vacaciones; muy serio el mance-

bo, cual si fuese su espíritu peregrino en adoración de las santas reliquias; impacientándose ella por ver terminada la tarea; prolongándola él, al parecer de intento, en realidad sin saberlo, trocada en aquel instante la sensación en voluntad; gozándose, sin conciencia de ello, en ver trepidar a impulso de la impaciencia los piececillos de la madrileña.

De pronto, la voz de Hortensia, quebrándose en modulaciones argentinas, culebreó, como cohete en noche serena, en el aire impregnado de misticismo que envuelve a la tierra en la hora de atardecer, cuando todas las notas suenan doble y suenan simpáticas.

—Pero, Carlos, alma de Dios, ¿en qué está usted pensando, si hace ya media hora que se llenó la jarra?

—Es que...

Sin disculpa posible, el muchacho se puso en pie. En efecto, la espuma rebosaba por la boca del jarro. Hortensia, con un ¡ah! satisfecho, soltó la cabra, que, después de tres brincos y cuatro piruetas, se puso a lamer concienzudamente el salitre de la pared.

La nodriza apareció en la puerta, trayendo un

vaso sobre un plato; pero Hortensia, tras de innumerables remilgos, coqueteados a pretexto de no mancharse el vestido, se había apoderado del rebosante cacharro y hundía el rostro entre las volutas tibias de la espuma...

Cuando alzó la cara, labios, nariz, cejas, pestañas y hasta algunos rizos que le caían sobre la frente, salpicados de blanco por la espuma, añadían a su expresión, naturalmente maliciosa, tal intensidad cómica, tal descaro funambulesco, que la nodriza y Carlos no pudieron menos de soltar la carcajada.

—¡Gracias a Dios!—exclamó Hortensia, dejando de reír y sacudiendo el rostro embadurnado, como perrillo que sale del agua—. Creí que no sabía usted reírse... Ama, trae algo para limpiarme esta cara.—Y mientras la nodriza entraba en casa para cumplir la orden, prosiguió gravemente, encarándose con el mancebo:

—Dígame usted, Carlos, ¿por qué está usted siempre tan serio?

VII

¡Siempre!... No habían pasado dos días desde que por primera vez se vieron, y, sin embargo, con la mayor naturalidad dijo Hortensia *siempre*, y a Carlos no le sonó a cosa extraña la palabra. Acaso creía el infeliz que desde siempre la había conocido.

—¡Yo serio!...—contestó protestando.

Estaba en uno de esos momentos en que todo el pasado desaparece de la memoria. Por ella había reído una vez, acaso la primera después de largo tiempo, y tenía la sensación de haber pasado riendo la vida entera.

Después, mientras Hortensia, de espaldas a él, se lavaba la cabeza a grandes chapuzones en la jofaina que trajo la nodriza, libre él por un instante de la influencia de su mirar travieso, recor-

dó que, en efecto, era serio, que la vida es siempre seria para los que tienen la desgracia de pensar, que lo había sido más que para nadie para él, nacido con la nostalgia de las cumbres, y que necesitaba, si había de alcanzarlas, ir formando sus alas pluma a pluma con las que recogiese en el arroyo.

—¿Lo ve usted?—dijo Hortensia, encarándose con él rápidamente—. ¿Por qué no me cuenta usted esas historias fúnebres que le están saliendo a la cara?

Hablaba con ligereza, preguntando, en realidad sin interés, con curiosidad de chiquilla que habla de lo que tiene delante por hablar de algo. Estaba alegre, y la seriedad de su compañero accidental quedaba para ella reducida a la categoría meramente teórica de un motivo de conversación.

Aquella ligereza, que se dejó traslucir sobradamente en el acento de la niña, hizo reaccionar a Carlos, volviéndole rápidamente a la realidad. Es decir, que estaba sirviendo de distracción, de juguete a una chiquilla frívola, que, por no tener nada que hacer, jugaba a interesarse por su vida.

... ¡Y él, dejándose coger en la trampa, como un paleta inocentón, y dispuesto a tomar en serio todo aquello! ¡No y no!

Hortensia le miraba sorprendida, porque, bajo la influencia de tales pensamientos, su rostro bonachón adquiriría reflejos de enfado, casi cómico por lo acentuado del contraste.

Cualquiera más mujer que Hortensia habría logrado hacerse dueña de la situación con una oportuna carcajada. Ella, mundana novel, no se atrevió a tanto, y, no sabiendo cómo salir del atolladero, ni cómo sustraerse a la mirada inquisidora del mozo, que, a pesar de sus rencores, seguía comiéndosela con los ojos, le volvió bruscamente la espalda, y se dirigió a la puerta de la casa.

—¿Se va usted?—preguntó Carlos en el tono de quien pide cuenta de una ofensa.

Y ella, cada vez más desconcertada:

—Sí; me marcho...; hace ya frío. Quiero decir, están tocando al Rosario, y voy... Adiós.

—Adiós.

Desapareció en el portalón. Carlos la siguió sin cesar en sus ojeadas furibundas. No sé qué improperios dijo a media voz, y, amenazando

con el puño cerrado a algún imaginario e invisible enemigo, echó a andar calle arriba a grandes pasos. El pobre muchacho era en aquella ocasión perfectamente ridículo, sin darse cuenta de ello. Afortunadamente para él, Hortensia, aunque le hubiese visto, tampoco se encontraba en estado de comprenderlo.

A poco rato salió de casa, coquetamente rebujada en la mantilla. Esperaba encontrar allí al acompañante, y la sorprendió mucho que se hubiese marchado:

—¿Qué mosca le habrá picado a ese chico?— pensó recordando su sorprendente actitud de última hora. Y, tras de aquella reflexión, creyó de buena fe que no volvería a pensar más en el asunto ni en el muchacho.

Dirigióse a la iglesia. La tarde moribunda parecía envolverlo todo en suave caricia de luz. En el cielo azul pálido la luna casi transparente bogaba, como barco de nácar, seguida del constante lucero, que apenas se atrevía a brillar. Los árboles plantados en el atrio parecían más verdes que nunca, negros casi. Todos los ruidos llegaban al oído con sordina, como si se produjesen en una atmósfera de éter. Venían deseos de ha-

blar bajito, de contarse al oído secretos muy hondos, pero muy serenos. La voz agria de la campana rompió el encanto silencioso. El recogimiento de la Naturaleza se trocó en exaltación. La oración se hizo himno.

VIII

Hortensia entró en la iglesia. Estaba oscura y fría. La lámpara y dos cirios parpadeaban en el fondo, como ojos de gato en una caverna.

Media docena de viejas seguían con voz melancólica las Avemarías que gazmoñeaba el sacristán. Unos cuantos chiquillos se entretenían haciendo ruido en un rincón.

Arrodillóse Hortensia y siguió maquinalmente el rezo. Aún tenía dentro la luz y el calor de la calle, y ante los ojos le bailaban chispas; pero, poco a poco, se fueron apagando una tras otra; el frío de la iglesia se le entró en los huesos, y sin saber por qué, acaso por reacción de su loco reír de poco antes, se echó a llorar.

No tenía pena; lloraba al principio despacio y en silencio; caíale el llanto en lagrimones grue-

sos y lentos, ¡que le daban tanto gusto al deslizarse por sus mejillas calientes! Cuando llegaban a los labios, notábalos entre salados y dulces; después, al secarse, le dejaban en la piel cierta tirantez molesta, un ligero cosquilleo, que la obligaba a llorar más y más. Borracha de lágrimas, comíase a besos la cruz del rosario, y atropellaba oraciones con calor, ella pensaba de devoción, nunca sentido, y a poco rato, los lagrimones eran lluvia deshecha, y la oración sollozos. ¡Con qué plácida y misericordiosa ironía debe sonreír Nuestro Padre que está en los cielos ante los raptos de fervor de tantas niñas que lloran en la iglesia!

Cuando Hortensia, ya calmada, salió del templo, era de noche. Alegróse de ello, porque llevaba los ojos encendidos, y aún suspiraba su corazón conmovido por la reciente borrasca. Pasó de prisa por el comedor, en el cual esperaba la mesa puesta, y entró en su cuarto, donde se lavó la cara con encarnizamiento. Después, equilibrado y fresco su espíritu, como campo agostado sobre el cual ha caído un chaparrón, cenó con excelente apetito, escuchando la charla de la nodriza, que le contaba las glorias de Carlos, un

muchacho tan bueno, tan listo, el único del pueblo que había estudiado.

—¡Ah!

—Ya lo creo; y que hubiera sido un abogado de primera. ¡Traía siempre unas notas! Pero a lo mejor de los estudios se le murió el padre, y aquí está el pobrecillo, enterrado en su caserón, a media legua del pueblo, cuidando de la labor y de la madre vieja, y de tres hermanas, que no se le casan ni a tiros, aunque ya van para los treinta; porque él es el más pequeño de la casa.

Hortensia comía y callaba. En resumidas cuentas, ¿qué le importaba aquello?

—Y que es casi hermano de leche de usted, señorita. Cuando me nació el primer hijo, el que se me murió en mantillas, nació también Carlos, y como su madre estuvo muy mal, le di yo de mamar tres semanas. Ya ve usted, aún no se le ha olvidado, y siempre que baja al pueblo viene a hacerme un ratito de compañía.

Hortensia se dispone a acostarse. En pie ante la cómoda, apoyando los codos sobre el tablero y las mejillas en las manos, contempla con insistencia la caja de chinos, y piensa que acaso no

haría mal dentro del palanquín la gallarda figura de Carlos.

¿Qué tiene, pues, de sorprendente que con tan fresca y espontánea introducción, al amparo y complicidad de la madre Naturaleza, eterna e incansable casamentera, brotase, quién sabe si en el corazón, en el cerebro o en los sentidos de Hortensia aquella ráfaga de amor casi pagano? ¡Y que envuelta en el hálito caldeado del terruño olvidase en un instante el calor de estufa, ambiente de su niñez pasada, de su recién nacida juventud! ¿Quién se atreverá a calificar de inverosímil el hecho de que la niña aristocrática fuese al cabo de ocho días novia *por todo lo alto* de un soñador de aldea, nacido con nostalgia de alturas? ¿Quién pensará que necesitaron el más leve esfuerzo, ella para inclinarse, para elevarse el mozo, si acaso es lícito hablar de elevaciones ni descendimientos en materias de amor!

IX

Era para Hortensia cada día nuevo y más hermoso el espectáculo del amanecer; aquel sol hinchado y bermejo que surgía entre nubes teñidas de carmín, aquel iluminarse del cielo pálido, aquel dorarse de las ramas del huerto y de los aleros del tejado y aquel gorjeo de tantos invisibles pájaros, y, sobre todo, el aire fresco de la mañana, suscitaban en ella raptos de gozo casi frenético, arrobamientos y explosiones de vida que en el alambique de su sensibilidad femenina transformaba en sutilezas de ternura y desbordamientos de amor.

—Cuando más te quiero es por la mañana.

El discreto galán propuso entonces paseos matinales a campo traviesa. Así como así, en esta abrasada tierra castellana lo mejor del día es el

amanecer. Desvelábase la enamorada por no perder minuto de la excursión, y bien antes de que el sol asomara ya caminaban ellos a su encuentro, escoltados por Paquita y Cecilio.

Aquella mañana fué el paseo largo; se trataba de ir a buscar jazmines a una mata, acaso única en todo el partido judicial, que crecía entre piedras junto a una fuente medio seca en verano.

—Ya verás qué hermoso. ¡Se ve desde allí más cielo y más tierra!

—¿Está muy lejos?

Ante la afirmación de que, en efecto, había un buen rato de camino, ella sonrió satisfecha.

Y emprendieron la marcha: las calles del pueblo empezaban a despertar; por los portones de algunas casas de labor salían las yuntas; en la plaza dormían aún los vendedores, tendidos en el suelo, bajo una manta, junto a las pirámides de melones, o las cestas de uvas, bien cubiertas de pámpanas; a raíz del caserío comenzaban las tierras de labor, ya casi todas en rastrojo; andando andando, llegaron a las eras.

—¿Cuáles son las tuyas?—preguntaba Hortensia—. ¿Y de qué son aquellos montones: de trigo o de cebada? ¡Mira, mira aquel carro desco-

yuntado y aquella carreta con los palos al aire como un acerico! Oye: ¿a qué hora empiezan a trillar? ¿Sabes lo que me gustaría? Subirme en aquel montonazo de paja y dejarme caer en lo alto, y luego irme hundiendo, hundiendo, hundiendo, hasta no ver más que un pedacito de cielo como la palma de la mano. ¿Qué haces tú cuando estás aquí solo? Oye: ¿y dónde te acuerdas más de mí, aquí, en el campo, o en tu casa?

Hortensia, habitualmente silenciosa, charloteara aquella mañana a más y mejor; era como una alondra en los surcos, embriagada de aire libre y de gozo; Carlos, escuchando la música de su voz, pensaba filosóficamente, acaso trastrocando los términos: «¡Cómo invita el amor al saboreo de la Naturaleza, y cómo el calor del alma hace abrir los ojos del cuerpo a la hermosura de la tierra!» Y era feliz imaginando que aquel glorioso panteísmo de Hortensia era la obra de sus amores.

Llegaron a la mata de jazmines al mismo tiempo que la luz del sol. Las hojas frágiles estaban salpicadas de luz, como si fueran alas de mariposa. Al pie de la mata, entre los pedruscos, manaba el hilo de la fuente y formaban las aguas

un remanso en un hoyo tapizado de arena; caía el hilo en el remanso, quebrando su cristal con ruido discreto, que era el hoyo pequeño y el caudal escaso; algunos juncos estaban prendidos en las juntas de las piedras y cabeceaban para mirarse en el espejo de la fuente; del remanso salía un arroyo que se hundía en la arena dos pasos más allá.

—¿Quiere usted que almorcemos, señorita?

Paquita, sentándose en el suelo, desplegó el aparato sugestivo de rústicas viandas: pan blanco, carne fría, queso cuajado en casa con leche de las cabras, fruta del huerto. El aire mañanero había despertado en los paseantes famoso apetito; el agua de la fuente estaba clara y fresca, y ellos tenían el corazón alegre; así, el almuerzo fué como una fiesta de risas y de dulces palabras, de esas que nacen en la abundancia del corazón, palabras, más que con sentido, con aroma, de las que el alma dice como niña, sin que las oiga la razón.

Luego, habiéndose alejado Paquita y Cecilio, llegó el silencio pasito a paso y se sentó en la arena entre Hortensia y Carlos. El sol, ya bien alto, comenzaba a hacer grata la sombra del jaz-

mín y el frescor de la fuente. Hortensia suspiró; el corazón, después de las tormentas, sean de gozo, sean de pena, suspira siempre; estaba reclinada junto al arroyo, sobre los juncos; para descansar, apoyó la cabeza en una piedra y se quedó cara al cielo, como una pradera en que sus ojos fuesen las violetas y las rosas sus labios; el cielo estaba azul purísimo, bruñido y alegre; ella le veía por entre el enrejado del jazmín, y entornando los ojos, las ramas le parecían negras y el cielo de acero; el ir y venir de las hojas íbala dulcemente mareando, y pronto se olvidó de que vivía; entonces, como canción venida de lejos, oyó la voz de Carlos, trezada con la voz de la fuente, y eran sus palabras claras y frescas como el sonar del agua; luego sintió las manos prisioneras y notó cómo las de Carlos estaban secas y ardorosas, un poco ásperas por los azares del trabajar, y un alborozo loco le sacudió los nervios y le golpeó en el corazón, y le trajo sangre a las mejillas y luego a los labios, y a los ojos lágrimas. ¿Por qué, Señor, por qué? Confusamente comenzó a desear algo muy grande, nunca conocido, jamás soñado, y el deseo se fué trocando en desasosiego, en angustia, en dolor; en-

tonces lloró con sollozos como una criatura desvalida; Carlos, con reverencia primero, y luego con pasión, fué recogiendo a besos el rocío de lágrimas, y ella, por la placidez de apaciguamiento que la inundó súbito, comprendió que eran los besos de él aquello que su cuerpo y su alma estaban esperando.

X

Regresaban, acompañados por Paquita y Cecilio, de su excursión matinal. Traía ella en el rostro palidez de fatiga y en los movimientos laxitud dichosa. La sombrilla abierta, sostenida con negligencia en un hombro, le paseaba por las mejillas la sombra movable de sus dibujos. En la mano izquierda, caída como si no pudiese con el peso, un manojo de jazmines.

Carlos, al lado de Hortensia, callaba; callaba también ella: el silencio que sigue a las grandes charlas de enamorados, acaso más grato que la charla misma; porque, aún impresionado el oído por la anterior marea de palabras, vuelve a escucharlas sin oírlas, atenuadas con la sordina poética del alejamiento, de la distancia; en una palabra, vestidas de recuerdo, que es el mejor dis-

fraz que para hablar al corazón pueden vestirse las dichas y las penas.

Esperaba la nodriza en el umbral, un tanto inquieta, porque la excursión se había prolongado más de lo convenido. Llegaron. Carlos intentó despedirse en la puerta. La labor, en pleno período de recolección, reclamaba más que nunca su presencia, ahora que la tenía un tanto abandonada. Hortensia sonrió, aceptando complacida el reproche que venía implícito en las palabras de Carlos. ¿Qué orgullo femenino deja de sentirse halagado si acierta a desviar un tantico al amante de la línea del deber? De líneas inflexibles que se tuercen, forman su corona más preciada estas fierecillas del amor. Pero después de sonreír, insistía con Carlos para que esperase un momento... sólo un momento. Él, dejándose hacer dulce violencia, alegaba el deber imperioso, y ella coqueteaba con un: «¡Mucho me quieres... y no me das un gusto chiquitito!»...

—Si es tan pequeño como dices...—balbuceaba Carlos, dispuesto ya a enviar enhoramala todos los deberes habidos y por haber.

—Eso es; regatea minutos, y luego ven hablando de amor generoso.

Después, mirándole vencido, con aires de magnanimidad:

—Vete; ¡si quiero que te vayas!

Y poniendo en las palabras deliciosa amalgama de pasión y niñería:

—¡Soy mala porque te quiero tanto! Ya ves, me parece que en estando conmigo tienes cumplidos todos los deberes.

Sonreía el galán como un bendito, encaramado al quinto cielo de la dicha. La despedida se prolongaba, arrastrándose en perezosos arrullos, y aún duraría a no haber surgido, como evocado por la primera campanada de las doce, un turbión de chiquillos, que al salir de la escuela tomaron a los novios por blanco de cuchufletas y risotadas.

Entróse Hortensia en casa, y de buen grado, a no parecerle cosa de mal tono, habría renegado del tiempo, que tanta prisa se daba en pasar; del campanero que continuaba anunciando el mediodía con repicar vertiginoso, y hasta del amor campesino, que había dado vida a toda aquella tribu de inoportunos rapaces.

Carlos se alejó suspirando, a paso de tortuga, volviendo la cabeza diez veces por segundo.

En la escalera el ama:

—Ha venido carta para usted, señorita.

Hortensia soltó los jazmines, y apoderándose de la carta rompió el sobre y empezó a leer ávidamente. En aquella hora tenía ansia de todo, por parecerle que todo había de traer a su alma regocijos y fiestas.

La carta decía como sigue:

XI

«*My darling*: Estamos en plena desolación por tu ausencia, yo más que nadie. Precisamente este verano nos divertimos como nunca, y en todas partes se echa de menos *ton joli minois*. ¡Figúrate que yo muchas veces dejo de burlarme de tantos y de tantas, pensando en el placer que me pierdo de burlarme a medias contigo!

Hay muchísima gente de todas clases; pero el vulgo, ¡a Dios gracias!, invade la segunda playa; así es que estamos en la primera como en casa propia, sin promiscuidades *deshonorantes*; sólo la aristocracia y unas cuantas *estrellas*; el supremo buen tono, el Walhalla-Rius de la elegancia madrileña, como dice Montilla, ese que siempre lleva *monocle* y flores modernistas en el ojal, y que, según afirman malas lenguas, piensa disecar-

nos a todos y a todas para hacer este invierno un drama costero a la alta escuela.

¡Walhalla-Rius! Entre paréntesis, ¿qué te parece el mote? Debo confesarte que, en cuanto a mí, no le entiendo demasiado, y, por lo mismo, me escama un poco, sobre todo en su primera parte. Al fin Rius es cosa madrileña, y, bueno o malo, puede una figurarse *à peu près* el sentido de la palabreja; pero ¡vaya usted a saber lo que ha querido decir con Walhalla! Juanito Prada, tu gran admirador, asegura que debe ser cosa de mitología, y yo, recordando que debí aprenderla en el colegio, no me atrevo a preguntar más, ante el temor de descubrir mi ignorancia, y, sobre todo, de que, a mamá, tomando de ella pretexto, se le ocurra volverme a enviar con las *Bonnes Sœurs*, a fin de completar mi educación.

Divagaciones aparte, esto está perfecto, y yo loca de gusto, bañándome por primera vez en mi vida a las once, la hora, tanto tiempo envidiada, de las personas mayores. ¡No sabes lo espantoso que es haber estado en *baby* hasta los diez y nueve años! Tú eres feliz; a los diez y siete ya llevas uno vestida de largo. ¡Bien se conoce que

no tienes mamá a quien hacer vieja! ¡Ventajas de las *belles-mères* jóvenes y bonitas!

Tus admiradores, tan desolados como yo. Precisamente han venido *au grand complet*. Y esta infeliz amiga tuya—¡cuándo me lo agradecerás todo lo que se merece!—te los cultiva con abnegación digna, si no de mejor causa, al menos de mayor agradecimiento. ¡Pensar que en veinte días que llevo aspirando la flor y conservando para ti el fruto no he recibido ninguna carta tuya!

¿Qué es de ti en esa Arcadia? La verdad es que también las *belles-mères* jóvenes tienen sus inconvenientes.

Me figuro tu *spleen*, tu aburrimiento, tu desesperación. ¡Una Hortensia entre coles y lombardas!

¿Madrugas, lees, paseas mucho? Perdona: iba a decirte ¿flirteas?... ¡Poder de la costumbre! Deben ser deliciosos los galanes de por ahí. En un principio, tu silencio llegó a preocuparnos seriamente, y Teresita Niembro se permitió insinuar la posibilidad de algún campestre idilio. ¡No te enfades, Hortensia: nadie lo ha creído! Al oírlo, toda la pléyade de tus admiradores rompió a reír en coro, y yo desbaraté la calumnia con tal

elocuencia. Puedes estar segura de mi amistad como yo lo estoy de tu buen gusto.

He leído en *La Época* la noticia del próximo bautizo de vuestro nuevo *baby*. Esto, que asegura para muy pronto el fin de tu destierro, me hace esperar que vendrás a reunirme conmigo antes de fin de estación. Dicen que tu padre tiene tomada casa.

Apresura si puedes el viaje. Aún falta una serie de bailes en el Casino; también esperamos regatas, *garden-parties* en casa de Angelita, que ha estrenado hotel..., y ¡hasta lo inverosímil, exposición de *trousseau* ¡en verano! Sí, querida. Mary Angleda, que tiene el mal gusto de casarse en agosto, porque el futuro se va de embajador a China... y la infeliz le sigue. Reina con este motivo consternación general. ¡Es decir, que pronto será moda seguir al esposo hasta el país de los nidos de golondrinas! La boda se hace en su palacio de Bilbao, y pensamos ir a admirar los trapos en *yacht* y *en troupe*. Te advierto que a la vista de las *toilettes* de la futura embajadora, no podré, y no podrás tú, seguramente, contener un poquito de envidia: se dice que hay cosas deslumbrantes, y para las solteras la moda sigue es-

túpida; no se lleva otra cosa que blanco, y blanco y blanco. Comprendo el matrimonio, hasta con nidos de golondrina. Adiós, nena. Estoy asombrada de mi elocuencia epistolar. ¡Yo más de dos carillas! Luego dirás que no te quiero.

Muchos, muchos besos.

AURELIA.

P. D. Repito que no te enfades por lo del *idilio*. Fué una broma de mal gusto. Cosas de Teresita, que cultiva ese *sport*.>

XII

Todas las amapolas del contorno hubiesen tenido envidia del rostro de Hortensia, a poder contemplarle minutos después de haber leído la malhadada carta de la amiguita.

¡A buena hora llegaba la misiva! Precisamente cuando su idilio... *¡idilio!*—al pronunciar *in mente* la palabra, la sonrisa burlona de todas sus amigas *pschut* se le ponía delante, sacándola de quicio—, cuando aquella locura suya había llegado al *summum*. Sí, aún sentía el cansancio de la caminata matinal, aún le sonaban a presente las palabras de Carlos y las suyas propias, que, arrastradas por el fuego de las del amante, habían por primera vez acertado a decir juramentos de amor. Aún le parecía sentir en la cara las hojas del jazmín, ¡tan frescas!, y en los labios el fuego de los

labios del mozo, en los besos aquellos apasionados por parte del galán... y sin resistencia por parte de ella, que era lo más triste. «Como yo estoy segura de tu buen gusto...» ¡Qué frases tan graciosas tenía siempre la sin par Aurelia!... Buen gusto... Ya hubiera querido verla allí, sola, distinta de todos, como bicho raro, con un Carlos al lado, dale que le das con que las aristócratas no tienen corazón, con que las niñas elegantes no saben querer. ¿No había que intentar convencerle de lo contrario, siquiera por el honor del nombre? Y después, aquel sol digno de África. ¡De seguro que el sol tenía, por lo menos, la mitad de la culpa! Con aquel calorazo daban ganas de querer hasta...

Y Carlos no era feo ni antipático. En la mente de Hortensia surgieron, al llegar a este punto, frente a frente, la figura del mozo y la de aquel distinguidísimo Juanito, su admirador entusiasta, al decir de Aurelia. El contraste era violento. No sabemos a cuál hubieran dado la preferencia un artista o una mujer sólo mujer; pero el caso es que Hortensia se avergonzó de su pobre amante campesino, y entonces los besos de marras le parecieron poco menos que un crimen.

Miró en derredor suyo. ¡Qué feo era todo! Las paredes blanqueadas con cal, y aquellas horribles estampas de Santa Genoveva por todo adorno. En las ventanas, las cortinas de lienzo con rayas coloradas ¡y piezas! Las sillas de Vitoria y el sofá, ¡santo cielo!, con asiento de enea y liras de madera en el respaldo. Para colmo de vulgaridad, la cómoda de nogal con tiradores niquelados; sobre el tablero, la toalla bordada de bodas y bautizos, puesta en honor de Hortensia y oliendo a membrillo; el ama empleaba membrillo a guisa de *sachet* perfumador. Los jarrones de china con flores de papel y hojas de talco; el San Juanito con el borrego clásico, cobijados ambos bajo el no menos clásico fanal, y delante de todo, en evidencia, visible a cien leguas, la reluciente laca de la caja de chinos, sus nubes fantásticas, sus árboles desmelenados, sus aguas dormidas, la monótona procesión de chinos, llevando en hombros el palanquín cerrado. Parecía que todas aquellas caras bobaliconas se burlaban de Hortensia con la ironía desesperante de su inmovilidad. Sintió deseos de golpearlos, de tirar la caja por la ventana. Al acercarse para poner en práctica el proyecto, vió en el espejo su rostro des-

compuesto, y se avergonzó de aquella puerilidad. «¡Un idilio campestre!» ¿Por qué resultarán simpáticos los idilios en las novelas? ¿Y quién le mandó a ella jugar al idilio, como niña cursi?

El huerto, los jazmines, ¡qué vergüenza! ¿Qué dirían Aurelia y Teresita, y hasta Mary Angleda?

Y sucedió como en aquella tarde memorable, primera en que Hortensia aprendió a soñar, que el viento levantó la cortina, y entró por la ventana un torrente de sol. Y por coincidencia, que pudiéramos tachar de novelesca, a no estar plenamente convencidos de que es la coincidencia fenómeno frecuente y hasta normal, lo mismo en la vida que en la novela, entraron con la ráfaga de aire, con el sol, con los rumores de la huerta y con el aroma de sus flores, los gritos y las risotadas de Cecilio y la Paquita, que, por centésima vez, celebraban a cachete limpio la desatentada fiesta de su amor.

Intentó Hortensia al oírlos hacer un mohín de desprecio, acaso de asco; pero no pudo. Al cabo, el sentimiento que a traición se había enseñoreado de ella era sincero, como nacido al calor de la Naturaleza. Una oleada de amor, acaso la últi-

ma, le subió del corazón a la cara, bañándole en palidez las mejillas y en lágrimas los ojos. La imagen de Carlos se alzó en su pensamiento con la gallardía del varón sano de cuerpo y espíritu, rechazando visiones y derribando convencionalismos. Y apoyada de bruces en la pared, cimbreándosele el cuerpo a impulsos de sincera emoción, que rompía en sollozos, dijo casi gritando: «¡Si le quiero, le quiero, y no lo puedo remediar!»

XIII

Entretanto Carlos, trajinando en la era, recibiendo de plano el sol de agosto, sudando a mares, dirigía la rústica faena, y seguía viviendo en pleno idilio, envuelto en el manto real de su dicha.

Dábale seguridad y confianza en sí mismo la nueva ventura, y en plena borrachera de felicidad, por esa caridad simpática del cuerpo, que sin quererlo el hombre toma parte en todas las vicisitudes del alma, se erguía, adoptando inconscientemente actitudes estatuarias de atleta vencedor.

Más de una vez, desbordándole del corazón el gozo, escapó de sus labios en los cuatro versos de una copla, y los criados no volvían de su

asombro oyendo cantar al amo, siempre taciturno.

Cuando cayó la tarde, cuando todo el oro de la mies cortada se trocó en plata, porque se había ocultado el sol, la primera brisa vespertina que le dió en el rostro le impresionó como una caricia y casi lloró de agradecimiento. Cuando después, como bandada de gorriones, escapó de la torre el campaneo vocinglero que llama al *Angelus*, todas las gratitudes, todos los entusiasmos se pusieron a arder en su cerebro, y, como columna de humo que sube del ara, subió una oración por la tranquila atmósfera camino del cielo.

Por la noche, al dirigirse, como de costumbre, a casa de Hortensia, andaba muy despacio.

Tan completamente le poseía aquella su bienaventuranza; tal era la paz de su espíritu, que no sentía necesidad de aumentarla con la presencia del ser amado, y así, sin darse cuenta de ello, iba retardando el momento de llegar a su lado, acaso por temor instintivo de alterar con la intensidad de la impresión dichosa el perfecto equilibrio de su alma, tan en armonía con el equilibrio de la Naturaleza, sumida en la paz de una noche estival.

XIV

Hortensia le esperaba, como siempre, sentada a la puerta, en compañía de la nodriza. Tenía la niña el ceño fruncido y retraído el ademán, mostrando bien a las claras la magnitud del esfuerzo que había necesitado su corazón para adaptarse a los moldes de lo que ella consideraba razón. Porque es de saber que, tras de encarnizada aunque breve lucha, había decidido dar por terminados sus veraniegos amores aquella noche misma, y por fenómeno frecuente en esta clase de litigios, en los cuales la conveniencia falsifica la firma del deber, llamaba ella, creyéndolo así de buena fe, a su traición sacrificio, y hasta se perdía en melancólica compasión de sí misma, creyéndose con derecho a la ajena lástima porque había resuelto destruir la dicha de otro.

Llegó Carlos. Sentóse, después que el ama—al cabo, como mujer, bien pronto al corriente de aquellos amores—le hubo dejado sitio al lado de Hortensia, y sin parar mientes en la distracción de ella ni en la frialdad relativa del recibimiento—¡bueno estaba él para que pudiese desequilibrar su beatitud cualquier inoportuno recelo!—, comenzó a hacer la historia del proceso de su amor desde por la mañana; costumbre añeja, pero inmortal entre enamorados un tanto intelectuales, que tienen sus mayores delicias en la disección y vivisección del sentimiento.

Escuchó Hortensia con asombro las primeras palabras del galán. Acaso había llegado a imaginar que su estado de ánimo debía, por arte de magia, haberse transmitido al ánimo del mozo, y le desentonó espantosamente que, estando ella resuelta al rompimiento, hablase él de exaltaciones de cariño. Después del asombro vino la turbación, el apuro. ¿Cómo decirle *aquello* estando él tan seguro de la firmeza de su amor? Carlos proseguía imperturbable su monólogo. La proximidad de Hortensia, la serenidad poética de la noche y la sinceridad y hondura del sentimiento iban poniendo en su expresión rasgos de ternura,

que poco a poco se trocó en apasionamiento; el himno al amor brotaba de sus labios grandilocuente. Luego del exceso de fuerza, vino como traído por la mano el amoroso desfallecimiento, y Carlos, vuelto a las dulzuras del sentir *humano*, cerró su perorata, balbuciendo con voz tímida, casi sollozante, henchida de súplica, de agradecimiento, de adoración, los últimos versos de una copla andaluza:

«Si no me quisieras,
¡qué pena tan grandel!»

La niña dió un salto. En el proceso de sus amores, ocupada en deslindar su propio sentir, se había olvidado del sentir de Carlos, mejor dicho, nunca se había preocupado de él. Muñequilla egoísta, al asomarse a los abismos del porvenir, siempre y únicamente había visto reflejarse su imagen sobre las aguas que en la hondura dormían. Había jugado creyendo jugar sola, y he aquí que, de pronto, se hacía una luz en su cerebro, y descubría que aquel nudo que intentaba romper ataba dos almas. ¡Era responsable del corazón de un hombre!

—¡Carlos!—dijo con voz ahogada, buscando por instinto apoyo en la fortaleza del varón,

como leñador que rendido se apoya en el tronco que intenta derribar—. ¡Carlos!—Y no acertó a pronunciar más palabra. Salió aquel nombre de sus labios con acento desusado. Carlos achacó a emoción causada por sus palabras aquel fenómeno, y, tomando su propio corazón parte por la traidora, le engañó, persuadiéndole de que aquel grito, clamor de agonía de su dicha, era alarido de alumbramiento de más intenso amor.

Continuó el monólogo. No había en ello motivo de asombro. En general, ya lo hemos dicho, Carlos hablaba y Hortensia reía. Hoy, como siempre, hablaba él; pero callaba ella, y Carlos bendecía aquel silencio, pensando que se inicia la era triunfal del amor en el instante en que pasa por el silencio del reír al llorar...

... Y sucedió que, loco él y desconcertada ella, llegó aquella noche la hora de la separación, y Hortensia, demorando de frase en frase, de minuto en minuto, la sentencia terrible, no se atrevió a formularla.

Y al volver a su casa, en la majestuosa soledad del campo y de la noche, Carlos cantaba de gozo, mientras Hortensia en su cuarto lloraba medio de rabia, medio de pena.

XV

¿Cuánto tiempo hubiera durado aquella ambigua situación entre los dos amantes, aquel inestable equilibrio de amor? Acaso no mucho, porque en cuestiones de sentimiento son harto difíciles los juegos malabares. Ya al día siguiente Carlos experimentó algo muy semejante a sobresalto cuando, al llegar junto a la niña, se miró en sus ojos, que no reflejaban ni pena ni gloria. Además, observó en ella cierta impaciencia nerviosa, unida a decidido afán por llevar la conversación al terreno de las cosas indiferentes, ajenas a la intimidad.

Intentando estaba despejar la incógnita a fuerza de ternura, cuando llegó el cartero. Hortensia, conociendo la letra de su padre, rompió el sobre y leyó en alta voz. El conde anunciaba el

restablecimiento completo de su mujer y el bautizo del nene, señalado para dentro de dos días; era necesario, por tanto, que Hortensia volviese a casa inmediatamente, y como él no podía ir a buscarla, rogaba a la nodriza que la acompañase en el viaje.

Produjo el lacónico mensaje impresión de carta de tragedia. Carlos se quedó anonadado. Aun sabiendo de sobra que la estancia de Hortensia en el pueblo había de ser necesariamente fugaz, como había puesto en aquel amor todas sus energías, había llegado a colocarle en la región de eternidad e inmutabilidad característica de los grandes afectos. La noticia de la separación fué para él puñalada de sorpresa; le pareció que el mundo entero se le venía encima, y calló.

Hortensia, por su parte, experimentó también una sensación extraordinaria, ella misma no supo si de gozo o de pena. Sea como quiera, aquello venía a poner término a la odiosa comedia, que, a despecho de todas sus delicadezas, estaba desde la víspera representando. Aquietóse en presencia de la solución su espíritu angustiado, y la distensión nerviosa se resolvió en lluvia de lágrimas. Carlos, creyéndolas de pena, hizo callar su

dolor para acertar a consolarla. La serenidad del novio reanimó a la niña, tranquilizando un tanto su conciencia. ¡Después de todo, no parecía él desesperarse demasiado!

Dispúsose la marcha para el tren de la noche. Carlos indicó su deseo de acompañarlas a la estación, y Hortensia no se atrevió a negar aquella concesión última. La nodriza, cogiendo la ocasión por los cabellos y pretextando que el cielo estaba negro y amenazaba tormenta, invitó al galán a comer con ellas.

Hortensia, momentos antes de marchar, se encerró en su cuarto y escribió una carta.

XVI

La nodriza tenía razón al presagiar tormenta. Descargó sobre el pueblo un violento chaparrón acompañado de truenos y relámpagos; pero al caer la tarde había terminado, y cuando salieron de casa para ir a la estación, corrían ya en el cielo las nubes rotas, despejándose cada vez más, y el suelo sediento se apresuraba a tragar charcos, devolviendo en cambio al ambiente delicioso olor a tierra mojada. En todas las salientes, en todas las aristas, en todos los planos inclinados de casas y árboles relucían millares de gotas alineadas en formación correcta, iluminadas por tal cual fugitivo rayo de sol, que no quería ocultarse del todo sin hacer un pinito de vencedor. Debajo de los árboles, corros de chiquillos se entretenían en balancear los troncos, sacudiendo

tremendos hisopazos sobre los transeuntes, y huyendo, una vez consumada la hazaña, a todo correr y a todo gritar.

En el umbral de la puerta, Hortensia había entregado a Carlos la carta *terrible*, con recomendación expresa de no leerla hasta que hubiese salido el tren. El infeliz, creyendo en un refinamiento de cariño, le dió las gracias con voz conmovida.

Entonces ella sintió remordimiento. ¡Aquello era una crueldad, y ella estaba siendo mala, muy mala! Y el remordimiento se iba acentuando durante el camino a la estación. La tristeza de Carlos, que ni hablar podía; el aire melancólico de la nodriza; la hermosura del campo, envuelto en ambiente fresco y húmedo, como propicio al renacimiento de toda agostada vida; el instintivo cariño que se apodera del que va a alejarse por los objetos que abandona; todo esto, unido al despertar de sensaciones que el bien conocido paisaje le sugería, fué poniendo cerco a su corazón, apretándole con cruel tristeza, haciendo brotar en él impensadas corrientes de ternura.

Iba a llegar el tren. En pie, muy pálida, escuchaba las últimas palabras de Carlos; y, de pron-

to, con resolución firme, dijo casi en un grito, descomponiéndosele el rostro al salir de sus labios estas palabras:

—¡Devuélveme esa carta!

—¿Por qué?

—¡Dámela, Carlos!

—¿Por qué?—repitió él.

No sé por qué adivinación extraña, en un minuto había comprendido. Y con ademán trágico, rasgando el sobre de la carta, se dispuso a leerla.

—¡No, no!

Él no hizo caso.

—¡El tren! Vamos, Hortensia—dijo el ama.

Subió la niña casi en vilo. La estación, como de poca importancia, no detenía al tren más de un minuto. Colgóse a la ventanilla, y alcanzó a ver a Carlos, aún leyendo la carta. Echóse de bruces en un rincón, y rompió a llorar desesperadamente. Los árboles del camino parecían llorar con ella, sacudiendo, estremecidos por la trepidación del tren que pasaba, millares de cristalinas gotas...

XVII

Gran fiesta en el palacio de los Montellano.

No exigía menos la entrada en la Iglesia del nuevo vástago de tan esclarecida estirpe. Hortensia, como madrina, entró en la habitación de la condesa, llevando en brazos al recién bautizado. El traje de gran gala, el ambiente mundano, el marco que a su aristocrática figura prestaban los esplendores de la morada paterna, la transformaban casi por completo. Parecía más delgada, más suave que en el pueblo, al aire libre, bañada en sol. Acaso en su belleza se notaba algo, en medio de su naturalidad, artificioso, como de rara orquídea que sin dejar de ser flor es joya. Triunfaba la niña en la fiesta mundana; triunfó en otras muchas tras de aquélla. Vuelta a su ambiente propio, colocóse de nuevo en actitud de

diosa que ignora pasiones, y bien pronto su corazón, sacudido y puesto en carne viva por un amor humano, se encerró en el estuche de terciopelo que el buen tono le otorga por morada.

Vivió hasta un mes con zozobra, esperando del campesino amante una carta recriminatoria; pero la carta no vino. Era el galán, aunque de aldea, muchacho de buen tono. Y Hortensia, pasado ese tiempo, sonrió tranquila. Nadie en su mundo había sospechado el idilio...

...Y así es como, tras unas cuantas horas de sol, entró un alma en perpetuo crepúsculo, y como una vida, que pudo haber sido dulce sonrisa, acaso hasta sonora carcajada, no pasó de ser elegante bostezo.

¿Y el galán? ¿Llora o ríe en las soledades de su aldea, las noches bañadas por rayos de luna en el huerto, los mediodías abrasados por olas de sol en la era? ¡Quién sabe! ¿Acaso puede alguien penetrar el secreto de las almas soñadoras, las que nacen con nostalgia de alturas?

ALDEA

I

SAN Nicolás de Rañueles es un pueblo asturiano plantado sobre un monte, entre árgomas y pinos, a la orilla del mar. Está el caserío roto en dos mitades: una en la cumbre, que es una meseta; otra en un rellano de la vertiente; y llámanle los aldeanos a la mitad de arriba Rañueles del Monte, y a la de abajo Rañueles del Mar. De la cumbre al rellano y del rellano a la playa baja serpenteando un camino que está bordeado arriba por cercas de huertos, abajo por campos de maíz; sobre las cercas hay zarzas greñudas, entre cuyas espinas, cuando es agosto, negrean las moras; por cima de las zarzas asoman las higueras, junto a ellas los pomares, y en lo más alto ostentan los castaños su bien vestida ramazón. La playa extensa y semicircular está erizada de pedrus-

cos que se entran mar adentro, y limitada la parte de tierra con recio murallón de acantilado; los trajines del mar socavando la roca han abierto oquedades, donde las aguas braman al subir la marea, y cuando baja, van quedando prendidas al cantil marañas de algas policromas, y quedan también entre las quebraduras aguas prisioneras que se están muy quietas y muy claras sobre lechos de arena; a veces, con el agua quédase aprisionado algún pececillo. Entre el pedrusco corren diminutos cangrejos de mar, y a él se prenden también, constelando de blanco su negrura, las conchas radiadas de las llampas.

II

Descalzos de pie y pierna, hombres y mujeres están en la playa dados a la tarea de recoger el *ocle*. Con largos armatostes de madera van prendiendo las algas y trayéndolas a tierra firme; luego las amontonan a un lado y otro del camino, para que allí se pudran y fermenten. El *ocle* fermentado es buen abono, y los aldeano de Rañueles, que se buscan la vida labrando la tierra, en su codicia por lograr el botín fertilizador, éntanse en el agua hasta la cintura. Hay chiquillos que van y vienen dando guerra; una rapacina ha cogido un alga descomunal, con hojas palmeadas que tienen todos los matices del iris, y prendida a la falda la arrastra por la arena a guisa de cola con vanidoso contoneo; sus compañeras aplauden la invención, y a poco, toda la

chiquillería femenina reunida en la playa gasta traje de corte merced a las liberalidades del mar. Las unas algas tienen color de carne, y sus formas recuerdan las de los viejos lotos litúrgicos; otras parecen abanicos de encaje tramados con hilos de color; las hay que forman sartas y racimos de ópalo; las hay ligeras como plumas y amarillentas como marfil antiguo; unas que parecen talladas en pórfido, de formas simétricas y duras, rojas, tachonadas de verde, color de herrumbre, color de esmeralda, color de agua de mar, satinadas, aterciopeladas, bruñidas, inquietas bajo el agua y tentaculares, con extraños estremecimientos y rebrilleos; luciendo cada una su peculiar encanto, y, todas juntas, un encanto fantástico y pomposo de red con mallas vivas; y luego, amontonadas sobre la arena, comidas por las moscas, confundidas y lacias, con las formas deshechas y el color apagado.

—¡Cómo fiede el *ocle*, rapazas!

III

Malia llegó a buen andar, bajando el camino; entró en la playa, descargó con gallardo ademán el cubo de porcelana blanca que airosamente traía a la cabeza, púsole en tierra y se quedó en pie, mirando el agua, que estaba serena y bañada en luz.

—¡Qué guapa está hoy la mar!, ¿verdad, Malia?—dijo, acercándose una de las chiquillas.

—Sí que está guapa.

—Y calentina; no se siente en los pies. ¿Vienes a bañarte?

—Vengo a buscar salmoria. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Vine con éstas a bañarnos y a buscar margaritas.

—¿Encontraste muchas?

—Ni cuatro pares; estuvieron antes las de Luanco y lleváronse todas las que había. Míralas. —La rapacina mostró abriendo la mano seis conchas sonrosadas y pulidas. — Dicen que allí las venden para adornar cajas.

—¡Mira el vaporín de la minal!

En Rañueles hay una mina que es de hierro; ábrense sus bocas a Poniente, sobre la otra playa, y en ella tiene un tosco embarcadero. Cada mañana viene de Gijón un vapor y se vuelve a la tarde abarrotado de mineral; pasa bien cerca de la playa con esa majestad que tiene cuando va flotando hasta una cáscara de nuez; a su paso, una bandada de gaviotas, que en plácida quietud llevaba largo rato meciéndose en el agua, levanta el vuelo chillando agudamente y viene a posarse sobre la arena húmeda. Las rapazas corren hacia ellas; asustadas las gaviotas, vuélvense al mar más prestamente que vinieron, dejando la playa sembrada de plumas blancas y negras; las nenas palmotean.

Entretanto, Malia, después de contemplar un buen rato las olas, que son menudas y espumosas y rebrillean bajo el sol, ha llenado su cubo de agua marina, y volviendo a ponérsele en la

cabeza, emprende el camino de retorno. Malia tiene quince años, es recia como un roble y rubia como el trigo. Tiene las piernas largas, el busto bien plantado y redondo, el cuello fino y firme, la cabeza pequeña y erguida. Sostiene el cubo en alto con empaque gallardo de canéfora, y marcha con reposo, sin esfuerzo aparente, arqueando los brazos, ciñendo las manos al arranque del busto. Es el camino pendiente y guijarroso, como abierto que está en la roca brava. Es casi mediodía y cae de plano el sol; Malia se vuelve de vez en cuando para ver el mar y sentir en la cara el frescor de la brisa; luego el camino forma un recodo que oculta la playa; ya no se ven las olas, pero se escucha el rumor amansado de su ir y venir; tras el recodo hay una plazoleta; está sombreada por los castaños de dos huertos; a un lado del camino brota una fuente, y bañando las raíces en ella, álzanse cuatro álamos; los zarzales se espesan y hacen valla a los huertos, donde, sobre praderas, descabellan sus ramas los manzanos, cargados de fruta; pendiente arriba, una chicuela *linda* una vaca. Allí, con el ruido del agua de la fuente, se apagan los rumores del mar; el aire pierde sus aromas mari-

nos y empieza a saturarse de olor a montaña, a un tiempo sabroso y fragante; tomillos y mentas, árgomas y pinos, y aquel prado que arriba están segando, y el acre del humo que se escapa de los borrones que en aquel otro campo están ardiendo, atizados por la mozona brava, con rostro de energúmeno y corpachón de Hércules, que endulza la faena fumando un pito mal liado «de lo más fuerte».

IV

Malia entra en el pueblo, que está desparado por la meseta; las casas son pequeñas, con tejados en punta. Las más son grises, hechas de piedra y barro; pero hay algunas nuevas, con balconaje de madera, pintadas con alegres colores de barca, azules, rojas, color de sepia; pocas son las que al pie no tienen un pedazo de terreno cercado, con cuatro coles y una higuera; alguna, en el patio de entrada, ostenta una panera o un hórreo, plantados majestuosamente sobre pilotes de mampostería. Hay una sola a estilo de ciudad, con corredor saliente, que forma un pórtico sobre la portalada, en la cual hay tres huecos: el central, con puertas vidrieras, da paso a la tienda—única en Rañueles—donde se vende sidra, cer-

veza, comestibles, cerillas y alpargatas, amén de otros artículos pertenecientes al ramo de mercería menuda, tales: agujas, ovillos de algodón y cintas de hiladillo; la puerta de la izquierda lleva a las dependencias inferiores: cuadra, corral, pocilga, y la de la derecha a la vivienda de los amos, que son señá María Juana la de Rodes y sus tres hijos.

La casa de Malia está junto a la tienda y parece vivir a su sombra; tiene una puerta pintada de verde, partida en dos; durante el día, abierta la mitad superior, da visos de balcón al hueco y permite a la luz entrar en el portal, que es al mismo tiempo cocina; están las paredes ahumadas, hay un fogón bajo una masera con tapa, dos bancos, un vasar y una mesa pequeña, sobre la cual campa un cubo muy blanco cubierto con un paño. En el vasar hay menguado surtido de platos y pucheros, dos vasos de cristal y una taza; dentro de la masera, un buen pedazo de borona, un puchero con leche y ún puñado de arvejos; entre las patas de la mesa hay un montón de leña menuda; en el fogón borbotea la pota. En un ángulo se abre un pasadizo, y en lo más hondo de él está el horno; a medio camino está la puerta

del dormitorio; tal es la obscuridad, que no aciertan a contarse las camas. Delante de la casa se refocila un cerdo, y van y vienen, picoteando, cuatro gallinas; también hay unos cuantos rapaces, que son los hermanos de Malia.

V

Los hermanos de Malia son cinco, y su madre, Celesta, es viuda hace tres años; era el marido pescador en verano y minero en invierno; desde su muerte, vive la familia poco menos que como los pájaros: de lo que cae del cielo.

Celesta tiene manos de ángel para matanzas, guisandeos y amasamientos; pero en Reñueles hay poco que guisar, y sus habilidades no hallan cumplido empleo sino de tarde en tarde, en ocasión solemne de bodas o de entierros o en la fiesta del Cristo, en casa del cura.

Malia sabe de tijeras y aguja, y corta y cose sayas y corpiños para las aldeanas; el rapaz mozo, Quico, que tiene trece años, está a jornal en una lancha, y los otros cuatro, ora *llindan*

S O L D E L A T A R D E

las vacas de Rodes, ora van al monte en busca de leña, ora gandulean amigablemente en la grata compañía del cerdo, disputándole los tronchos de col, que son regalo del venturoso animalito.

VI

Malia entra en casa y su madre le sale al encuentro.

—Ya tenía ganas de que vinieras, mujer; traje Quico una carta y no acertábamos a leerla; tó-mala tú.

¿Por qué milagro de ciencia infusa sabe Malia leer? Cierto que en Rañueles debe de haber escuela, y cierto que la hay guapamente instalada en el pórtico mismo de la iglesia; el tal pórtico es rectangular, techado a teja vana, con pavimento de guijarros, abierto al aire libre por tres de sus costados, puesto que el muro no sube más de un metro sobre el suelo, y no hay entre pilar y pilar de los que sostienen la techumbre postigos ni vidrieras; sujetos con goznes a la pared hay tablones que suben y bajan y hacen de ban-

cos cuando la escuela está en funciones. En un rincón, una mesa de pino resobada y mugrienta señala el lugar de la cátedra. En la única pared del fondo, hasta el techo, está la puerta que da paso a la iglesia, y a la derecha mano de esta puerta hay un nicho de media vara en cuadro; embutida en él, está la pila del agua bendita, siniestro recipiente de pizarra, y sobre la pila, una calavera, y hay en torno de la calavera esta sabia inscripción: «Lo que eres, fuí; lo que soy, serás.» Tal es la escuela de Rañueles; allí, a la sombra del ascético recordatorio, sin duda aprendieron a deletrear muchas generaciones; pero a la hora presente—y ya iban varios años de presente para esta hora cuando empieza mi cuento — nadie aprende en Rañueles a leer, y no porque la ciencia le haya tomado miedo a la muerte, sino porque el maestro habría de ganar treinta duros al año, y las razas de héroes se van enrareciendo.

Malia, sin embargo, sabe leer, y semejante privilegio hácela objeto por parte de los suyos de cierta veneración supersticiosa. Dejado el cubo, toma la carta que su madre le entrega, y mira y remira el sobre, manoseado y sucio.

—¿De quién será, tú?

—Paez que vien de muy lejos, por los sellos que trae.

—Abrela y lee.

—Allá voy, madre, tenga paciencia.

Malia no está muy ducha en esto de abrir cartas; rasgando el sobre, arranca un pedazo de la misiva, la cual viene escrita en amplia hoja de papel comercial con cabecera roja y oro, pródiga en rótulos y medallas; las letras son pocas, redondas y espaciadas, como escritas por quien gustase de hablar poco y claro, y dicen como sigue:

«Habana, a 3 de mayo de 1903.

Apreciable hermana:»

—¡De Juancho!—interrumpe gritando Celesta.

—¡De tío Juancho!—repiten a coro los rapaces, que, boquiabiertos, como ánimas de retablo, rodean a la hermana lectora. Y dicen «tío Juancho» en tono enfático y reverencial.

—«Apreciable hermana»—repite Malia.

—Callai, rapacinos—amonesta la madre—; sigue tú...

—«Apreciable hermana: Sabrás que he decidido volver a España, porque cuando uno se va haciendo viejo, le llama la tierra en que nació.

Saldré de esta plaza el 1.º de julio, y llegaré a Gijón del 12 al 13; que vaya tu hijo Quico a esperarme, y tú en ésa alquilas una sala para mí en casa de Rodes, porque ya me figuro que en la tuya no habrá lugar para huéspedes; otra cosa será cuando yo vaya. Memorias a todos los que se acuerden de mí. Tu hermano que te quiere y verte desea,

Juan Moriedes.»

Terminada la carta, guardaron los oyentes silencio emocionado.

—¡Juancho vienel!—dijo al cabo Celesta.

—¡Cuántas perronas traerál!—gritó un rapaz.

—¡Perronas!—arguyó una nena con ironía misericordiosa—; ¡pesetas dirás!

Malia no dijo nada; dió la carta a su madre y empezó a trajinar en la cocina.

—Pero, mi alma—le dijo Celesta—, ¿no te alegras de que venga tío Juancho?

Malia hizo un gesto de indiferencia; levantando en vilo el cubo de salmoria, vertióle en la masera, y rompiendo a cantar, se enfrascó en la tarea del amasamiento. Celesta, carta en mano, fuese con premura a correr la noticia por el pueblo.

VII

Es el crepúsculo tan sereno y tan plácido, que parece que el día se está durmiendo: los pinos del barranco negrean ya, y el mar, de azul que era, vase tornando violeta y gris; estábase quieto, con las aguas ligeramente murmuradoras, pero al hundirse el sol en ellas, comienzan a agitarse y a espumarajear contra el acantilado; también se embravecen sobre las indefensas arenas de las playas—que en Rañueles las playas son dos, una a Poniente y otra a Levante, para acoger al sol cuando llega y despedirle cuando se va, amplias las dos y bien guardadas por baluartes de negra roca—. Sobre la playa que mira a Poniente se abren las bocas de la mina; el rojo del hierro va derramándose cantil abajo y ensangrienta la arena de la orilla. Sobre la arena está

el embarcadero del mineral: es un artilugio de madera sostenido en pilotes embreados. El agua espumante llega al primer pilote, y ante él, como asustada, retrocede; torna a acercarse y a retroceder; pero viene otra ola y se estrella brava contra el madero, lamiéndole con lenguas de espuma; y la siguiente se rompe también y escupe más alta la blanca crestería; y la que viene en pos de ella es invasora y rodea el pilar, y satisfecha se desparrama, tomando posesión del terreno que se tiende a sus pies; de pilote a pilote hay arenas doradas, y arena adelante el agua sigue caminando, y marca su camino con curvas glaucas y festones blancos; y llegada al segundo pilar, vuelta a los asaltos y retrocesos y salpicaduras, y vuelta a rodear el embreado leño y a tenderse a sus pies y a seguir el camino arena adelante hasta el cantil; el agua salta sobre los arrecifes que están al pie del murallón; allí suscita fragores temerosos, rugidos y cantos, como de fieras, como de mitológicos monstruos marinos, y las crestas de roca, negras y ásperas, surgen sobre la espuma y parecen moverse a compás del agua. En lo más alto del peñascal un hombre en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, con-

templa el trajinar de la marea: ve cómo el sol declina y se hunde, cómo las aguas claras se tornan grises, cómo se inquietan, cómo invaden la playa y saltan sobre los arrecifes negros; oye su murmurar primero y su rugir después; respira el aire fresco que deja en los labios sabor de sal y en las ropas humedad pegajosa. Así hasta que llega la noche; entonces, con larga y amorosa mirada se despide del mar, y lentamente entra en el pueblo; este hombre, que es minero, ha sido muchos años pescador y tiene amores con el mar, y viene a contemplarle todos los días a la hora del crepúsculo. Es un gran poeta que ha nacido en Rañueles del Monte, y que no hace versos porque nunca ha aprendido a leer ni a escribir.

VIII

La noticia ha corrido por el pueblo como riada de primavera: «Juancho el de Celesta vuelve de América.» Coméntase el suceso en la bolera y en la mina, y sobre el mar en las barcas que van a la pesca, y en la playa de a Oriente, donde los aldeanos recogen las algas, y en la de a Poniente, donde los mineros empujan las vagonetas para cargar el vaporín; y al anochecer, las mozas piensan vagamente en aquel Juancho que ha de venir, mientras trenzan su danza monorrítmica, puestas en corro, al compás de la canción que dice:

¡Vengo de la Habana, madre!
¡Vengo de la Extremadura!

Celesta vive aquellos quince días en imponderable agitación. Con señá Juana la de Rodés no

cesa el cabildeo ni un instante: —Que hay que arreglar el cuarto para Juancho; que si la sala que mira a la bolera; que si el gabinete que mira al corredor; que si cama de hierro; que si colchón de muelles; que si sábanas de puntilla. Afortunadamente, la tendera sabe de agasajar huéspedes, porque antaño en su casa estuvieron viviendo cosa de un mes los ingenieros que vinieron a inspeccionar la mina, y la sala—al cabo es la sala la elegida—queda dispuesta como por mano de ángeles; el tillado reluce bajo bruñida capa de cera; las paredes deslumbran de blancas, y en ellas campan hasta cinco cuadros con marcos de caoba, con vistas de mares y de barcos: en los balcones hay sendas cortinas de algodón rojo, y las almidonadas puntillas del lecho tienen pompa imperial. En un palanganero de madera hay una diminuta jofaina de loza, y pendiente del clavo, junto a él, una toalla—lujo exorbitante—de luengo pelo y franja azul.

—Ea, a cerrar, que no se empolve, y ya puede venir cuando quiera.

—Contenta estarás, mujer.

—Sí que lo estoy.

—¿Casóse Juancho en Cuba?

—Soltero vuelve como se fué.

—¡Mira tú que es suerte!

—Sí que la es.

—Porque ya no se casa, digo yo; y, ¿a quién le va a dejar lo que tiene?

—Bien puede que se case.

—Viejín es ya.

—¡Qué dices, mi alma! Cincuenta años cumplió por San Juan; para un hombre, la flor de la vida.

—Y que cuentan que va a hacerse una casa a estilo de Madrid.

—Sí que lo cuentan.

—Pues mira, en aquel castaño que tengo yo, según se va a la ermita, no estaría fea.

—¡Qué había de estar, mujer, qué había de estar!

IX

Madrugó el sol aquella mañana, que fué la del día 20 de julio; asomó hinchado y rojo sobre las lomas que están a Oriente, camino de Luanco, y fué subiendo y derramando luz sobre los prados que cubren el declive, felpudos y frescos, y enredándola entre las greñas de las zarzas que hay sobre las cercas; declive abajo, vino la luz a caer en la playa, y aquí fué su gran fiesta; por medio de la playa entra un río en el mar; es un río manso, de aguas pocas y silenciosas, que están tendidas sobre la arena con gesto de molicie; allí está la casa del molino. La luz del sol cayó sobre las aguas perezosas y nacieron en el cauce rebrilleos de plata y de oro; y también las arenas rebrillaron; creo que estaba bajando la marea e iban las olas en su retirada rizando el

suelo en curvas amplias y simétricas; sobre el lomo de cada curva suscitóse un filete de luz, y el suelo, empapado, era como sábana de oro fundido; había a trechos reflejos color de sangre, y los ásperos arrecifes negros se anegaban en tintas violetas; las algas prendieron a su carne fantástica todas las rosas del amanecer; el mar, que era uno con el cielo, se alegró como el cielo, porque salía el sol, y sus aguas, alborozadas como niñas, dijeron sus mejores canciones. El sol seguía caminando: trepó desde la playa monte arriba plateando el maíz; las umbrías de castaños y pomares no le dejaban penetrar; pero él ponía su clara sonrisa sobre el ramaje, y las frondas cantaban de gozo; cantaba también el coro de los pájaros. Ya llegó a la planicie; en los muros grises de las casas viejas puso filetes empurpurados, y en las nuevas, pintadas como barcas, fundió lo agrio de los colorines bajo una dorada niebla de luz. En el barranco, poblado de pinos, hubo como un acorde de arpas, un suspiro profundo de la tierra, y en la espadaña de la iglesia cantaron las campanas la salmodia matutina.

Entonces, sobre la misma loma por donde asomó el sol, aparecieron hombres y caballos y se

acercaron a Rañueles, siguiendo el camino que la luz poco antes siguiera. Descendieron los declives verdegueantes, serpenteando entre las rocas; entraron en la playa; llegaron a la casa del molino; aunque venían a buen paso, cuando se detuvieron un instante a la orilla del río iba más que mediada la mañana, y entonces algunas gentes que atisbaban desde las alturas de Rañueles pudieron distinguir que los caballos eran tres y dos los hombres, porque el tercer animal venía cargado con sacos y maletas. Era el uno de los jinetes, al parecer, alto, flaco y tieso; venía vestido a lo señor, traía un sombrero de paja fina, de chata copa y profusas alas, y, como se vió al entrar en el pueblo, traía la cabeza como ramo en jarra, embutida en negra, durísima y lustrosa corbata; cabalgaba marcial y erguido, como de sí mismo satisfecho, mirando en torno suyo a la tierra y al mar, como si de ellos tomase posesión y asentase dominio sobre sus verdores, espumas y espejeos, y, sin duda, hablaba con voz campanuda al jinete su compañero, si bien las gentes apostadas en su espera aún no le alcanzaban a oír.

El compañero del pomposo señor era Quico,

el hijo de Celesta, con lo cual queda dicho que el que tan satisfecho llegaba era Juancho, el tío de la Habana, la mina viviente, esperanza y gloria de la menesterosa familia.

Quico venía delante con resignado caminar, cabizbajo y meditativo, como si la grandeza de su tío le anonadase; porque era de tal naturaleza la expansión de orgullo del indiano, que no parecía posible que pudiera vivir a su sombra otro gozo que el suyo. Así subieron la peñascada senda monte arriba; los aldeanos salían de los huertos y prorrumpían en bienvenidas no exentas de cierto saborcillo socarrón que es peculiar a la gente asturiana. Juancho pronunciaba en retorno frases pomposas, como fragmentos de un discurso que viniese rumiando, y pasaba; el caballo, que era medianejo, no acertaba con la actitud gallarda, propia de la ocasión, y a pesar de los espoleos y tirones de brida con que le hostigaba el indiano, persistía en inclinar hacia tierra la testa melancólica y en alargar el flácido pescuezo para alcanzar las yerbas que a orilla del camino verdeaban; llegados al recodo y a la fuente, el animal se obstinó en beber; era testarudo, y nuestro Juancho se vió obligado a detener la

marcha. Erguido sobre el penco, que se descubría para hundir el morro en la corriente, tendió la vista en torno, y dijo al mancebo con voz dominadora:

—¡Buen castaño!

—Bueno, sí, señor—respondió dócilmente el fascinado Quico—. Es de señá Juana la de Rodes.

—¿Y aquella huerta de la derecha?

—También de señá Juana, señor.

—¿Y aquel maizal grande que vimos subiendo?

—También suyo, señor, y la pación de allá arriba, y usted no sabe cuánto monte; quiere decirse que es como si fuera la reina del pueblo y que no hay quien campe más que ella.

Resopló el indiano, irguióse más y más, el jipijapa adquirió majestad de corona y la corbata reflejos acerados como de armadura, y dijo mayestáticamente:

—¡Eso lo veremos!

Entonces, como el jaco terminó de beber, siguieron la marcha.

X

La explanada en que desemboca el camino y que es como plaza en aquel pintoresco Rañueles del Monte, está rumorosa y vibrante con el hormiguar de todo el pueblo que espera al indiano; los pañuelos blancos en las cabezas de las muchachas son como alas de gaviota, porque el viento los hincha y los levanta, haciéndolos ale-
tear; el charloteo de las comadres es tenue e incesante, como susurro de un maizal, y los chiquillos retozan entre las faldamentas mujeriles y chillan y se enraciman y se desparraman, sembrando en la callejera solemnidad la alegría de su desorden. Subiendo la cuesta aparecen las amarillas alas del sombrero de Juancho; luego, bajo ellas, el rostro moreno y tostado; después, la corbata inflexible y el tieso busto, y al fin el

caballo melancólico. Ante la aparición del esperado, la multitud calla; acaso hay en su silencio asomos de desilusión; acaso es poco el héroe para la epopeya. Juancho, sin duda, preparado al lance, saluda descubriéndose; entonces, libre del jipijapa, muéstrase la calva deslumbradora; es color de marfil y tan pulida, que la luz en ella se quiebra y se irisa; circunda su blancura tenue colgante de cabellos entre negros y grises; la frente está marchita, pero los ojos tienen llamas, y es la boca en el rostro moreno extraña flor roja que está pregonando sensualidad.

Del grupo silencioso sale una hembra con arranque épico. Tiende los brazos, yergue la cabeza y grita: «¡Juancho, hermano!», con voz aguda. Es Celesta. El indiano, majestuosamente, echa pie a tierra; hay abrazos y lágrimas por parte de ella; ademanes de condescendiente abandono por parte de él; luego, la presentación de rapaces. Este es Celestín, el retrato vivo de su padre, y ésta Rogelia, la más chica, que se da un aire a madre, que está en gloria, y bien apañada que es; ese otro es Juanín, que es tu ahijado, aunque tú no lo sepas; besa al padrino, niño; así, en la mano.

El pueblo, como coro de tragedia, contempla aprobador las expansiones de los héroes, y se conmueve y salen de él rumores que son, como las voces de la Naturaleza, elocuentes por incomprensidos. Celesta triunfa y se yergue con altivez ingenua, penetrada de la importancia de su papel; sus hijos hacen muecas a los otros rapaces, engréidos por el ilustre parentesco.

—¿Y de Quico, hombre, no me dices nada? ¿Qué te pareció?

El indiano recorre el grupo familiar con mirada escudriñadora.

—¿No me dijiste en una carta que tenías una hija moza? ¿Por qué no ha venido?

Celesta, en su gozo, se ha olvidado de Malia; atarúgase sin acertar con la respuesta conveniente; luego escudriña en torno. Malia no parece.

—¡Pero dónde estará esa rapaza! Hay para matarla. Tú, Rogelia, Juanín, ¿dónde está Malia?

Rogelia y Juanín se miran, sonríen y callan.

Celesta, furiosa, zarandea a sus hijos.

Al cabo, la nena responde con graciosa media lengua:

—Dice que no quiere venir, porque le da vergüenza.

Una comisión sale en busca de la vergonzosa doncella, y al cabo viene entre el coro de sus amigas, roja como una roja amapola, con la vista en el suelo y el pecho palpitante, más bonita que nunca.

El tío la acaricia el terso rostro con morosa delectación.

—Mírame, mujer, no tengas miedo, levanta esos ojos.

Y cuando ella obedece el mandato y le mira con aquellos ojazos que no se sabe si son azules como el cielo o verdes como el mar, el bueno del tío se queda turulato y dice sin saber lo que dice:

—Vaya, mujer, que eres lo mejor de la familia.

El coro aplaude, el indiano se ríe, y Malia, desafortadamente, rompe a llorar.

XI

Aún no hace un mes que llegó al pueblo Juancho, y ya Celesta gasta saya de merino negro y pañuelo de talle con flecos; Quico tiene calzones de pana y fuma del estanco; Celestín y Juanín y Rogelia calzan botas traídas de Gijón. En el castaño de señá Juana están edificando la casa del indiano: ha de ser la fachada toda de piedra con balconada y pórtico, profusa en herrajes y cristalería; por la parte del Norte, que mira al mar, tendrá una galería cubierta a estilo de las tierras en que el dueño vivió, y al pie de ella habrá un jardín con flores. Para peras, manzanas, alubias y coles, ya está el huerto camino de la playa, que ha comprado Juancho al señor Capellán; para maíz, los maizales de más abajo, y para leña, el pedazo de monte que ya también es suyo; amén

de los tres prados en que pacen media docena de vacas rojas.

Juancho — don Juancho, como le llama el pueblo—ha hecho a la iglesia de Rañueles una singular donación; es una lámpara votiva, dorada y refulgente, que tiene la figura de un buque de alto bordo; tiene profusas velas de esmalte blanco, casco bruñido, complicadísimo mascarón, escalas y jarcias de primoroso trenzado y cuatro fanales, que son cuatro lámparas, dos verdes y dos rojas; en el casco hay grabada una inscripción romántica, que dice cómo don Juan Moriedes, después de cruzar mares y de juntar fortuna en tierras lejanas, volvió a la suya a disfrutarla en paz; y de todo ello da gracias a Dios. Esta donación épica ha hecho venerable en Rañueles el nombre del indiano; y no menos exaltación de orgullo satisfecho ha causado entre pescadores, mineros y aldeanos la erección en la playa que mira a Oriente de una caseta para baños, lujo hasta entonces desconocido en aquel buen rincón de tierra asturiana, donde los escasos bañistas se contentaban, para guardar de pudores, con las naturales grietas del acantilado.

Este largo día de agosto levántase el indiano

bien de mañana; el campo está fresco y huele a salud; el cielo claro, la tierra jugosa; los pájaros tienen ganas de cantar; Juancho, con reposado andar, baja por la senda que hay entre huertos y maizales y llega a la parroquia en el momento en que tocan a misa; óyela con devota ostentación de hombre acomodado y eminente que siente su deber de dar ejemplo, y, una vez finado el servicio, sale al pórtico, donde charla con el capellán. Por donde vino vuélvese al pueblo; las moras le ofrecen su pulpa jugosa; las madre selvas mecen en honor suyo los marfileños incensarios de sus corolas; la menta humilde se despepita por suscitar, desde los ribazos, bocanadas de buen olor. Ya en el pueblo, don Juan va a ver las obras del palacio; los blancos cimientos salen de la tierra como huesos desenterrados; desde aquella altura se alcanza a ver el mar, sobre cuyas aguas, muy lejos, está flotando una escuadrilla de lanchas de pesca. En cabildeos con el maestro de obras húyese la mañana y llega con el mediodía la hora del yantar. La comida es solemne, servida por Celesta y señá Juana Rodes, sentado el indiano a la cabecera de una larga mesa que extiende ante él su soledad. El héroe come reposadamente, y

las mujeres, entre plato y plato, le piden cuenta cosas de *aquellas tierras...* ¿Es verdad que las gentes de la Habana son negras como el tizo? ¿Es verdad que las señoritas se pasan los días tendidas en la hamaca, dándose aire con el abanico? ¿Es verdad lo de la gran calor? ¿Y lo de que esos picarones del Gobierno vendieron a Cuba por un montón de duros?

Juancho a todo responde con pausadas y medidas palabras. Esto es cierto, aquello no lo es; en lo tocante a vender la isla, habría mucho que decir y no poco que callar; por sí o por no, más vale callarlo todo. Entretanto, chupa un substancioso alón; a señá Juana no se le escapa la satisfacción del huésped, y exclama en un arranque de patriotismo *sui géneris*:

—¡Cosas buenas habrá en aquellas tierras, digo yo; pero lo que es gallinas como las de Rañuelles!... A doce reales tengo vendidas más de veinte para la feria de Avilés.

Después de bien dormida la sabrosa siesta, sale el indiano a dar un paseíto; atraviesa las calles silenciosas, donde algunos chiquillos, sentados a lo turco a la sombra de las paredes, alzan la voz en demanda de una perrina. Don Juan es

pródigo en moneda de cobre, y, por ende, muy popular entre la chiquillería de Rañueles. Junto a la última casa del lugar empiezan las praderas; va el buen don Juan atravesándolas, complaciéndose en hundir los pies en la blandura fragante de la yerba; las vacas que halla a su paso quedan un instante mirándole melancólicamente y tornan a pacer; se han suscitado algunas nubecillas, y su sombra va y viene, sobre el verdor del suelo y sobre el lomo rojo de las vacas. Pasadas las praderas, hay un camino vecinal que va a la ermita de San Bartuelo; una vieja y un asno pasan por él. — Muy buenas tardes, señor don Juan.—Más allá del camino hay una cerca de pedrusco. Don Juan la salta y entra en el pinar, que por esta parte tiene pocos pinos, y no muy grandes; la frondosidad está más lejos, tierra adentro.

Es el pinar como mirador grandioso que da sobre el mar; desde él se ve la playa de la mina, con su embarcadero y sus arenas ensangrentadas, y las barcas de pesca que descansan sobre ella, y aún mucho más allá el temeroso monstruo marino que finge la mole del cabo de Peñas. El suelo está acolchado de yerba fragante; las briz-

nas caídas de los pinos le mullen y aroman el aire. Don Juan saca el reloj, que es de oro y tamaño, y aun creo que con piedras en la tapa, mira la hora, sonrío, luego escudriña el camino por donde llegó como en espera de algo; de pronto, tiéndese en el suelo, cuan largo es, y se recata tras el tronco de un pino. Oyese entonces como un eco lejano de risas frescas que se va lentamente acentuando; a las risas únense luego voces pueriles; ya se distinguen las palabras. A poco cruza el camino vecinal un grupo de chicuelas; son cinco, de entre siete y doce años, y viene con ellas la arrogante Malia. Vanse a bañar y todas llevan sobre la cabeza el hatillo de ropa; vienen charloteando como pájaros. Malia es amiga de los niños, porque es muy buena y muy mujer; siempre va acompañada por numerosa corte de rapazas; todas aquéllas tiénela por madre espiritual, y ahora, bajo su dirección, aprenden el arte natatorio. En el rostro de Malia hay una inagotable sonrisa, y sus ojos claros miran tan reposadamente las cosas, que parecen penetrar su secreto; tiene la voz vibrante, hecha para sonar al aire libre, y es toda ella cariciosa; pasa con sus amigas las chicuelas bordeando el pinar, y por

un senderito que va serpenteando en la roca, se encamina a la playa; las niñas, unas la siguen y otras la preceden entre risotadas y resbalones. El indiano se arrastra hasta el límite mismo del pinar, y allí queda, la vista a pico sobre la playa, donde en aquel momento el grupo de bañistas desemboca. Las chicuelas, por previa providencia, se descalzan, hunden los pies en la arena húmeda y gritan de gozo al sentir su frescor; así van corriendo de un lado para otro. Malia las reúne y aquietas; es preciso buscar refugio para desnudarse; una a una visitan las hendiduras del acantilado y vanse acomodando en ellas, escasas de pudor como inocentes ninfas. Malia ha escogido la más honda; en la abertura sujeta con guijarros un lienzo blanco, que se hincha con la brisa; allí está prisionera en la estrecha prisión de roca brava, con la cernida arena por tapiz y el cielo por techo. Primero se santigua; luego, lentamente, porque el rumor del mar parece que la arrulla con perezoso halago, va descubriendo el blanco tesoro de su cuerpo, las piernas largas como de diosa, los brazos robustos, la curva de los hombros, que es como de mármol, el arranque del pecho, que es arrogante y promete glo-

rias con su firmeza. Y, sobre el tesoro, las miradas golosas del indiano, que sorbe con apresuramiento bocanadas de aire, como si la brisa que sube trajese hasta él la fragancia de aquella carne deleitadora. Malia se viste un saco de estameña parda, atraviesa corriendo la playa, refrena el paso al sentir la frescura del agua y va entrando en el mar lentamente. Las chiquillas la siguen; todas a un tiempo se chapuzan, y hay alborozo de risas, de voces, de juegos; el agua rota inunda los rostros, baña las cabezas; las bañistas se yerquen a veces, y la tela mojada modela los cuerpos, gráciles y esbozados aún. Malia se pone en pie también—el indiano apenas puede respirar—, y, lentamente, va saliendo del agua y cruza la arena y vuelve a la grieta de la roca.

XII

Vereda arriba caminaban despacio, un poco fatigadas por el batallar con las olas, mordiéndose sendos pedazos de pan, y entre bocado y bocado, charlan como siempre:

—¡Qué calentina estaba el agual, ¿verdá, tú?

—Mira qué blancas se ponen las manos cuando se sale de la mar.

—Y aquí las yemas de los dedos parece que se quedan huecas.

—Y están muy arrugadas. Oye, tú, Malia, ¿por qué será?

—¿Cuántos baños llevas? Yo tres.

—Y yo cuatro.

—Yo llevo ya siete; pero voy a venir todas las tardes mientras venga Malia.

—Pero has de ser formal; ayer por poco te afuegas, y no quiero sustos.

La más pequeñita grita:

—¡Mira tu tío, Malia!

—Don Juancho, don Juancho—dice el alegre coro.

Don Juancho está sentado en un ribazo a orilla del camino.

—Buenas tardes, nenas—y clava los ojos en Malia. Malia está un poco pálida, tiene los ojos muy brillantes; el pelo, con la humedad, se le en-sortija más y más; algunos rizos le caen sobre la frente, y otros se alborotan sobre la nuca fresca; anda rítmica y blandamente, como si aún la estuviesen meciendo las olas, y la ropa como que se le fuera pegando al cuerpo; el indiano piensa en la frescura que habrá dejado el agua sobre la piel de seda.

—¿Va usted a bañarse?—pregunta una.

—De los cuarenta para arriba...—responde otra, y se oye un formidable coro de risas.

El indiano se ríe también, aunque de mala gana, y se pone en pie.

—Ea, ya que volvéis a casa, os voy a acompañar. ¿Quieres, Malia?

Ella hace un mohín de indiferencia.

—No seas arisca, mujer—y se pone a su lado; prosiguen el camino en silencio, que rompe el tío melosamente.

—Qué bonita te pones cuando sales del agua.

—¿De veras?—replica ella, con no poca sorna.

—Y eso que no lo necesitas, porque eres fresca como una rosa.

Malia no contesta; el indiano calla; sube un poco de brisa y alborota los rizos aquellos que están sobre la nuca: ¡vaya una tentación! La mano de don Juancho se enreda en un rizo. Malia grita con susto, y de un salto se pone a cuatro varas.

—No te asustes, mujer—tartamudea el tío—; es que te vi una araña corriendo por el cuello.

Llegando a los prados, las chiquillas se desparrraman en busca de moras, y una de ellas grita de lejos:

—¡Malia, cástate con don Juancho, que tiene pesetas!

—¿Oyes lo que dicen?—balbucea el caduco galán.

La moza, por toda respuesta, echa a correr detrás de sus amigas y le deja frescamente plantado.

XIII

Está el día nublado y bochornoso, con calor a un tiempo de horno y de estufa, y se sienten venir en el aire presagios de tormenta. Malia está en el huerto desde bien temprano lavando ropa; trabajó a conciencia toda la mañana, arremangados los brazos, las manos en el agua, cantando a plena voz; pero va llegando el mediodía, y el calor que arrecia le produce cansancio; detiéndose un instante, enjúgase las manos, crúzalas elevando los brazos junto a la nuca, echa el busto atrás, reclinándose en no sé qué apoyo ideal; cierra los ojos; al abrirlos de nuevo, páranse en un manzano cargado de fruta. Malia va hacia el árbol, escoge con morosidad golosa e hinca el diente en la roja manzana; luego piensa que no estaría demás descansar un ratito, y se sienta en el suelo

al pie del árbol; primero se recuesta en el tronco, luego la tierra parece que va tirando de ella con caricia invencible, y acaba por tenderse cara al cielo con los brazos en cruz; entre la enmarañada ramazón del manzano se alcanza a ver el cielo, que está azul pálido, tirando a gris; pero hay en él una refulgencia extraña y molesta que casi la obliga a entornar los párpados. ¡Qué pegajosa está la luz! Diríase que el aire tiene calentura. Gracias a que el manzano es copudo y da buena sombra; no corre viento, pero las ramas se mueven un poquito, y así las sombras se mueven también, y Malia siente la frescura de su ir y venir paseándole frente y mejillas; cuando las sombras llegan a posarse sobre los párpados, parecen de plomo según lo que pesan y lo bien que se está con los ojos cerrados. Hay un run-runeo monorrítmico. Malia no sabe si es el aire que vuela o si es alguna abeja que estará entre las ramas... ¡Qué importa!... El caso es que el run-runear es como canción de madre junto a la cuna, adormidora y cariciosa. Malia piensa que la tierra también tiene brazos de madre, y luego imagina que sería feliz arraigando en ella como los árboles, viviendo de su jugo sabroso, sintiendo

sobre el cuerpo el frescor de la lluvia como el manzano sobre las hojas. El pasar del aire sobre los labios es tibio y sabe a guindas y a besos. La luz se mete ojos adentro, aunque los ojos estén cerrados, y sobre un fondo negro enfila sartas de estrellas de oro; luego, el oro es el fondo y son las sartas de cuentas negras; luego, sobre azul, rosarios de lágrimas bermejas; luego, sobre rojo, manchas verdes que no tienen forma; luego, la luz se apaga y hay una obscuridad que no se sabe si es negra o violeta.

Los runruneos que andan por el aire pierden su indecisión, parece que se ajustan al ritmo de un sueño que pasó hace mucho tiempo; Malia no sabe lo que soñó, ni cuándo lo soñó; pero sí sabe que su sueño tiene la voz de aquel rumor, el cual lentamente se precisa, y parece una voz, una voz muy lejana que se acerca, que viene a su lado, que la llama quedito: «Malia, Malia.»

Y abre los ojos a tiempo que una mano aprisiona la suya.

—¡Malia!

—¡Jesús, Maria y José! ¡Qué susto! ¿Es usted, tío Juancho?

—Sí, yo, no te albores, sigue durmiendo.

Malia intenta levantarse, pero el sueño y la tierra la tienen presa.

—Te digo que duermas, mujer. No tengas miedo, que yo te quiero bien y más de lo que tú te figuras. ¿Sabes lo que te digo, rapaza? Que tú también me quieres a mí; no lo sabes, pero me quieres, ¿verdad que sí, Malia?, ¿verdad que sí?

El viejo habla quedito, con voz meliflua, con entonaciones mansas que trajo de las tierras del sol. Malia no sabe lo que oye, y le deja decir; son aquellas palabras como un halago más de aquel su delicioso medio sueño, como la sombra que le acaricia el rostro, como la brisa, como el runruno del aire, como la fragancia sabrosa de la tierra.

—No sabes tú lo bueno que es quererse como Dios manda. ¡Miren qué manezuca de reina tiene mi aldeana y qué boca de rosal! ¿Quieres que te dé un beso en esa boca?

Dicho y hecho. Ella sonrío sin abrir los ojos.

—¡Malia!—grita oportuna la voz de Celesta—, busca a tío Juan, que ya está la comida.

Malia se incorporó de un salto; el buen señor la siguió implorante:

—Malia, Malita, quiéreme; que me quieras te

digo; mira, esta noche te espero en el huerto, ¿bajarás? A las once te espero.

Malia, sin despertar del todo, desapareció entre los árboles, y entonces empezaron a caer, rebotando en las copas de los manzanos, las gotas de un chaparrón veraniego.

XIV

La tormenta, nutrida de lluvia, duró toda la tarde; vino pronto el crepúsculo; pero sucedió que el cielo, en lugar de obscurecerse, esclareció con la venida de la noche, y, barridas las nubes por el viento, lucieron las estrellas. No fué noche de luna; pero a la claridad del cielo se veían los árboles lavados por el agua, frescos y estremecidos; corrían también veredas abajo arroyos claros que iban bañando las zarzas por el pie; a intervalos caían gotas rezagadas de los aleros, de las ramas movidas por el pasar de un pájaro nocturno. El mar, alborotado por la lluvia, se daba el lujo de seguir rugiendo ahora que la lluvia pasó, y traía al pueblo ecos de lontananza, el historial de sus furores al pie de las peñas; el murallón en que se abren las bocas de la mina,

chorreaba el agua mezclada con hierro, como carne viva que vertiese sangre. Lozano el huerto y fresco, parecía, con largos suspiros que eran estremecerse de hojas y desmoronarse de terrones al empaparse en agua, decir la voluptuosidad del apaciguamiento nocturno. Cuando las ramas se fueron secando, empezaron a despedir su aroma las madre selvas, y sobre el verde obscuro, como una sospecha de color, se adivinó la pompa de unas rosas.

El alma de los huertos nace de noche, porque de día duerme al sol con el vibrar sonoro que suscita en el aire; de noche aroman las flores desdeñadas y se sueñan hermosas; de noche brillan los gusanos de luz; de noche se miran en el estanque las estrellas pálidas; de noche cantan los ruiseñores.

El pueblo poco a poco se va durmiendo; los ruidos callan; se cierran las puertas; alguien canta muy lejos una canción que parece triste; pasa un hombre solo, que va de prisa, y su paso resuena en el silencio con sonar casi trágico; ladran los perros agoreros, y el reloj de la torre canta con clara voz.

El indiano sale al corredor; la frescura fragante

de la noche dice algo muy grato a su espíritu, aunque él no es poeta; la noche tiene voz para casi todas las almas, y como siempre que nos habla la Naturaleza trasladamos nosotros el sentido de su lenguaje al idioma de nuestro deseo, creyó el indiano que aquella poesía de la noche era como heraldo de las aventuras de su amor. La chiquilla, sabrosa y fresca como el huerto, era como dardo para su corazón, dardo causador de gustosas heridas, y el fuego de los labios de ella se antojaba a su anhelo frescor matutino, y del halago de su esquividad tomaba su mente dulces apoyos para fingir las glorias de la hora del triunfo.

El buen Juancho tenía su dicha por tan segura, que iba retardando el momento con saboreo goloso y pueril. Será de esta manera y de la otra. Y fué tanta la fuerza de su imaginar, que creyó oír, junto con los suspiros de las hojas y las risas del agua en la tierra, suspiros y risas de la enamorada. ¡Suspiros y risas!

Sí que sonaban, alternados, como perlas y rosas. Suspiros y risas, y bien cerca, en el huerto, casi debajo del corredor. Y era la voz de Malia la reidora y la suspirante.

Escuchó el indiano; con la voz de ella se trenzaba otra voz, y decían:

—¡Eso no, que ye mucho pecado!

—Pues si no pecaran tu padre y tu madre, estábamos frescos.

—¡No seas fato, hombre!

Y luego más risas y más rumores, y el proseguir bajo las madre selvas, sobre la tierra estremecida, de la dulce batalla; y vuelta al suspirar y al decirse ternezas ingenuas y claras como flores silvestres...

En tanto el indiano, de bruces sobre la balaustrada del corredor, primero con rabia, luego con pena, sintió como si a cada risa de las que en el huerto estaban sonando se desmoronasen, fatídicos y necios, todos los montones de onzas que trajo de las tierras del sol.

LOS NIÑOS CIEGOS

EL asilo de los niños ciegos está en una quinta, antaño propiedad de una reina que ya murió. El jardín es amable; hay en él alamedas señoriales y rústicas veredas, espesuras discretas y quioscos galantes; hay parterres y laberintos, bojales versallescós y marañas de jardín meridional; hay fuentes; hay acequias y regatos, que al atardecer borbotean con clara voz pueril; hay una ría donde otros tiempos se meció una barca, y en las revueltas de esta ría hay un islote, en figura de estrella, plantado de rosales.

El asilo de los niños ciegos está en un caserón que dicen fué morada de la servidumbre; su fachada principal mira al Norte; tiene salones grandes y fríos con las paredes blancas.

Dentro del caserón—acaso son su alma—hay

clavicordios para los niños ciegos. Tienen las teclas amarillas y cascada la voz, y aunque los tañen manos de niño, yo nunca los he oído sonar sino en vetustas melodías, de aquellas dulcemente sentimentales, en cuya letra hay lagos, y hermosas que duermen, y trovadores que riman fatigas de amor al pie de una torre.

II

Es un claro día de abril. A media tarde, los niños ciegos salen del caserón; van en tristes filas de seis o siete, guiadas una por un mozo enfermero, otras por alguno de los asilados «que ve algo». Hay cuatro o cinco de éstos que no son ciegos por completo; de ellos unos han visto, y poco a poco han ido dejando de ver; otros no han conocido jamás de la luz sino resplandores confusos, y de las cosas que hay en el mundo sólo han alcanzado la sombra; ellos son los guías de los demás. Uno de estos guías es José Luis, muchachón de catorce años, recio y corpulento, de rostro abultado y expresión incierta; parece que tuviera el alma dormida y que el cuerpo aprovechase este sueño para desenvolverse formidable y tirano; en la fila que él va

conduciendo hay seis infelices, y en cada uno la multiforme tristeza ha cincelado mueca distinta: hay dos muy altos, que tal vez son hermanos; tienen los ojos oscuros y hermosos y los llevan abiertos de par en par como clamando por la luz que les falta; las frentes pálidas, las bocas contraídas, dicen angustia; otro lleva los ojos cerrados y tiene gesto de resignación; hay uno que abre y cierra los párpados y mueve sin cesar las manos inquietas con el ademán de quien busca; otro, regordete, tiene aspecto sensual y feliz, habla sin cesar y se ríe; y hay un pequeñuelo, rubio como el trigo, que debiera tener los ojos azules, pero los tiene blancos, cuajados e inmóviles: éste se llama Antonio, pero las monjas y los enfermeros y los maestros, movidos de compasión simpática, le llaman Toñín; dicen que ya ha cumplido trece años, pero a duras penas representa diez; tan menudo es de cuerpo, tan añado de rostro y de expresión, tan débil de espíritu. Si mirase—y parece mirar con sus ojos inmóviles—, dirían sus miradas amor a todo y a todos; sus manos, sus labios, su ser entero parece ir en busca de una caricia; palpa cuanto le viene a mano blandamente, y se deleita en las suavidades de

las cosas, porque ama lo suave y lo argentino; los sonidos no tienen secretos para él y todos los viejos clavicordios son sus amigos; conoce, vibración por vibración, sus voces caducas, y sabe a cada instante cuál es la que suena; también es amigo de los pájaros y de todos los buenos olores del jardín, y sabe cuántos sonos hay en los clavicordios y cuántos aromas suben a la ventana del dormitorio desde los rosales y las violetas; ama a Sor Gracia, porque se llama Sor Gracia y este nombre es amable; porque es su voz más fresca y más clara que la voz de la fuente, y porque tiene las manos pequeñas, suaves, tibias y palpitantes. Toñín tuvo un día un pájaro herido, que un enfermero encontró al pie de un árbol, y desde entonces siempre que alcanza las manos de la monja piensa que son como pájaros prisioneros, y muchas veces habla de aquellas manos de Sor Gracia con José Luis, su guía y su amigo.

Hoy, la tarde parece dormirse en la tibieza perfumada de la primavera; el aire se está quieto; hay en algunos árboles hojas recién nacidas; en muchas, flores, rosas de los árboles del amor, blancas de los frutales; en una calle de olmos va

una glicina de tronco a tronco y suspende en el aire racimos malva de olor exótico; un poco más lejos, el aroma fresco y sensual de las lilas; las rosas tempranas, pálidas aún, comienzan a asomar en los rosales de un parterre; al pie de ellos hay un florecimiento de alhelíes blancos y rojos, y delante de los alhelíes las caritas carnavalescas de los pensamientos y las campanillas azules de la yerba doncella.

Los niños ciegos pasan junto a las flores y no las ven: muchos de ellos no saben cómo son las flores, pero saben que están allí, dando aromas suaves, y que son ligeras y que son frescas, y que algunas de ellas tienen escondida muy dentro una gota de miel; y por todo esto les tienen cariño.

III

Los ciegos llegan a la explanada que hay junto a la verja del jardín; entonces, las filas se fraccionan y van ellos por grupos de dos y de tres, porque allí no hay peligro: el suelo es llano; árboles y muros están lejos, y se puede caminar, aun a ciegas, sin riesgo de tropezar ni de caer. La tibieza del aire en que el sol de abril cierne su luz joven es como una caricia que va alegrando los corazones de aquellas criaturas, y al impulso de su inconsciente gozo charlotean y ríen. Algunos, con certero instinto, van a buscar las flores que han descubierto por el olor; otros se acercan a la verja y se divierten escuchando los pasos de las gentes que cruzan el camino, el chirriar de las ruedas de algunos carros, el trepidar de los tranvías y el campaneó de sus timbres

eléctricos, y van nombrando todo lo que oyen como si lo vieran pasar: —Un hombre; ¡qué de prisa va! — Un perro. — Dos caballos. Una muchachita que lleva una cesta de naranjas los saluda al pasar:—¡Buenos días!—, y ellos, alborozados con el son de su voz amiga, se agolpan a la verja como para mirarla, y responden en coro: —¡Adiós, adiós!—Ella se aleja, y ellos se quedan un momento silenciosos; luego uno dice:—Es la Juanita la naranjera—; y los demás sonrían, como si el nombre, que todos saben, fuese una inesperada revelación.

Toñín y José Luis van a sentarse sobre un tronco que está tendido junto a la verja a guisa de banco; largo rato permanecen callados e inmóviles, dejándose acariciar por el sol; en la serenidad de la atmósfera como que se funden todos los ruidos, la voz de los otros muchachos, los rumores de la carretera, el cantar incesante de los pájaros, el murmurar tenue del follaje recién nacido.

—¡Qué bien huele el aire!—dice luego Toñín—; ya deben estar abiertas las rosas de la isla.

—No; lo que huele aquí es el árbol del Parái-

so: ¿verdad que es un olor que sabe a miel y da ganas de comerlo? ¿A ti no te gusta comerte las flores?

—Me gusta olerlas y besarlas muy despacito, porque si se estrujan o se besan fuerte pierden el buen olor.

—Las hojas de rosas saben muy buenas, y las flores de pan y quesillo tienen dulce dentro, y los claveles, y las madreselvas y los jazmines. ¿Quieres que busquemos una acacia?

—No; no quiero. ¿Qué es esto que me corre por las manos?

Es una coccinella con su coraza roja tachonada de negro. Toñín vuelve hacia ella sus ojos sin luz; luego blandamente la palpa con la punta de los dedos.—Es una mariquita—exclama—; ¡qué suave está! Tócala, José Luis.

José Luis a su vez la palpa.—Una mariquita—repite; esas son encarnadas, del color de la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo antes veía del todo; cuando era pequeño; ¿y tú?

—Yo no he visto nunca... ¿Cómo es ver?

—No se puede explicar; mira, cuando uno ve,

sabe que las mariquitas son encarnadas y que el cielo es azul, y que los árboles son verdes.

—¿Y la luz, cómo es?

—La luz no es de ningún color.

—¿Y dónde está?

—Dicen que está en el sol; pero está en todas partes.

Toñín escucha ávidamente: sus ojos blancos se abren en un esfuerzo desesperado.

—No se puede explicar—repite José Luis—. ¿Tú cómo te la figuras?

—¿Yo? Como un olor de flores que entrase por los ojos.—La coccinella, después de recorrer uno por uno los dedos del niño, echa a volar.

—¿Tú qué ves?—interroga Toñín después de un buen rato de silencio.

—Veo una claridad y la sombra de las personas y de las cosas cuando hace sol: mira, allí a la derecha hay un árbol muy gordo, y a la izquierda una sombra que debe ser la casa del guarda; pero cuando es casi de noche, algunas veces veo mejor: ayer, cuando estábamos en el refectorio, vi a Sor Gracia que traía el caldero de la sopa.

¡Sor Gracia! El rostro de Toñín se ilumina con

una sonrisa que pronto se trueca de radiante en triste y resignado. ¡Cuánto daría él por ver a Sor Gracia! A cada hora goza evocándola en figura indecisa, algo semejante a lo que él adivina de su propia forma, amasada con el conjunto de todos los buenos olores, de todos los amables sonidos, de toda la frescura, de toda la tibieza, de toda la suavidad de las cosas. Sor Gracia debería ser como las rosas, si las rosas supiesen hablar, o como una fuente, si las fuentes tuviesen manos suaves y frescas, o como un pájaro, si supiesen los pájaros posarse en las frentes de los niños ciegos cuando las frentes tienen calentura.

¡Sor Gracia! Pensando en que la ha visto, José Luis enrojece; también él quiere mucho a la monja; mucho más que Toñín, ¡ya lo creol!, como que puede figurársela mujer y hermosa, y su cuerpo tirano ha aprendido ya a desear; él sí que pasa noches calenturientas; pero las manos de Sor Gracia no vienen a posarse sobre su frente, porque Sor Gracia, que sabe leer hasta en los ojos que no pueden mirar, le tiene miedo. Pensando en estas cosas llenas de sombra y de rencor, José Luis se envenena la sangre. A los once años se quedó ciego. ¿Quién le quitó la vista a la hora

misma en que estaba aprendiendo a gozar mirando? ¡Los colores! Poco a poco se le van olvidando los colores; anoche, cuando vió a Sor Gracia, le pareció que iba vestida de blanco y de negro; pero, ¿y la cara? Sí, las mujeres que son bonitas tienen la cara color de rosa. ¿Cómo es color de rosa? ¡Se le había olvidado el color de rosa!

—¿Qué estás pensando?—interrogó Toñín, intrigado por su silencio.

—Nada—replicó ásperamente.

Pero el pequeño, como si le fuera leyendo los pensamientos, ahora tan hermanos de los suyos, volvió al tema de la interrumpida conversación.

—Sor Gracia tiene las manos suaves como de cristal, y saben un poquito saladas y muy frescas.

—¡Tú que sabes!

—Sí que lo sé: hacía tres noches estuvo ella de guardia, y cuando vino a arreglarme el embozo, yo le cogí las manos y se las besé, y le pasé la lengua por los dedos, y entonces ella me llamó tonto y me pegó en la cara; pero se reía y no me hizo daño...; ¿dónde estás, José Luis, dónde te has ido?

José Luis se había levantado violentamente y estaba en pie junto a la verja, con la cara metida entre los hierros, llorando de rabia.

El pequeñuelo, resignadamente, se puso a escuchar una charla de gorriones que entre las ramas de un olmo sonaba.

IV

En la clase, que es un salón grande con escasas ventanas, el maestro explica la lección. El maestro es un hombre de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, rechoncho, vulgar y desaseado; fuma continuamente un cigarro asqueroso, que se le desmorona entre los labios, y tiene las solapas y el chaleco llenos de tabaco y de ceniza; en la punta de cada cigarro enciende uno nuevo, y chupa sin cesar, con lo cual, las frases de su explicación salen truncadas y vacilantes, como si las fuese diciendo de mala gana, y la clase está llena de humo espeso y acre, que hace llorar los pobres ojos de los niños ciegos. La explicación de aquel día es, acaso, muy sabia, pero es monótona y produce tedio; habla tal vez de cosas remotas, de estrellas o de mares; pero,

¿qué importan ni las estrellas ni los mares a quienes nunca los han de ver?

Los discípulos se inquietan y cuchichean en sus bancos, que, como son de madera pintados de negro, evocan vagamente formas de ataúdes; al maestro, la inquietud de los niños le molesta, y les reprende ásperamente; bien se ve que su alma, moradora de un cuerpo robusto, no es hermana de aquellas otras almas que están presas en los cuerpos dolientes; la salud es hostil al dolor, porque le teme y se venga de él por adelantado. La áspera reprimenda restablece el silencio, y entonces se oye cómo cantan los pájaros en el jardín. Prosigue la lección. Ramplones y cortados los conceptos, se suceden unos a otros con borboteo de fuente escasa y cenagosa; el maestro no se cansa de hablar; los discípulos, acostumbrándose al martilleo de su voz, acaban por no oírla; algunos bostezan, otros se duermen; todos despiertan sobresaltados por el repentino silencio; el maestro hace pausa; luego, con entonación campanuda:

—Antonio Menéndez, ¿quiere usted repetir-me esto que acabo de explicar?

Toñín se pone en pie al oír su nombre, pero

no contesta; es el caso que está su banco junto a una ventana, y junto a la misma ventana, por la parte de afuera, en el jardín, crece un eucalipto; esta mañana, tibia y perfumada, de mayo se ha levantado un poco de brisa, y a su impulso, el árbol se está balanceando majestuosamente. Toñín, que tiene fino el oído, ha estado oyendo a través del cristal de la ventana el ruido del árbol mecido por el aire, y lo que es más, ha estado adivinando, por los intervalos de frescor y tibieza, el paso de las sombras de la ramas sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre sus labios, sobre sus manos, que tenía extendidas en la tabla del negro pupitre. Toñín no ha oído la sabia explicación del maestro, y ahora, en pie, muy abiertos sus desvalidos ojos, arrebolado el rostro por el temor y la sorpresa, no sabe qué decir; el maestro repite la intimación terrible: —¿Quiere usted decirme qué sabe del sol? — ¿Del sol? Cuánto podría decir Toñín del sol, ¡su amigo!, de su calor, de sus caricias suaves, de la dulcísima somnolencia que derrama en el aire cuando llegan las tardes de verano, de cómo alegra el cuerpo y el alma cuando va deshaciendo la escarcha en los mediodías de invierno; pero Toñín

sabe instintivamente que las cosas que él diría del sol no son las que le interesan al maestro; el maestro es amigo de números que marquen volúmenes y distancias; quiere que se le diga que el sol es el centro de yo no sé qué cosa, que gira o que no gira, que tiene manchas. Toñín, aunque el maestro las afirma, no cree en las manchas del sol; él ignora lo que son manchas, pero ha oído decir a Sor Gracia que son algo muy feo y repugnante; no, el sol no puede tener manchas. Toñín sigue callando; entonces, el maestro le apostrofa con voz que suena a ira; habla de inobediencia, de desaplicación. Toñín, lleno de susto, rompe a llorar. Las sombras del árbol, paseando su rostro como manos amigas, enjugan sus lágrimas.

V

Toñín cuenta sus penas al clavicordio. Es el atardecer, y por las ventanas abiertas entra el aroma de las acacias, que es el incienso del mes de mayo; se está poniendo el sol y han empezado a regar el jardín; se oye el chapotear de los regatos y la lluvia fresca del agua de las mangas que cae sobre las hojas de los arbustos; una frescura mansa sube de la tierra mojada. Toñín respira acompasada y hondamente, como si fuese saboreando el aire, mientras sus manos resbalan sobre las teclas; la melodía que va como brotando de entre sus dedos es dolorosa. Inhábil y elocuente, suscita, primero, sonidos que plañen, que se entrecortan como sollozos; luego, los lamentos se prolongan, parece que descansan en cierta placidez contemplativa; más tarde, la tris-

teza se trueca en melancolía, los sonos se hacen blandos y arrulladores. Debe haberse acabado de hundir el sol, porque se ha levantado un viento sutil que estremece las ramas de los árboles; el perfume de las acacias llega más intenso; en el aire vase suscitando esa pureza peculiar del crepúsculo, que parece alejar y sutilizar los sonidos; las voces como que brotasen en gargantas de cristal, y sobre todos los rumores flota la paz extraña del silencio. El clavicordio aguza su vieja voz, como voz de niño; la melodía asciende en espirales limpias y penetrantes; hace un momento estaba llorando, y ahora creo que está diciendo una oración. Toñín suspira, y en su frente se enciende una llama de gozo; luego, quedito, comienza a pronunciar palabras a compás de la música, palabras peregrinas que cuentan sus penas Dios sabe a quién. Estas melodías incoherentes son el consuelo de Toñín; es el clavicordio su amigo de las horas tristes; ¿a quién como a él se le pueden contar esas cosas sin nombre que hacen tanto daño en el corazón? José Luis es sin duda buen compañero, pero le tiene horror a las penas, y no sabe decir palabras suaves para consolarlas. Cuando le hacen un daño, no llora nun-

ca, pero somormuja palabrotas soeces que dan miedo, y si puede, se venga. A Sor Gracia tampoco se le pueden ir a contar tristezas, porque siempre tiene ganas de reír. Siempre que Toñín llora delante de ella, ella le llama tonto; verdad que con oír la risa de Sor Gracia y con recibir aquellos coscorriones suaves que da algunas veces, cuando se enfada, se siente casi casi tanto consuelo como con el sonar del clavicordio. ¡Sí, piensa Toñín como resumen, Sor Gracia debe de tener una música de clavicordio dormida dentro del corazón!

Ya debe ser de noche, porque los pájaros no se oyen y han empezado a cantar los grillos; también cantan las ranas del estanque y llega intenso y embriagador el perfume de las madre selvas; el clavicordio suspira quedito. Suena una campana, y a poco la voz de José Luis. —Pero, Toñín, muchacho, ¿dónde estás? Hace ya un cuarto de hora que han tocado a cenar: tú con la música te entonteces.

—¿A ti no te gusta la música?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me pone triste.

S O L D E L A T A R D E

—¿Y no te da gusto estar triste, un poquito triste alguna vez?

—¿Gusto estar triste?

—Sí, un gusto suavecito que hace llorar.

—Vamos, chiquillo, tu estás *gili*.

VI

El ropero está fresco y huele a lienzo limpio y a membrillos maduros. Es casi mediodía, pero el calor de fuera no puede profanar la penumbra, conservada merced a los cuidados prudentes de la hermana ropera. La hermana ropera es este mes Sor Gracia. Se la oye ir y venir prestamente sobre el entarimado lustroso, y mientras va y viene charla con Toñín.

—¿Qué está usted haciendo ahora, Sor Gracia?

—Doblando sábanas, hijito; si vieras qué bien arrolladas las voy poniendo en el armario. Anda, ayúdame tú...; toma esta punta, y esta otra..., y estira; pero más fuerte, hombre, más fuerte. ¡Válgame Dios, qué poco arranque tiene este mucha-

cho! ¡Pues no ha dejado caer la sábana! ¿No te da vergüenza, criatura?

A compás de la música de sus palabras, la monja se ríe y el niño ciego se ríe también. Doblada la primera sábana, Toñín se adiestra como por encanto en el manejo del lienzo fresco y escurridizo, y la faena adelanta gozosa; una sábana, y otra, y otra más.

—¡Qué talentazo tiene este muchacho! ¿Sabes, Toñín, que eres buen ayudante? Desde hoy, todos los jueves cuando doble la ropa vienes conmigo. A ver si sabes estirar las cintas de las almohadas: se hace así, mira.

Los dedos de la monja se trenzan con los del chicuelo para enseñarle el intríngulis del estirar. ¡Y de qué buena gana se ríe, mientras que él ni miamiente va plegando las cintas!

—Así, así se hace. ¡Cuando te digo que eres un Salomón!

—Sor Gracia—interrogó Toñín—, ¿cuántos años tiene usted?

—¿A ti qué te importa, arrapiezo? Veintidós he cumplido el día de la Virgen de Agosto.

—¿Y siempre, siempre ha sido usted monja?

—¡Válgame Dios! ¿Tú crees que las monjas

nacen como los hongos? Tengo cinco años de vocación.

—¿De vocación?

—Sí; que hace cinco años que tomé el hábito, vamos, que soy monja, como tú dices.

—¿Y por qué no ha venido usted antes con nosotros?

—Porque no me mandaron. Mira; hasta que vine aquí estuve en un colegio de niñas sordomudas.

—¡Sordomudas!

—Sí, hombre, que no hablan ni oyen.

—Que no oyen; ¿entonces no la oían a usted cuando hablaba?

—Claro que no.

—¿Ni a los pájaros del jardín?

—Ni a los pájaros.

—¿Ni al piano, ni al agua de la fuente, ni al aire que pasa por los árboles?

—Ni al piano, ni al aire, ni al agua; las niñas sordomudas no oyen nunca.

Toñín se calla; él siente dentro del corazón que aquellas niñas que nunca oyeron músicas ni risas deben ser muy desgraciadas, y quisiera decirselo a su amiga la monja; pero no halla pala-

bras, ¡porque esas cosas hondas son tan difíciles de decir!

—¡Dice usted que nunca!

—Nunca en esta vida; pero cuando se mueren, si han sido buenas y van al cielo, se desatan las lenguas de las niñas mudas.

—¿Se desatan las lenguas?... ¿De verdad, de verdad?

Ávidamente el niño parece ir desvelando algún misterio; la monja atisba perspicaz el aleteo de su esperanza.

—Sí, hombre sí..., y se abren los ojos de los niños ciegos.

—¡Los ojos!

—Claro está. Tú verás en el cielo: verás las flores, que tanto te gustan, y el sol y los árboles.

—Y el agua de la fuente y los pájaros... ¡Estoy pensando que en el cielo la veré a usted, Sor Gracia!

—¡Esperanzas en Dios, hijito! Ajajá, se acabó la tarea. Te has ganado el jornal. Abre la boca.

Se oye el apresurado repiquetear del colgante rosario, de algo, dedales o medallas, que se revuelve en la profunda faltriquera; luego una cosa

dulce entra en la boca de Toñín; luego suena un cachete seguido de una risa.

—Te tengo dicho que te he de matar si vuelves a lamerme las manos. ¡Habrás visto chiquillo caprichoso! Ea, toma otro caramelo para que no pongas esa cara tan triste. ¡Jesús, ya están tocando a la oración!

La monja se aleja precipitadamente, y Toñín siente resbalar sus pasos sobre el entarimado del corredor: cuando ella va lejos, él se acerca a la mesa que hay en el centro del ropero y hunde el rostro en el montón de lienzo fragante; y sobre su frescura cariciosa, llora largo rato lleno de gozo.

VII

Con las primeras lluvias de octubre va cayendo la tristeza sobre el corazón de los niños ciegos; ya no hay paseos en el jardín; ya el sol no quiere entrar en la clase, y la ciencia del maestro se ha tornado más árida y más dura; el clapotear del agua que cae es tedioso e inacabable.—Este cielo gris da gana de llorar—ha dicho Sor Gracia pasando por una galería. Parece que cuesta trabajo respirar el aire húmedo, y las paredes del caserón huelen a mohó y a melancolía.

Ha estado lloviendo toda la tarde: en el refectorio, a la hora de la cena, hase leído una abrumadora historia de santo. A Toñín, las palabras de la lectura le han parecido martillazos que fuesen con pausa golpeándole sobre los sesos, tan-

to, que, terminadas cena y lección, al intentar ponerse en pie, casi se ha desmayado: gracias a que el brazo robusto de José Luis pudo prevenir la caída. Ahora que es media noche, en la paz silenciosa del dormitorio, continúa sintiendo en el cerebro importuno martillar. ¡Qué pegajosa está la ropa de la cama! La humedad todo lo penetra y parece ir deshaciendo la carne con lenta frialdad; Toñín piensa que tiene el cuerpo hueco y la cabeza de plomo; luego la cabeza como que también se disuelve, y sólo queda una cinta de hierro que aprieta en las sienes. ¿De qué estarán hechas las sienes, que tanta fuerza tienen para resistir? La cinta de hierro se va calentando; primero estuvo tibia y ahora arde, y flotan en torno olores nauseabundos: huele al tabaco del maestro, y huele a los bancos de la capilla, que hace dos meses estuvieron pintando, y luego hay un humo como de incienso que huele a cera caída en brasas. Aquellos olores deben de tener pinchos, porque subiendo nariz arriba, se clavan en el entrecejo y muerden. ¡Santo Dios, cómo muerden! ¿Dónde está la fragancia de las rosas de mayo, y la frescura bien oliente de las lluvias de agosto, y el olor a membrillo de la ropa limpia?

Toñín imagina vagamente que aquel espantoso dolor del entrecejo habría de curársele oliendo aquel olor a membrillo. Si Sor Gracia quisiera llevarle al ropero... El niño grita con voz de animalito desvalido. —¿Qué te pasa, Toñín?—pregunta José Luis, que duerme en la cama de al lado. Toñín quisiera responder, pero no puede: la abrasada cinta que le aprieta la frente le tiene atadas las palabras, y sigue gritando.

Entonces del fondo del dormitorio suscítase un rumor, como de pasos que se acercasen, y el rumor, que adelanta, se detiene al llegar junto a la cama.

—¿Estás malo, Toñín?—Es la voz de Sor Gracia. Bien pronto descansa sobre la frente la frescura de las manos suaves, y hay palabras quedas que aligeran la pesadez del aire enrarecido. Toñín se calla: la monja va y viene: se oye tintinear de plata sobre cristal. —¡Bebe, hijo mío, bebe!—¿Por qué tendrá Sor Gracia esta noche la voz grave y sin risas? —¿Estás mejor? Verás como te duermes en seguida. — Las manos suaves arreglan el embozo, y los labios se posan sobre la frente dolorida para curarla con un beso.

Entonces se oye un grito en la cama de al lado. Sor Gracia se vuelve, y escudriña. Es José Luis; pero parece que está dormido.

La lluvia, que ha empezado a caer de nuevo, plañe en los cristales monótonamente.

VIII

Hoy ha salido un rayo de sol. Y los niños ciegos salen a gozar de él, como bandada de pájaros frioleros.

El suelo está mojado y escurridizo, y sube de la tierra un olor a muerte: el de las hojas que se están pudriendo.

No hace frío; pero el aire, hecho tangible por la humedad, envuelve los cuerpos en cendales viscosos; los rizos se pegan a las frentes como en sudor de calentura. Los niños hablan quedo y se aprietan unos contra otros para defenderse de la influencia entorpecedora del aire. Delante de todos marchan Toñín y José Luis. Toñín siente en los ojos y en las sienes huellas del sufrir de la noche; parece que le están tirando de la piel del rostro, y nota como si al huir la jaqueca, merced

a la droga que Sor Gracia le hizo beber, se hubiera llevado los sesos con ella. Va andando como en sueños, pensando sin pensar en cosas informes o fragmentarias. ¡Qué trabajo, qué dolor sin dolor, reunir los pedazos de una idea o juntar dos palabras! Por eso calla. José Luis va callando también: lleva fuertemente cogida la mano de su amigo, y le hace caminar por brucas sacudidas, muy de prisa unas veces, otras con lentitud desesperante. Toñín advierte lo extraño de la marcha, pero no tiene fuerzas para preguntar a su guía el porqué del caminar caprichoso. Pasan por debajo de un grupo de árboles: acaso un pájaro rezagado, acaso una ráfaga de viento, mueven las copas a medio despojar, y cae un remolino de hojas húmedas, y unas cuantas gotas de agua que vienen a dar en los rostros de los muchachos. ¡Qué gozo de frescura, Virgen santal! Sobre la frente aún calenturienta de Toñín, sobre sus ojos fatigados, las hojas que acaban de morir y las gotas de lluvia, que han pasado la noche sobre los árboles, cara al cielo, que han bebido el frescor de la madrugada, son como un bálsamo y como un sortilegio. ¡Si siguieran cayendo eternamente, si perdurase su refrigerio hasta que

toda fiebre se hubiese extinguido! Toñín busca a tientas el tronco de uno de los árboles, y le empuja con violencia: un chaparrón fragante y rumoroso cae sobre él; su cuerpecillo se sacude en estremecimiento de bienhechora voluptuosidad, y abre los labios para beber las gotas, que le resbalan rostro abajo; saben a gloria aquellas gotas frías, que se deshacen sobre la lengua como golosinas de hielo... Y continúa sacudiendo el tronco. José Luis refunfuña malhumorado:—¡Estás loco, chiquillo! ¡Nos hemos puesto como una sopal ¿Quieres dejar quieto ese árbol?—Toñín se detiene; la voz de su amigo ¡lleva tal aspereza inusitada de rencor y de odio! Suelta el tronco y echa a andar lentamente.

Los niños ciegos van como siempre, camino de la verja a la explanada, donde no hay peligros y se puede correr y saltar; todos saben de memoria el camino, conocen la caricia del cielo abierto sobre sus cabezas, el crujir de la arena en el sendero bien cuidado, el rumor quedo de los arbustos que crecen a un lado y otro, el olor acre de los bojés; por eso Toñín se asombra cuando, pasado un rato, siente bajo los pies una tierra blanda y pegajosa que se desmorona sin ruido,

y se encuentra envuelto en un aire cargado de olores extraños como de yerba crecida a la sombra de ramazón profusa. Advierte también que se han alejado las voces de sus compañeros, y se nota cercado de soledad. —¿Dónde vamos?— grita con inexplicable sensación de espanto. José Luis no responde. —¿Dónde me llevas?— repite el niño. Entonces hay una gran tragedia silenciosa. José Luis empuja violentamente a su amigo, que pierde el equilibrio, y va rodando talud abajo hasta hundirse en las aguas fangosas de la ría.

IX

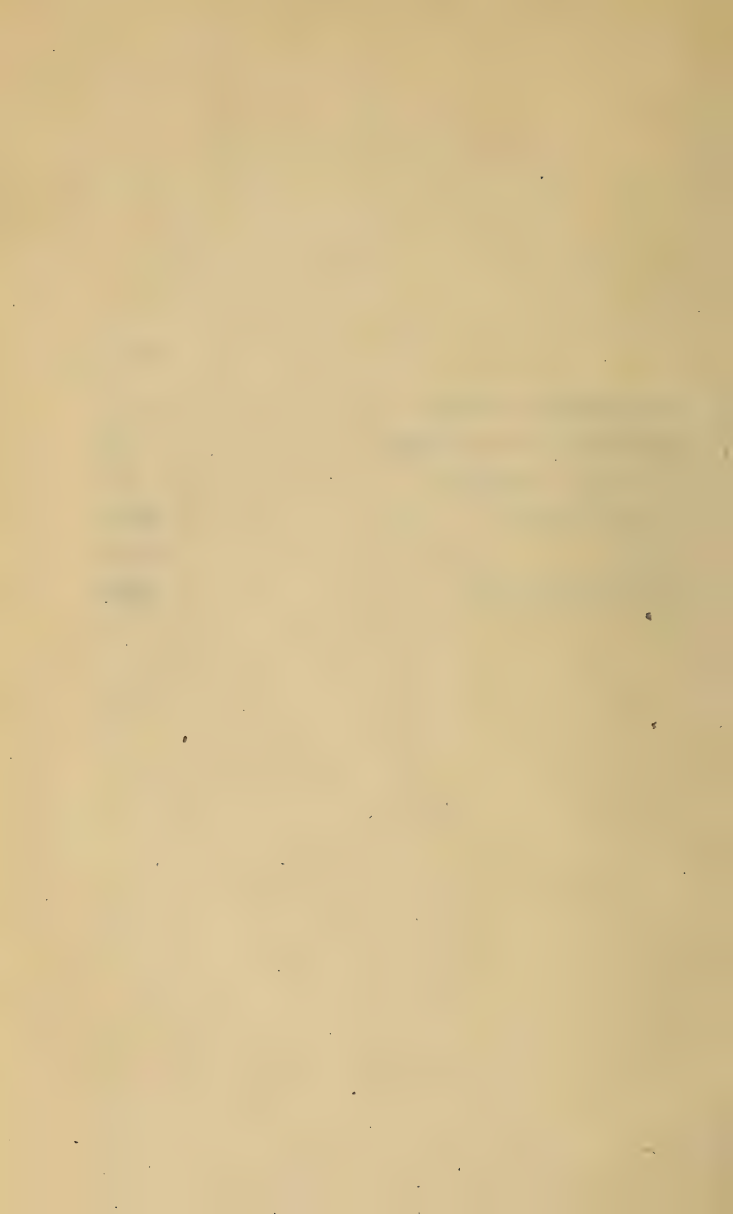
En el silencio del dormitorio, José Luis llora desesperadamente, abrasado de fiebre y de remordimiento. Han sacado a Toñín de la ría, porque él rompió a gritar y acudió gente; pero ya estaba muerto. —¡Qué horror, Dios mío, la muerte en la casa!—Las monjitas lloraban, y los niños estaban enfermos de miedo. Ahora que se han dormido, se oye un coro de alientos afanosos; todos están soñando la visión espantosa del niño que murió. José Luis se ahoga, tiene la boca seca, la garganta abrasada, los ojos escaldados de llorar. Ahora quiere furiosamente a su amigo, a su Toñín, al niño amante de las dulces músicas y los olores suaves; ¡le quiere como nunca y le tiene miedo! ¿Qué suena? Son las aguas podridas de la ría que van subiendo, subiendo, subiendo,

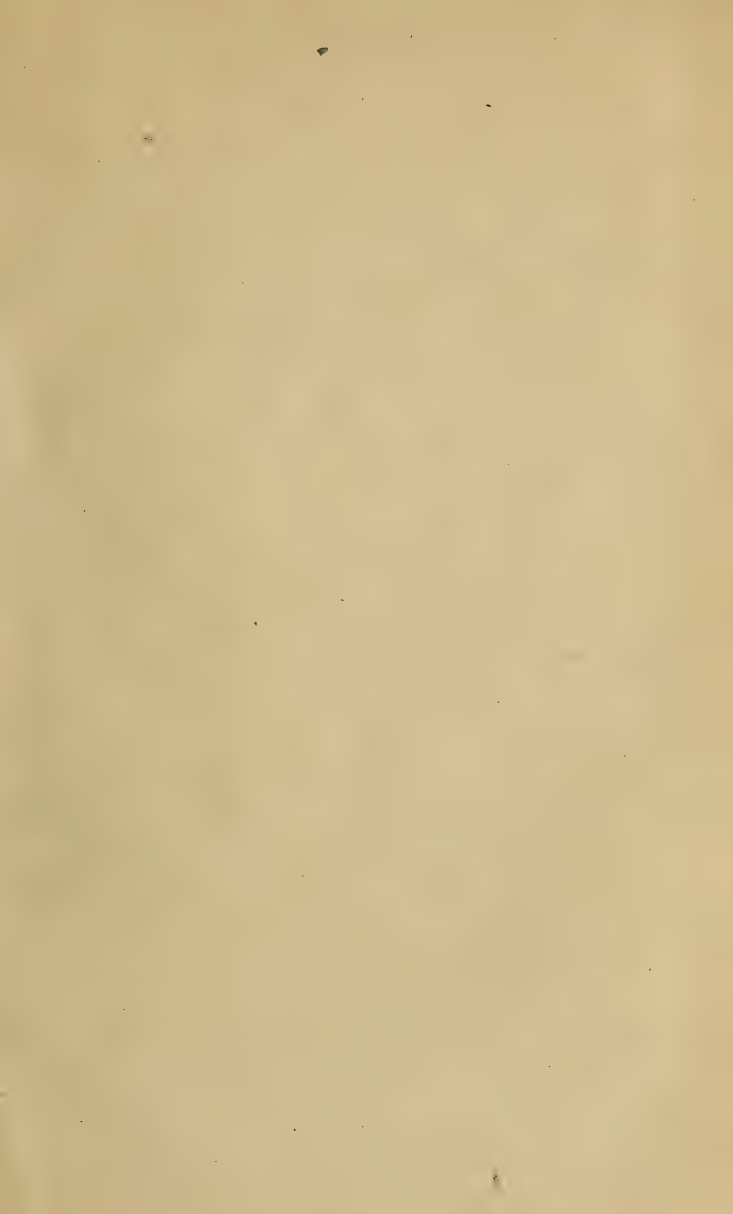
que rodean la cama, que la inundan, que ahora mismo le van a sepultar.—¡Toñín, Toñín!—A los gritos, como la noche de antes, Sor Gracia se acerca; se la oye llorar.—¿Qué pasa, José Luis?—Movidas por la santa piedad, las manos se posan sobre esta otra frente que tiene calentura. Y José Luis, en súbito arranque de odio, coge las manos, las estruja y las muerde furioso; la monja grita, quiere huir, pero él muerde más y más, destrozando la carne suave y fresca, hasta que la tibieza de la sangre le baña el rostro, y entonces, en súbito desmayo, desfallece. Sor Gracia huye, y sus gritos, fatídicas voces de la noche, van sembrando pesadillas trágicas en los corazones de los niños ciegos, que ya están dormidos.

ÍNDICE

Páginas.

GOLONDRINA DE SOL.....	15
MARGARITA EN LA RUECA.....	53
LA MONJA MAESTRA.....	79
HORAS DE SOL.....	103
ALDEA.....	171
LOS NIÑOS CIEGOS.....	225







LS.

M387L50

181367

Author Martinez Sierra, Gregorio

Title Sol de la Tarde.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

